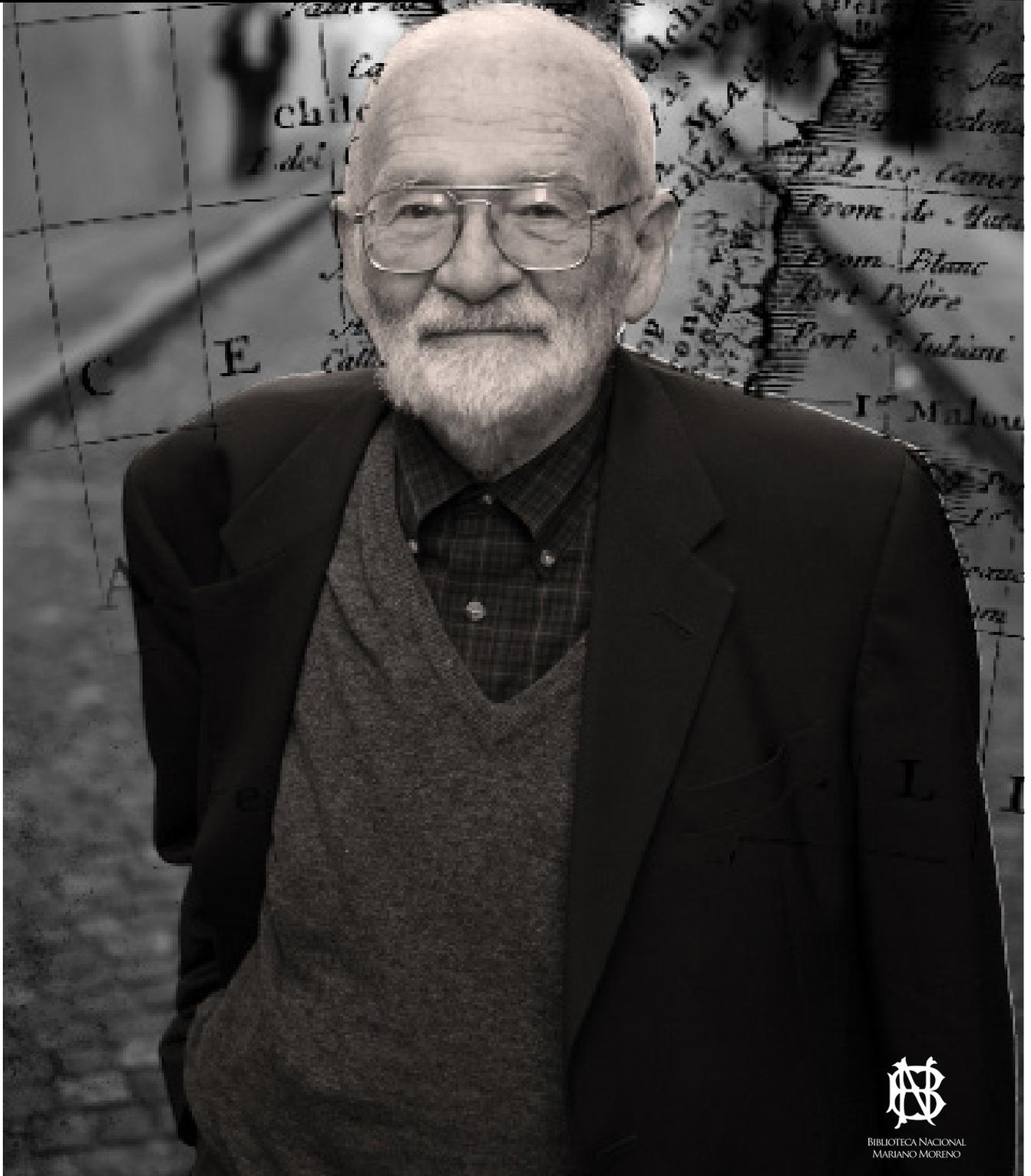


10 y 11 de junio de 2015 | Sala Juan L. Ortiz

HALPERIN DONGHI

Entre la tormenta de la historia
y los espejos del mundo



BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO



PONENCIAS

4

HALPERIN, los tiempos que se quiebran

Horacio González

7

**HALPERIN DONGHI:
de *Contorno* a la historiografía**

Matías Farías

21

**LUCES APAGADAS Y LUEGO MÚSICA
Aceptar un destino fijado por nadie**

Juan Laxagueborde

30

ESCRITURA CONTRA TODA ESPERANZA

Beatriz Sarlo

35

**TULIO HALPERIN DONGHI:
La pasión por la historia**

Roy Hora

46

HALPERIN ESCRITOR

Adrián Gorelik

51

**TULIO HALPERIN DONGHI: del peronismo
entre recuerdos e historias**

Omar Acha

62

A PARTIR DE HALPERIN

Hilda Sabato

69

**ALGUNAS NOTAS SOBRE
TULIO HALPERIN DONGHI**

Nora C. Pagano

79

**LETRADOS, HISTORIA Y TRAGEDIA
EN HALPERIN DONGHI:
sus lecturas en torno a
Fray Servando Teresa de Mier**

Alejandro Moreira

93

MI PROFESOR DE BERKELEY

Juan Manuel Palacio

103

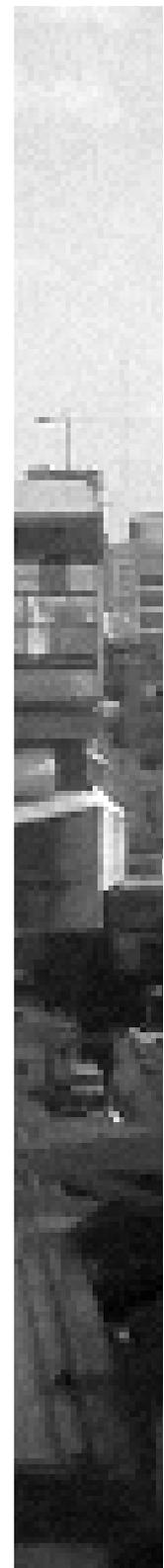
**CLASE Y GENIO
La historia de Halperin Donghi**

Javier Trímboli

114

HALPERIN MEMORIA E IRONÍA

Horacio González



HALPERIN

los tiempos que se quiebran

Pertenecía al mismo tipo de problemas que afrontaban los grandes historiadores: ¿dónde poner la “muerte del Rey”? Un suceso que es conmovedor en el momento en que ocurre y luego es sometido al olvido que se va despilfarrando en placas, conmemoraciones y el propio afán ceniciento de los historiadores. Ese es el tema clásico que suscitó siempre el mayor libro de renovación de la historiografía del siglo XX, *El mediterráneo en la época de Felipe II*, donde Braudel coloca al final de su voluminosa investigación y escritura el fallecimiento del monarca, pues, si tanto había interesado a sus contemporáneos, ahora era apenas un manojo de papeles o una lápida perdida ante lo que realmente importaba, los grandes ciclos en los que la historia amasa su tiempo real, material. Tiempo somnoliento en que la cultura que producen los hombres se asienta sobre moldes perezosos al cambio, pero las pasiones políticas hacen subir y caer constantemente a sus fugaces figuras. El pensamiento real que las abrigaba se ha perdido, y el historiador tiene que tratarlo como si fueran losas hundidas en la tierra, que sólo revelan un fragmento de su secreto. Se tiente con esos despojos, juega a descifrarlos y descubre que eran pequeñas criaturas que vivían en un mundo de simulaciones, finalidades frustradas, lucimientos usurpados, inútiles pasiones.

Halperin se declaró impresionado por Braudel, pero su manera historiográfica consistió en la creación de una escritura que debía fusionarse con la imposibilidad de captar el tiempo pasado, por lo tanto ella tenía que poseer los mismos arabescos, hilachas e incertezas del tiempo. Todo debía ser paradójal, contingente y cómico, pero transfigurado en una arcilla irónica que mostrara que cada momento histórico y cada personaje no tenía modo de saber lo que hacía y en qué consistía. Para llegar a esta exquisita noción, tuvo que escuchar –pero pasando de largo– a sus contemporáneas compañías intelectuales, los estructuralistas, existencialistas, fenomenólogos, gramscianos, marxistas, luckascianos,

semiólogos, etc., que sólo dejaban en él alguna astilla perdida, alguna palabra que reutilizaba en silencio y con cierta mordacidad, prefiriendo el concepto de “estilización” para describir algún momento erróneo en que las cosas parecían fijarse inopinadamente, pero para marchar luego a su propia agonía.

Si el precepto agonal para juzgar a los tiempos –el tiempo se desgrana con un secreto impulso de refutación a la vanagloria de los hombres– era un clásico en la mirada escéptica de Halperin, también lo era su agudeza para penetrar con acritud en las razones últimas de notorios episodios históricos actuales o pretéritos, complaciéndose en jugar con ácidas viñetas, finamente mortificantes. A diferencia de Martínez Estrada, al que de alguna manera se le parece, estábamos ante una toma de partido desafiante, destinada a provocar el enojo de los que consideraba escritores presos a una demonología o a las esfinges míticas que toda historia nacional contiene. A diferencia del prudente Braudel, no puso al final de sus obras “el fallecimiento del Rey”, considerando el pasado como el anticipo irónico del presente, lo que le permitió su inclemente ejercicio de prevenciones y denuestos.

Su combate por la historia, sin duda inspirado en el de Lucien Febvre, no se privó de un fino desprecio hacia leyendas que no siempre eran vanidosas o ridículas, pero lo sublimó en un tipo de narración histórica en la que se solazó con su capacidad satírica, la que sólo producen los escritores bien dotados. A su manera, fue un ensayista, y lo fue a la manera argentina, pero cambiando los modos de la estridencia por un esteticismo vitriólico, que hacía latir entre las conmociones visibles de las sociedades que estudiaba. Eso le permitió crear su estilo donde el libelo sutil convivía con las quebradizas temporalidades del relato. El amplio fraseo, “de larga duración”, hacía convivir varios tiempos verbales diferentes, fracturas repentinas de concordancia gramatical y secretas especulaciones sobre el orden moral de los hechos, que en caso de una vida eran balances regidos por conjunciones adversativas y oraciones con raros escorzos que ponían las “capas de tiempo” en un presente repleto de tensiones biográficas. Un presente vivo, indefinible, como la inminencia de un acto de juzgamiento que finalmente no se concreta por la abundancia de elementos ambiguos y contradictorios, todos tomados como eslabones que se chocan en el interior de una misma respiración. Pueden leerse así sus tempranas semblanzas de Echeverría como las últimas apreciaciones sobre el uruguayo Carlos Real de Azúa. Pasó mucho tiempo entre ambas, la biografía de Halperin realizó entre ellas su ciclo completo, y así, desde sus escritos de iniciación hasta los de su madurez, todos contuvieron ese clima adversativo que se alojaba en la frase que a su vez eran brevarios biográficos de vidas intelectuales que no acababan nunca de tropezar consigo mismas.

Halperin participaba por igual de la tradicional historia de las ideas, de la aristocrática malevolencia de un Montaigne o del rigor para combinar vida económica y orden moral, tomado de José Luis Romero, aunque dándole si cabe

un empujón más hacia el abismo, donde ya se encontraba *El 18 brumario...* de Marx, su modelo secreto de narrativa histórica. Pero como hombre ligado profundamente al conservadorismo del alto linaje nacional de las academias, desdeñosas pero dolientes, se refugió finalmente en una gran melancolía de combate. Fue un intelectual argentino que todo lo tomó de una inspiración profunda para revestir tal condición: el que veía que un mundo anhelado e indefinible se iba escurriendo. Quizás un mundo imposible donde las palabras coincidieran con los hechos. Y en ese desvanecimiento de lo argentino, se tornaba un representante ejemplar de la vida intelectual argentina caracterizada por su disconformidad con esas mismas singularidades que el país había producido.

Y lo hizo, ya dijimos, en pliegos de escritura de gran suntuosidad. En ese sentido Tulio Halperin Donghi es uno de los grandes intelectuales argentinos – como se diría hoy: un gran disidente– que mucho hereda de actitudes similares habidas en nuestro pasado nacional. No en lo ideológico de la política, no en los modos políticos de acción, pero sí en lo que lo lleva a la escritura desesperante, situada entre lo que alarma y lo que apena. Y allí podemos verlo en espejo en ciertos tramos de un Sarmiento o de un Vicente Fidel López, que llevan ese mismo sello. En Halperin no costaba descubrirlos en los tejidos internos de su labor de historiador, donde refugió su raro recelo argentino por la Argentina. La Biblioteca Nacional, fundada por Mariano Moreno, se convirtió también en el propicio ámbito para rememorar esta gran aventura intelectual argentina que lleva su nombre, el de Tulio Halperin Donghi. ■

HALPERIN DONGHI: de *Contorno* a historiografía

Quisiera intentar reconstruir qué lectura realiza Tulio Halperin Donghi (THD, a partir de aquí) de los años sesenta y setenta argentinos del siglo XX, un período que no es el que más atención ha merecido en su obra, pero sobre el cual, sin embargo, THD se ha pronunciado, especialmente en *La Argentina en el callejón* y en *La larga agonía de la Argentina peronista*. Quisiera también reconstruir esta lectura indagando de qué modo se reubican o resignifican para este período dos categorías decisivas en la interpretación de THD del siglo XIX argentino: me refiero a las categorías de “revolución” y de “guerra”². Si me interesa la lectura de THD de estos años, es porque encuentro alguna relación entre sus ideas en torno a este período con la consagración de su obra en al menos una fracción destacada de la cultura letrada de izquierdas durante los años ochenta y noventa.

De la “guerra civil larvada” a la “crisis de legitimidad agravada”

La figura de la guerra sobresale ya en las primeras líneas del artículo publicado en *Sur*, “1930-1960. Crónica de treinta años” (1961), incluido en *Argentina en el callejón*, para referir a un rasgo central del período 1930-1960: “Quien quiera podrá entonces definir a este último tercio de siglo de historia argentina [se refiere al período 1930-1960] como una larvada guerra civil” (Halperin Donghi, 2006: 76). Si la “crisis” había devenido “regla” y si su reproducción asemejaba a la de una guerra secreta o larvada, ello obedecía a dos razones de fondo que, aunque con sus propias modalidades y temporalidades, resultarían convergentes en su capacidad de retroalimentar un cuadro crítico: por un lado, la imposibilidad, por parte de los grupos dirigentes, de definir un relevo al ya históricamente caduco modelo de reproducción económico-social que se cristalizó en Argentina entre el último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, un relevo que fuera capaz de superar sus límites pero también de

¹ Universidad de Buenos Aires.

² La revolución y la guerra articulan el modo en que THD interpreta el siglo XIX argentino. En *Revolución y guerra*, para detectar un vínculo entre el proceso de disgregación de la elite revolucionaria de Mayo y la “ruralización” y “barbarización” de la política. En *Una nación para el desierto argentino*, para analizar cómo la lógica de la guerra civil permea esos “treinta años de discordia” que se suceden tras el derrumbe de la estatalidad rosista, en contraposición con aquellas hipótesis que fechan en aquellos años el inicio del proceso de “organización nacional”.

retener sus “éxitos”, entre ellos, el de auspiciar una “exitosa” inserción de la economía argentina en la economía mundial; por otro lado, la fallida y breve experiencia democrática argentina de principios de siglo había instalado una severa fractura en el campo político, de modo que la crisis social y económica de fondo encontraría en el campo político, antes que la esfera de su ordenamiento, la sede de su potenciación y multiplicación. De este modo, nombres como “peronismo”, “frondizismo”, etc., terminan siendo bajo esta mirada específicos modos de entrecruzamiento de estas crisis de fondo.

Treinta años después de *Argentina en el callejón*, la idea de la “guerra civil larvada” más que matizada, queda desplazada a partir de la postulación en *La larga agonía de la Argentina peronista* de una “crisis de legitimidad (agravada)”. En este nuevo ensayo, no se abandona la hipótesis que explica la deriva argentina a partir de la superposición de crisis de diversas procedencias; sin embargo, la idea de una larga “crisis de legitimidad agravada” resulta más coherente ya no con la imagen de la “guerra civil larvada”, que presupone de algún modo el recorte de actores enfrentados, sino más bien con la imagen de un proceso histórico signado por una generalizada descomposición social.

¿Cómo se origina y se agrava esta “crisis de legitimidad política” que según el THD de *La larga agonía de la Argentina peronista* signa al siglo XX argentino? Si bien sería imposible en este espacio reconstruir esta argumentación, podríamos decir que en esta lectura el origen de la misma se manifiesta ya con los resultados que arroja en 1916 la implementación del sufragio universal, fenómeno que al mismo tiempo implica un epílogo provisorio –el desplazamiento del grupo político que hasta allí había gobernado el país– y el prólogo de una querrela que en su primer tramo, 1916-1930, se manifiesta en el hecho de que los grupos políticos enfrentados, aunque reconocen en la Constitución un principio de legitimidad irrecusable, desconocen en su contendiente la legitimidad de expresar este principio. Ahora bien, si el período 1930-1946 es leído como la prolongación invertida de esta situación, con el agravante de que ahora es en nombre de la Constitución que el elenco gobernante encuentra motivos para falsearla, la intensificación del conflicto se produce con la revolución de junio de 1943, pero especialmente con el triunfo de Perón en 1946, cuando la crisis se agudizaría en virtud de que los contendientes comienzan a diferir también en el principio de legitimidad política que invocan para justificarse: mientras para la oposición ese principio sigue descansando en la Constitución, para Perón, en cambio, el voto adquiere relieves plebiscitarios cuya función sería convalidar a posteriori lo que por *jure* definía de antemano su legitimidad política: la capacidad de conducción de un líder cuya figura expresa y representa la nación. Con el derrocamiento de Perón, la crisis lejos de amortiguarse se espiraliza para alcanzar nuevas y ampliadas dimensiones: en el análisis de THD, 1955 supone un golpe de muerte al “civismo” que pretendía resguardar la democracia “legal” de sus formas “plebiscitarias”, precisamente porque ahora en nombre de esa

democracia legal se sostiene un sistema político deliberadamente construido para proscribir al peronismo. 1966, entonces, anuncia ya un trágico final para esta saga, ya que la crisis del “civismo” como opción capaz de recomponer un orden político se produce en el marco de un temible escenario en el que los contendientes persisten en la denegación de la legitimidad de su adversario pero ahora coincidiendo sin embargo en torno al fundamento del poder: el fusil. A partir de aquí, las escenas que la política argentina es capaz de ofrecer comienzan a asemejarse, como veremos un poco más adelante, a las de la etapa previa a la “organización nacional”, pero en un cuadro que, reiteramos, evoca menos la idea de “guerra civil” que la de descomposición global de un principio de ordenamiento social y político.

Llegado este punto, el lector puede reconocer que esta reconstrucción histórica posee el mérito de inscribir la violencia política al interior de una crisis política de más larga duración, descartando así algunos lugares comunes, entre ellos, el que sostiene que la violencia irrumpió en nuestra historia como un rayo en un cielo sereno. Sin embargo, esta reconstrucción histórica suscita algunos interrogantes en torno al carácter *específico* de la violencia política que se desata en los años sesenta y setenta argentinos. En especial: ¿cómo inscribir la experiencia del terrorismo de estado en esta reconstrucción histórica?

En efecto, el planteo de *La larga agonía de la argentina peronista* conduce al lector a concluir que la experiencia del terror no es más que un eslabón “agravado” de una crisis política que se remonta a principios de siglo. Sin embargo, esta explicación “genealógica” de la violencia política resulta problemática, porque una consecuencia notoria de este enfoque consiste en interpretar el terror de la última dictadura cívico-militar como la agudización de un conflicto previo antes que como la redefinición radical de la trama política que le dio lugar.

Empero, la idea de “agravamiento” no siempre detenta el mismo peso explicativo y en su lugar THD a veces evoca imágenes y metáforas que nuevamente resultan problemáticas para comprender el carácter específico de la violencia política durante los sesenta y setenta. Por ejemplo, cuando THD analiza la confrontación que se establece entre las distintas facciones del peronismo en los años setenta, la idea de “agravamiento” es sustituida por una evocación a la entera historia argentina, como si dicha evocación constituyera el horizonte de inteligibilidad que permitiera la comprensión de tales luchas. Así, el lector se encuentra con pasajes como el que sigue:

[...] al aceptar sin comentarios la escisión de la vida política en dos hemisferios antitéticos [se refiere a la escisión entre una vida política “diurna”, donde las formas legales son respetadas estrictamente y una vida política “nocturna”, donde las querellas políticas se dirimen de manera clandestina y mediante todo tipo de ilegalismos] esa elite recogía otras lecciones menos admirables de la política tradicional: la eficaz ferocidad ofrecida por la matanza de enemigos dormidos en la Cañada de Gómez, que en 1861 abrió a la ofensiva liberal los ca-

minos del interior, o la que cubriría esa misma despiadada eficacia bajo un manto de tranquilizadores lugares comunes en las “guerras de policía” que enseñaron a los rurales de La Rioja a huir en masa ante la presencia de un solo uniforme federal. (Halperin Donghi, 1994: 67-68.)

Por ende, en ocasiones el terror es presentado como una instancia “agravada” de una crisis que se remonta a principio de siglo, mientras que, en pasajes como éste, aparece como un retorno brutal de violencia política (“tradicional”) del siglo XIX. De un modo u otro, la única conclusión que puede extraer el lector es que esencialmente no hay novedad alguna en la violencia política de los años sesenta y setenta: su explicación se hunde en el “fondo de los tiempos”. Estamos muy lejos, entonces, de un tipo de una reflexión histórica y política análoga en su profundidad a la que supo desplegar por ejemplo Pilar Calveiro en *Poder y desaparición*.

El enfoque “genealógico” reaparece en escritos como “El presente transforma el pasado: el impacto del reciente terror en la imagen de la historia argentina” (1987), un texto destinado a pensar las primeras formas de “elaboración” de la experiencia del terror a principios de los años ochenta. Aquí THD anticipa lo que desarrollaría años después en *La larga agonía de la Argentina peronista*: que el terror militar no es un terror históricamente novedoso aunque sí lo sea el hecho de que haya sido percibido como tal. ¿Por qué? Porque a diferencia de otras experiencias, como la de los fusilamientos en masa a los peones patagónicos en 1921, el terror de la última dictadura, si bien tuvo una vez más a los trabajadores como blanco preferido, también alcanzó a las clases medias profesionales –una clase social que hasta allí no había sido objeto, según THD, de la ferocidad estatal–. Este punto tornaría explicable algunas formas de racionalización del pasado reciente, desde la recuperación sumamente autocomplaciente según THD de la figura echeverriana del intelectual perseguido por el horror estatal en *Respiración artificial* de Piglia a las no menos complacientes indagación del pasado argentino en obras como *La mala sangre* o films como *Camila*, indagaciones guiadas menos por una vocación “historiográfica” que por necesidades colectivas de “catarsis”. En efecto, en todos estos casos sería reconocible según THD principalmente un afán de las clases medias alcanzadas por el reciente horror estatal por extraer lecciones de la historia, antes que iniciar una indagación capaz de reconocer los rasgos de ese pasado y las responsabilidades sociales que hicieron posible su emergencia histórica.

Sin embargo, en el mismo momento en que THD recusa el uso catártico de las imágenes del pasado para elaborar la experiencia del “reciente terror”, reconoce que ese mismo terror se ha hecho presente en más de una “encrucijada” de la historia argentina. Así finaliza THD el texto que comentamos:

[...] si la historia puede ofrecer metáforas que hagan tolerable la evocación de un terror demasiado cercano, ella tiene muy poco que enseñar acerca del terror, *aparte del hecho obvio de que se lo ha visto desencadenarse en más de una*

encrucijada en la vida de una nación, y el terror tiene también muy poco que enseñar acerca de la historia, de nuevo más allá de recordarnos lo que preferiríamos olvidar: a saber, que sigue ofreciéndose como una de las posibilidades abiertas a su avance. (Halperin Donghi, 1987: 94-95, el subrayado es mío.)

Ahora bien, si según este planteo el terror que aconteció en la historia reciente es un terror que ya “se lo ha visto desencadenarse en más de una encrucijada en la vida de una nación”: ¿qué distingue a *este* terror de las experiencias precedentes? No se trata de un problema menor, porque lo que está en juego es la siguiente pregunta: ¿aporta alguna novedad a la historia del terror en la Argentina la implementación sistemática de los centros clandestinos de detención? ¿Es posible reconocer alguna singularidad en dicha experiencia? Para esta mirada “genealógica”, reconocer esta singularidad es un problema, porque implicaría admitir la existencia de un *corte histórico*, al menos si se conviene que la sociedad que pasa no por cualquier terror, sino por este específico terror, ya no puede ser igual a la que le dio lugar. Pero desde un tipo de análisis que tiende a subsumir lo novedoso en sus instancias precedentes, el reconocimiento de este corte se torna problemático.

En síntesis, la “guerra civil larvada” anunciada en *La Argentina en el callejón* termina siendo reconsiderada en términos de una “larga agonía” o de un progresivo proceso de paulatina descomposición social, donde los años setenta representan sin dudas o bien un eslabón agravado de este proceso, o bien la súbita irrupción de una vieja y feroz violencia política de fondo, pero sea cual sea el caso, un terror cuya singularidad queda relativizado³.

³ Una prueba indirecta de ello es que, para el THD de *La larga agonía de la Argentina* peronista, de la hiperinflación de 1989-1991 se pueden extraer lecciones social e históricamente más significativas que las que estaba dispuesto a reconocer en torno al terrorismo de estado en el escrito que acabamos de ver, donde analizaba de qué modo el terror impactaba en la imagen del presente a principios de los años ochenta. Así, THD cierra *La larga agonía de la Argentina peronista* sosteniendo que: “Este fin [se refiere a la hiperinflación] fue también un principio; el principio de los días que estamos viviendo. A la memoria de esa experiencia debe su fuerza el orden socioeconómico y político que hoy vemos perfilarse; es ese recuerdo aleccionador el que da a las mayorías la fortaleza necesaria para soportar la indiferencia de los sectores privilegiados por las penurias que siguen sufriendo los que no lo son, y ofrecer su resignada aquiescencia a la progresiva degradación de las instituciones cuya restauración celebraron con tan vivas esperanzas hace diez años. Gracias a él en suma la Argentina que ha logrado evadirse de su callejón se resigna a vivir en la más dura intemperie” (Halperin Donghi, 1994: 141-142).

Ahora bien: ¿por qué creer que la hiperinflación resulta históricamente más eficazmente aleccionadora que la sistematización de los centros clandestinos de detención, a tal punto que con la hiperinflación puede afirmarse que se produce el pasaje del ciclo histórico de la “descomposición” o de la “larga agonía” a la “intemperie”, mientras que el terror, en cambio, es concebido o bien como un eslabón agravado de una crisis de larga duración o bien como la reintroducción brutal de la política tradicional decimonónica, pero en ningún caso como un fenómeno históricamente novedoso? La única respuesta posible que puede ofrecer esta lectura es que en 1989 hay un momento de verdad todavía inasible en 1976 respecto al “callejón” en que se situaba la Argentina a lo largo de todo el siglo XX, un “callejón” que finalmente, desde la perspectiva de *La larga agonía de la Argentina peronista*, ya no es definido como una “guerra civil larvada”, sino como un proceso de descomposición social generalizado que alcanzó a cada uno de los actores civiles y estatales que se ofrecían como los sujetos capaces de ofrecer una salida al laberinto argentino. En fin, ubicar en 1989 y no en 1976 la crisis resolutive anunciada en Argentina en el callejón implica una cierta relativización de los años sesenta y setenta argentinos, en tanto capítulos “agravados”, pero no resolutivos, del drama argentino del siglo XX.

La revolución, los intelectuales y la política: entre la ironía y el equívoco

Si la figura de la guerra se desplaza y tal vez se diluye en la imagen de una larga “descomposición social”, la figura de la revolución queda asociada, en la lectura de THD de los años sesenta y setenta, con la del “equívoco”. Un “equívoco” que es múltiple, pero que siempre hace referencia a la dislocación entre la revolución, los revolucionarios y el tiempo histórico. Al menos a través de dos líneas argumentativas:

1. El *equívoco* de la sociedad peronista, por el cual amplios sectores sociales no habrían tomado nota de que las condiciones estructurales que dieron origen a la única revolución del siglo XX, la revolución peronista, eran tan efímeras como perdurables, resultó la imposibilidad de deshacerse de ellas.

2. El *equívoco* de los revolucionarios y sus intelectuales, por el cual distintos sectores radicalizados interpretaron como una “crisis revolucionaria” lo que no era más que un cuadro generalizado de descomposición social de la cual estos mismos sectores eran síntoma.

Comencemos por el “equívoco” de la “revolución” peronista. En *Argentina en el callejón*, THD explica el peronismo en términos de una “revolución pasiva”. En efecto, el argumento central que desarrolla, especialmente en su “1930-1960: Crónica de treinta años”, es que la Argentina no había ingresado en la “historia contemporánea”, esto es, que la Argentina no había podido elaborar una salida sólida a la crisis del modelo socioeconómico consolidado entre 1880 y 1930, una opción que fuera capaz de retener sus éxitos –que no eran escasos para THD– y de superar sus falencias. El reconocimiento de estas falencias dejaba ver el tipo de transformación que anhelaba por esos años el autor de la “Crónica”: un cambio de las estructuras socioeconómicas que ponga fin al carácter “dependentista” de la Argentina. En más de un sentido, en el argumento de la “Crónica”, el golpe a Yrigoyen, la restauración conservadora de Justo, la revolución de junio de 1943, el ascenso del peronismo en 1946, la “Revolución Libertadora” en 1955 y el zigzagueante rumbo del gobierno de Frondizi ponían variadamente en escena la profunda irresolución de este mismo problema de fondo, con el agravante de que, una vez constatado el fracaso de cada uno de estos grupos políticos para ofrecer un opción viable a la encrucijada histórica en que se hallaba el país, la crisis se acentuaba de tal forma que la “guerra civil larvada” se erigía como un horizonte indisimulable. Este argumento inscribía al peronismo en la misma saga de imposibilidades que afectaron a los gobiernos precedentes y que afectaría a los subsiguientes. Notemos, en este sentido, cómo en *La Argentina en el callejón* THD rechaza atribuirle al peronismo cualquier rasgo “revolucionario”:

Perón procuró, en forma cada vez más acelerada, hacer nacer una conciencia nueva en la clase obrera acrecida en número. Esta conciencia no tenía por qué ser –y no fue– socialmente revolucionaria. La estructura de clase se suponía

intransformable; era el punto de equilibrio entre las clases el que se desplazaba, gracias a la acción estatal. No como vanguardia de una revolución que está por hacerse, sino como grupo beneficiario de una revolución ya realizada, entra la clase obrera en nuestra liza política. (Halperin Donghi, 2006: 124.)

Con un tono repentinamente “materialista”, que en realidad era deudor, como buena parte de los escritos de época, de las temáticas del *subdesarrollo* y quizás de la *dependencia*, THD concluía que porque el peronismo no transformó la estructura de clases, el peronismo no fue revolucionario. Sin embargo, lo que resultaba problemático en este análisis es que se reconocía que aun sin modificar la estructura de clases, lo que había cambiado en la Argentina peronista era “el punto de equilibrio entre las clases” –y que ello había permitido ni más ni menos que el ingreso de las clases trabajadoras a la arena política nacional, aunque como beneficiaria de esos cambios y no como su “vanguardia”–. De este modo, lo que THD dejaba sin responder era si ese cambio en el “punto de equilibrio” entre las clases, es decir, este cambio en las relaciones sociales, no implicaba a su modo una serie de transformaciones de índole revolucionaria –tomando en cuenta el lugar que tenían los trabajadores en los “puntos de equilibrio” previos a la constitución de la “sociedad peronista”. Como esta pregunta no es abordada en *Argentina en el callejón*, se entiende que THD caracterice al peronismo como una “revolución hecha desde arriba”, es decir, un conjunto de transformaciones que tenía como objeto que algo cambie para que lo sustancial –en este caso, la estructura de clases– no se modificara en absoluto.

THD apreciaría la debilidad de este argumento tres décadas después. En efecto, por la misma razón por la cual negaba en *Argentina en el callejón* que el peronismo había sido “socialmente revolucionario”, en *La larga agonía de la Argentina peronista*, en cambio, sostenía que la única revolución constatable en el siglo XX argentino fue la encarada por Perón en el trienio 1946-1948:

Que el peronismo en efecto lo fue [una revolución social], sólo pudo parecer discutible a quienes creían blasfemo dudar de que revolución social –y aun revolución– hay una sola: bajo la égida del régimen peronista, todas las relaciones entre los grupos sociales se vieron súbitamente redefinidas, y para advertirlo bastaba caminar las calles o subirse a un tranvía. (Halperin Donghi, 1994: 26-27.)

Sin embargo, la ahora reconocida como revolucionaria transformación peronista de la sociedad estaba destinada a tener éxito sólo en el contexto de los primeros años de gobierno peronista, cuando ciertas condiciones favorables en el sector externo de la economía argentina hicieron posible una fuerte transferencia de ingresos del campo a la ciudad y de las clases propietarias a los trabajadores, configurándose una sociedad con índices de pleno empleo, intervención estatal en la economía y crecimiento del mercado interno. Concluidas estas condiciones favorables, la deriva del siglo XX argentino, al menos hasta la hiperinflación de 1989, estaría montada sobre un *equivoco*: el de una organi-

zación social que no cuenta con bases materiales para reproducirse sostenidamente en el tiempo pero que sin embargo no es cuestionada en sus fundamentos por ninguno de los actores políticos y sociales destacados que la componen, razón por la cual el diferimiento del ajuste que estructuralmente esa sociedad habría requerido no hará más que prolongar y exasperar la crisis hasta tornar más dramática su resolución final, que sería finalmente asumida por otro peronista: Carlos Menem⁴. En este punto, la ironía, que es el principio constructivo dominante de este relato, se tematiza con la imagen de un peronista dando muerte a la sociedad peronista y a través de una comparación que sugiere que el problema de la sociedad peronista era que los trabajadores argentinos de la Fiat querían ganar salarios similares a sus pares italianos sin poder reconocer que la economía local estaba lejos de alcanzar los niveles de productividad de la economía italiana.

Entre los “revolucionarios” y el tiempo histórico ocurre lo mismo que con la “revolución peronista”: su inscripción en la historia sólo es inteligible en tanto equívoco montado sobre una estructura narrativa basada en la ironía (en el sentido aludido más arriba). Para ello es decisivo tener en cuenta un texto clave en este sentido, aquel que THD publica en el número 9/10 de *Contorno*, originalmente titulado “El espejo de la historia” (1959). Lo sorprendente de esta intervención de THD consistía en interpretar la –ya así mentada en esos años– “traición Frondizi” a luz del itinerario de la generación del 37, con el objetivo de relativizar severamente todo sustento histórico concreto a la apuesta de los intelectuales por la revolución, justo en un número donde Ismael Viñas y León Rozitchner comenzaban a transitar justamente este último camino. El punto de partida de THD en este texto es claro en este sentido, cuando afirma que “todas las grandes modernizaciones de la estructura nacional, modernizaciones esencialmente conservadoras en cuanto hicieron posible la supervivencia de rasgos básicos extremadamente arcaicos, surgieron de actitudes que se quisieron revolucionarias” (Halperin Donghi, 2006: 52). Si la generación del 37 corroboraba esta intuición, es porque habiendo tenido inicialmente en su contexto una actitud “revolucionaria”, ella se modificaría tan pronto sus integrantes comprobaran que su lugar en la política argentina era menos decisivo que el deseado, razón por la cual se plegarían ulteriormente con un fervor escasamente disimulado a la convalidación de las fuerzas sociales y políticas preexistentes para favorecer transformaciones que entonces ya no pretendían ser revolucionarias.

Si en el siglo XIX Alberdi resultaría el representante cabal de este diagnóstico, en el siglo XX su lugar quedaba relevado por el propio Frondizi. En efecto, en el razonamiento de THD el discurso de Frondizi, proclive a impulsar transformaciones radicales, se explicaba a partir de su lejanía con el poder, como

⁴ Una de las más notorias críticas que ha recibido este planteo es su marcado teleologismo. Ver Jorge Myersen, “Tulio Halperin Donghi y la historia argentina contemporánea”, en *Discutir Halperin*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1997.

quedaba constatado en el abandono de las mismas en el mismo en el momento en que alcanzara la presidencia. Si tal era según THD el destino del discurso revolucionario, ello se debía –en un argumento sorprendentemente a tono con el revisionismo histórico– a la recurrente fascinación de los intelectuales locales por esquemas teóricos que por exóticos solían prescindir de la realidad que pretendían modificar. El final de este escrito resumía así esta situación llena de equívocos y paradojas para mostrar la dislocación del intelectual radicalizado con el “contorno” político argentino. En rigor, y aunque THD invoca aquí la palabra “traición”, de su argumento se desprende que no era tanto esta actitud, sino más bien la lealtad a las “ideas fuera de lugar”, antes que la pretensión de que ellas se inscribieran en un proceso histórico que tuviera a las masas como protagonistas, lo que provocaba este efecto de dislocamiento entre ideas revolucionarias y realidad histórica y política:

... en un país que se piensa con categorías surgidas de una realidad distinta a la suya, la tentación de trazar en él una imagen al margen de la realidad es muy fuerte; que esa disposición a planear futuros que tienen poco que ver con el presente puede ser tomada por todos, y en primer término por los mismos que a ella se entregan como prepotente vocación revolucionaria; que si ese país *no presenta en sí mismo una situación revolucionaria*, esa vocación, admitiendo que efectivamente sea tal, está destinada a ser traicionada en el momento mismo en que es llevada a los hechos. (Halperin Donghi, 2006: 73.)

De este modo, si las ideas estaban “fuera de lugar”, ello ocurría en primer término porque los intelectuales lo estaban: el lector de este escrito publicado en *Contorno* no necesitaba de suma sagacidad para comprender que este diagnóstico alcanzaba también a lo que ya en esos años se denominaba la “nueva izquierda nacional”, es decir, a los grupos intelectuales que comenzaban a revisar el peronismo, colocaban su interés en el incipiente proceso político cubano y racionalizaban la “traición Frondizi” al mismo tiempo como el epílogo de todo intento reformista de transformación política nacional y como el prólogo hacia una apuesta revolucionaria. De este modo THD ofrecía un temprano testimonio de lo que sería un itinerario divergente respecto de esta franja intelectual para la cual Terán acuñó en *Nuestros años sesenta* el nombre de “franja denunciacionista”.

El diagnóstico de esta “franja denunciacionista” partía de una premisa: que la realidad política argentina comenzaba a evidenciar los rasgos de una “crisis de hegemonía” que podía devenir en una situación revolucionaria⁵ en el corto o en el mediano plazo⁶. Para que ello ocurriera, la clase destinada a protagonizar

⁵ Un ejemplo de este sentido lo encontramos en Portantiero, J. C., “Política y clases sociales en la Argentina actual” en *Pasado y Presente*, Córdoba, año 1, nro. 1, abril-junio 1963, páginas 18-23.

⁶ Ver en este sentido en el último número de *Contorno*, el mismo donde aparece el escrito de THD sobre Frondizi, el escrito de Viñas, I, “Orden y progreso” en *Contorno*, Buenos Aires, nro. 9/10, abril de 1959, páginas 73-74.

estas transformaciones debía constituirse en un sujeto político acorde con esta “misión histórica” y romper sus lealtades con el reformismo burgués, de una manera análoga al proceso que debían encarar respecto a su propia historia los intelectuales. En síntesis, la apuesta de la “nueva izquierda nacional” consistía en una nueva alianza entre intelectuales y masas.

Ésa era, justamente, la alianza que THD creía inviable y dislocada del tiempo histórico, entre otras razones, por un motivo tematizado recurrentemente por él en su lectura de este período: el hecho de que las masas no estaban reclamando esa revolución. De este modo, cobraba forma el equívoco, una revolución con intelectuales revolucionarios pero sin masas revolucionarias. Se trataba en fin del mismo argumento que THD planteaba en relación con Frondizi.

Esta dislocación y equívoco entre intelectuales con “vocación revolucionaria” y masas no disponibles para esta “misión histórica” la encontramos en distintos tramos de la obra de THD. Como vimos, en la “Crónica” que integra *Argentina en el callejón* las clases populares no aparecían como los sujetos de cuyo seno había surgido la revolución peronista; en esta misma línea, en un escrito publicado en *Marcha* (otra publicación de referencia para la nueva izquierda nacional), cuyo título, “Argentina en el callejón”, daría nombre al libro, THD retomaría esta idea del carácter escasamente revolucionario de las masas peronistas, colocando el énfasis en su carácter pasivo. Así, por ejemplo, cuando THD narra la reacción de Framini ante la imposibilidad de asumir como gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1962, lo que remarca casi grotescamente es la escasa reacción popular ante el desconocimiento por parte de las nuevas autoridades de facto del resultado de las elecciones:

Esa pasividad era penosamente evidente en el peronismo: sus apoyos de la izquierda juzgaban que si el triunfo electoral peronista alcanzaba magnitud tal que obligara al gobierno de Frondizi a desconocerlo, el movimiento proscrito, tonificado por esa nueva toma de conciencia de su fuerza, se lanzaría a un alzamiento armado popular destinado a desembocar en revolución social. Esto último estuvo lejos de ocurrir [...], lo que ocurrió fue que oportunamente se presentaron acompañados de escribano público para labrar testimonio de que los cargos para los cuales habían sido elegidos no les habían sido entregados. Aun un gobierno como el del doctor Guido y sus perplejos asesores militares estaban en condiciones de resistir ataques de esa laya. (Halperin Donghi, 2006: 202.)

Así, el carácter “pasivo” que THD le atribuía inicialmente a las masas durante los primeros dos gobiernos de Perón es proyectado también al movimiento peronista en los años de proscripción. Esta pasividad explicaría que quienes se asignaban su representación desde la izquierda revolucionaria y que vaticinaban una pronta “insurrección popular” quedaran condenados a la marginalidad, situación que a su vez sería solidaria con la radicalización de estos intelectuales, quienes junto con Framini asumirían a partir de aquí un discurso todavía más combativo. Como con el caso Frondizi, el argumento de THD se

reitera: en la Argentina no hay una situación revolucionaria y la radicalización de los intelectuales está en línea con la imposibilidad de inscribir esta apuesta en la historia política argentina.

Es llamativo que este esquema interpretativo se sostiene incluso para fines de los años sesenta. Como si la dinámica política que se despliega en aquellos años no hubiera provocado transformación alguna en distintos actores sociales, THD interpreta el Cordobazo menos como el bautismo de una “situación revolucionaria” que como el episodio que concentra una coyuntural convergencia de variados actores políticos relegados por el onganato, que si cerraban filas tras la protesta de los trabajadores, era más bien para manifestar descontentos de origen heterogéneo y no necesariamente “revolucionarios”:

Pero, así como la teoría de los factores de poder enmascaraba más que iluminaba las prácticas políticas emergentes a partir de 1955, la de la guerra popular ofrecía una versión en exceso estilizada del papel que la violencia insurreccional iba a desempeñar en los tramos finales de esa experiencia. Esa violencia irrumpió primero como una seguidilla de tumultos urbanos que culminaron en el que conmovió a Córdoba en mayo de 1969, en los cuales podía reconocerse la presencia de todos los sectores políticos y sociales marginados por la gestión de Onganía. (Halperin Donghi, 1994: 56-57.)

Si el Cordobazo reinstalaba la serie de *equivocos* que había tenido como protagonistas a los sectores radicalizados, las elecciones de 1973 venían a demostrar, en el revés de la trama, una larga historia de desaires entre las clases medias radicalizadas y las masas, que se expresaba insospechadamente en el divorcio entre intelectuales y democracia representativa:

Su perplejidad [la de los intelectuales y profesionales de la clase media] ante las opciones planteadas por un orden político tan distinto del que se les había enseñado a esperar los llevaría en 1930, en 1945, en 1955, en 1973 a poner su peso, y el de un séquito que –aunque siempre minoritario– tendía a crecer en momentos de crisis a favor de salidas disruptivas de signo muy variado que iban a tener sin embargo en común acudir a instrumentos de cambio distintos del sufragio universal. (Halperin Donghi, 1994:14.)

Finalmente, la clave interpretativa según la cual la revolución, en la historia reciente argentina, habría sido más bien un equívoco de los revolucionarios, asume su relieve más trágico en el modo en que THD analiza el surgimiento y ocaso de la organización político-militar Montoneros. En efecto: ¿Por qué la historia de Montoneros era también la historia de un *equivoco*? Según THD, el equívoco se remontaba a los orígenes de la organización: a pesar de lo que creían sus integrantes, el éxito con que ingresaron a las lides de la política argentina se debía menos a la simpatía popular o el carácter persuasivo de sus actos que a su rápida adecuación a una dinámica histórica según la cual un cadáver oportunamente ejecutado podía resultar un camino eficaz para constituirse en un actor político atendible, pero ello dentro del contexto signado por el aliento

que Perón concedía a toda acción social que permitiera erosionar el poder de los mismos militares que lo habían proscrito.

Ese equívoco inicial tendría vastas consecuencias, ya que los dirigentes montoneros habrían concedido demasiado crédito a la idea de que su súbito protagonismo en la historia argentina era signo de una autorización social a ocupar no un lugar destacado, sino el más destacado dentro de la vida política del país. Nada más erróneo para un THD que en este punto no ahorra imágenes y ejemplos para señalar este equívoco: las masas se manifiestan a favor de Perón; la “opinión pública”, que no había dado inicialmente muestras rotundas de disconformismo con las acciones militares de las organizaciones revolucionarias, les retiraría todo aval siquiera “tácito” (en una actitud que, según THD, dicha “opinión pública” replicaría años más tarde con los militares); el propio Perón, que alentó las acciones y el crecimiento de las organizaciones revolucionarias para repositionarse políticamente en el escenario abierto tras el Cordobazo, y tras comprobar que las altas ambiciones detentadas por el grupo dirigente de tales organizaciones colisionaban con el nuevo esquema de poder que tenía al propio Perón en su centro, no dudaría entonces de encomiarle a las antes favorecidas “formaciones especiales” un destino ahora feroz: el de “ofrenda sacrificial en el banquete celebratorio del retorno del hijo pródigo de nuestra clase política” (Halperin Donghi, 1994: 67). Finalmente, el equívoco queda sellado con la tragedia con la constatación de que las fuerzas armadas, lejos de sumarse al nuevo evangelio social, entrevieron que la radicalización de un sector de las clases medias y de sus intelectuales no confirmaban sino sus peores vaticinios respecto al futuro nacional, en especial aquel diagnóstico que indicaba que las ideas de revolución social habían penetrado hondamente en el cuerpo social, a tal punto que, como lo demostraba el caso de la familia Alsogaray, esa prédica había alcanzado sus propias filas, razón por la cual no tardaron en concluir que se tornaba necesario extirpar de raíz el “origen del mal” por la vía de la aniquilación del enemigo y la generalización del terror.

El equívoco de los revolucionarios se producía así al interior del más global equívoco que, como vimos, THD nombró como “la larga agonía de la Argentina peronista”. Un equívoco que era producto del desacople entre el fugaz éxito del esquema socioeconómico instaurado en el trienio 1946-1948, y su imposible sostén estructural más allá de estos años, en conjunción con la “crisis de legitimidad agravada” iniciada a principios de siglo, y tan bien expresada por el periplo de uno de los pocos intelectuales estimados en la obra de Halperin Donghi, Francisco Urondo: sólo basta leer con detenimiento el inesperado final de *La república imposible* para comprender cómo el abrazo del autor de *Adolecer* a la causa revolucionaria es interpretado por THD como la escena desplazada que expresa cómo el poeta encuentra en terreno político e ideológico de los años sesenta una forma de dar cauce a una protesta que es producto de una herida social y política cuyo origen se remonta a la crisis política de los años treinta,

una protesta, por otra parte, que la tradición del civismo radical decimonónico ya no es capaz de vehiculizar en virtud del modo en que dicha tradición supo plegarse a las reglas de esa “república imposible”.

Un “contornismo al revés”

Llegado este punto, podemos extraer una conclusión: la mirada de THD sobre la historia argentina reciente se construye a partir de un itinerario evidentemente divergente del realizado por la nueva izquierda nacional surgida en los años sesenta. Esa divergencia explicaría, paradójicamente, su consagración retrospectiva por parte de una destacada franja intelectual de izquierda, que tras la derrota de los proyectos revolucionarios, leyó en su obra una verdad sobre su propio itinerario. ¿En qué consiste ese itinerario divergente y cómo tiene lugar esa consagración retrospectiva?

En el mismo momento en que los intelectuales de la “nueva izquierda nacional” abrazaron la causa revolucionaria y propusieron un diálogo fluido entre el compromiso político y el propio proyecto intelectual, THD dirimió la encrucijada histórica operando su pasaje definitivo a la historiografía. La voz narrativa de este historiador que es THD se consolida justamente aquí, en estos años cruciales. No es casual que sus “memorias” publicadas recientemente lleguen hasta el final de los años peronistas: en la reconstrucción retrospectiva de su itinerario, lo que viene después es “historiografía”.

En publicaciones como *Contorno* o *Marcha*, donde sus pares comienzan a elaborar un discurso revolucionario, THD desarrolló en cambio una perspectiva irónica, es decir, una narrativa basada en el desacople entre las expectativas de los actores y la realidad histórica y política, lo que suponía un distanciamiento retórico con lo narrado que permitía a su vez relativizar las razones invocadas por los intelectuales radicalizados, los mismos que diagnosticaban una situación revolucionaria en la Argentina de aquellos años. Ya para el THD de *La Argentina en el callejón*, en los años sesenta hay una “guerra civil larvada”, pero no una “situación revolucionaria”.

¿En qué momento resultó posible que este historiador rápidamente desencantado con el siglo XX argentino⁷ se constituyera en un intelectual de referencia para ciertas franjas representativas de la “cultura de izquierda”? Ello ocurre cuando una parte de la franja intelectual radicalizada emprende en el exilio –y durante los años ochenta– un proceso de autocrítica respecto a sus posiciones políticas en los sesenta y setenta. José Aricó, un caso paradigmático de este proceso, reinterpretaba el papel de la izquierda revolucionaria en estos términos: “creyendo ser actores de un proceso que marchaba en el sentido de nuestros ideales revolucionarios, sólo éramos las ciegas víctimas de una guerra civil en ciernes” (Aricó, 1988: 103). Se entiende así mejor el encuentro entre

una obra historiográfica y esta franja intelectual: THD narra a través de la figura del “equivoco” aquello que en la cita de Aricó está planteado en términos entre patéticos y trágicos.

La lectura de THD en torno al siglo XX ofrecía algunas claves para explicar esa “guerra civil en ciernes” a la cual aludía Aricó. Pero a partir de una mirada que, en última instancia, responde a una matriz interpretativa que tiende a descentrar a los años sesenta y setenta, que no se propone reflexionar sobre la especificidad de la experiencia concentracionaria y sus efectos en la política e historia argentina y que identifica a las expectativas revolucionarias con un equivoco de una franja social y de sus intelectuales.

Sin embargo, una franja representativa de los intelectuales implicados en el “equivoco”, consagraron esta lectura⁸; ¿se consagraba con ello también un tema central de la obra de THD, a saber, que la historiografía (y no sin atravesar sinuosos razonamientos expresados en no menos sinuosas oraciones), es finalmente el terreno donde lo social es susceptible de comprensión, ante los fracasos de la política, en especial la política argentina, para conferirle algún ordenamiento? Como sea, se reconocía así a un autor que como dichos intelectuales se declaró enemigo acérrimo del revisionismo histórico pero que, a diferencia de ellos, había tempranamente desandado el camino que había abierto *Contorno*. Es así cómo, tal vez insospechadamente, la tragedia de la izquierda revolucionaria argentina fue leída en la trama irónica de un historiador desencantado. ■

Bibliografía

Aricó, José (1988), *La cola del diablo*, Buenos Aires, Puntosur.

Halperin Donghi, Tulio (2006), *Argentina en el callejón* (1964), Buenos Aires, Ariel.

——— (1987), “El presente transforma el pasado: el impacto del reciente terror en la imagen de la historia argentina”, en *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza.

——— (2005), *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente criolla* (1972), Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

——— (1982), *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Centro Editor América Latina.

——— (2006), *La larga agonía de la Argentina peronista* (1994), Buenos Aires, Ariel.

——— (2008), *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

⁷ Ese desencanto se percibe fácilmente en sus memorias. Ver por ejemplo la referencia a Croce en: (Halperin Donghi, 2008: 213).

⁸ La recepción consagratoria de la obra de THD aparece de manera clara en la revista *Punto de vista*, nro. 46, agosto de 1993, páginas 4-12, donde se publica la conferencia brindada por THD en el Centro de Cultura Socialista a propósito de los treinta años de *Argentina en el callejón* y en la que el historiador adelanta el argumento de *La larga agonía de la Argentina peronista*.

LUCES APAGADAS Y LUEGO MÚSICA

Aceptar un destino fijado por nadie

“He buscado tantos ídolos
me he fascinado por tantos ascetas
he soñado con sus imágenes duras rechazantes
esa pureza que humilla
la confianza en el juicio de los pocos
y sigo desconociendo la puerta única
el día único
el momento único
poco los esperé y ya no lo hago
al igual que siempre debí irme me quedé
no puedo dejar de buscarlos
aun rota de cansancio
aun perdido el deslumbramiento.”
Juana Bignozzi, *Si alguien tiene que ser después*

1/

Hacia el final de su vida, marcada desde sus primeros artículos por la tónica del problema del hombre letrado e influyente en la cosa pública latinoamericana, Tulio Halperin Donghi compila distintos trabajos que provienen de analizar, muy influenciado por los conceptos del género autobiográfico que identifican a Adolfo Prieto y Silvia Molloy, el modo en que algunos de estos letrados se autoincluyen, a través de memorias, diarios, manifiestos y testimonios, en la etapa genética de la historia intelectual latinoamericana (1794-1914). Esa compilación, de título *Letrados y pensadores: el perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*, proyecta un tesoro, un objeto con forma propia e incluye el texto del que partimos, que en una primera versión se llamó “El letrado colonial como inventor de mitos revolucionarios” y luego trocó su

nombre sacándole fuerza y agregándole elegancia: “Fray Servando, precursor, mártir y triunfador glorioso”. El tema tiene referente: el Fray Servando Teresa de Mier, sacerdote, fraile y teólogo mexicano que hacia 1874 da inicio a esas metamorfosis que Halperin ve “del letrado colonial al intelectual moderno”. Un sermón de Mier parece abrir el mapa hispanoamericano a consecuencias no buscadas de la palabra. Como pasará en todos sus personajes, Halperin indagará en los linajes y los honores que lleva consigo Mier, qué influencia tiene su preparación y cuáles fueron los influjos contextuales para su verba. En este caso el arco se abre bajo el contexto de la revolución francesa. Detrás de ese sermón inaugural de la palabra latinoamericana y liberal con autonomía estaba la pregunta acerca de por qué se mantenía la relación con la metrópoli. Qué faltaba para que México sea lo grande que podía ser. Lo que Halperin llama “drama personal” no es otra cosa que esa ambigüedad intuitiva sobre el rol de Mier en los órdenes del nuevo mundo. Para Halperin es clara, aunque no para el propio Mier, su tarea de combatiente contra un poder real avejentado y herido de muerte, a la vez que trata de recuperar su honor perdido en el fragor de la crisis monárquica de entre siglos. Digámoslo así: una de las características del tiempo analizado es la crisis de la monarquía y la reconfiguración de la iglesia, que se va adaptando paulatinamente al nuevo siglo. Mier encarna la figura del letrado como experimentador de peripecias, persecuciones, vaivenes de legitimidad y confinamientos carcelarios. Imágenes que abren paso, dice Halperin, a la figura del intelectual moderno, sumadas a la picardía, la curiosidad y el ingenio: “su instrumento para avanzar en el tema es la asociación libre”, la libertad creadora y ciega del mito, que son muchas veces las propias tintas que carga Halperin. El triunfo de Mier sería haber logrado mantener su modo de ver el mundo pero adaptar sus pautas de conducta pública a las transformaciones sociales del siglo, sostenerse. Para Halperin, generalmente, sostenerse es claudicar.

2/

Halperin escribe sobre Fray Servando Teresa de Mier para escribir sobre una relación: la del mundo de las ideas con la tentación de las profecías. Elige a este mexicano para poner la primera estaca y para tensar desde ahí una serie de inquisiciones que metrallean contra los mitos, las exageraciones, el delirio y la megalomanía para volver al punto recurrente de llegada en toda diatriba suya: la agonía. Los hombres hacen la historia pero mal. En condiciones que no eligen, y si las eligen, eligen mitos. La historia los hace a ellos mismos, que mientras pugnan por saciar su voluntad se ven obligados a prestarle a atención a temores, desfalcos éticos, parálisis del genio y ya no son los mismos. Nunca somos los mismos, aunque perduramos. La historia entonces, es el espejo que vuelve. Ningún trayecto lleva al punto planeado. Los resultados son siempre en

falsa escuadra. Quizá Halperin es finalmente un trágico, con perdón de muchos de los presentes.

El suelo de donde parte esta realidad que acecha es el de las consecuencias de la “Ciudad Letrada”, que Ángel Rama reconoce y deja adherida a toda interpretación posterior. Ese orden está compuesto de lo que Rama llama “grupo social especializado” o “equipo intelectual”, con fines formativos, deliberativos, burocráticos y nomencladores. El manejo de la cosa pública en términos de materia y memoria. Los letrados compondrán ciudades dentro de otras. Ese proceso había finalizado con varios logros tras el éxodo de los jesuitas de Latinoamérica pocos años después del nacimiento de Mier, pero había alcanzado para estructurar el espacio social y político bajo la égida del saber como poder y de la pluma como espada. Mier todo lo es desde ese contexto. El orden como sambenito político, la ilusión de fundar desde cero lo social o nombrar las calles por donde caminaba el pueblo, que es lo más cercano a imponer fantasmas. Pero parece desconfiar de varios de los estigmas de las ciudades, sabiendo que la razón no actúa *ex nihilo*. En Mier los mitos anteceden a la voz, probablemente la empujen a hablar y seguramente amparen la radicalidad del sermón que lo convierte en afamado premodernista. Lo sabemos, que la virgen de Guadalupe sea previa a la conquista es un mito desaforado, peligroso, patético y –como seguimos hablando de él– parece que antológico. Lo improbable son las consecuencias que tuvo, de la independencia mexicana hasta esto que llamamos escena letrada. Las ciudades son neoplatonistas hasta que a alguien se le ocurre tomar ideas no del aire de un humanismo heredado del pensamiento en damero, sino del calor del mito. Y si no es el fin de la Ciudad Ordenada sí es la fricción que continúa hasta hoy entre la practicidad de la letra y lo fangoso del mito, donde el barroco americano opera como centro de gravedad. La voz de Mier parece devolver multiplicada siglos de barroco europeo ahora dichos desde un letrado perfilado menos a la depuración de las capas de sentido de la época que a la desmesura de habilitar desde ellas imaginarios para siempre. La ciudad letrada se había constituido como máquina semiótica capaz de ejercer la transculturación con la eficacia de una industria.

Pero la ciudad va a sufrir con el tono ludita del Fray y ya no va a garantizar el orden porque hubo alguien que se desbocó, ese es Mier, que no sólo comienza una vida de correrías políticas sino que en esa tarde hablada a viva voz funda sin buscarlo algo, un afuera de la escritura y la sabiduría, una pulsión intelectual barroca que continúa hasta hoy, la lengua que Rama llama “de la algarabía, la informalidad y la torpeza”. Arriesgamos: este acontecimiento es para Halperin como un *Facundo* que irradia seducción y produce ensañamiento. Como en Sarmiento, la escritura de Halperin apostrofa un estilo poco cartesiano, expansivo y meandroso, pero a diferencia del sanjuanino su técnica de respiración larga no busca diamantes sino más complejidad, no pretende ordenar sino peritar el teatro de un orden siempre falso.

Quizá Halperin tampoco supiese, como casi todos los protagonistas de sus tribulaciones, que era parte de una idea de mundo mucho más alborotada, y expresada en una versatilidad pictórica de la historia tal, que lo podría llegar a dejar en la zona de nuestros ensayistas más considerables, la del pensamiento de frontera, la zona de la paradoja. Al cuidado de los mitos paganos del lector conmovido y del escriba que hace lo que puede.

3/

Alfonso Reyes prologa las mismas *Memorias* que analizará Halperin, pero para definir a Mier como un hombre de relaciones provechosas para la Ilustración americana, que no existía como época cuando su destierro y debía a éste una de sus causas. Ese momento de crisis, que va entre la expulsión de los jesuitas y la independencia, se atiza con los años de la revolución francesa y es el propio Mier quien vive como observador privilegiado los cambios de viento europeos que suscitaban giros profundos en su país y continente. Reyes ve un propagador, una especie de internacionalista letrado de aires libertinos y ascendencia mística. Un hombre no comprendido en su benevolencia. Para Halperin el que nunca termino de comprenderse fue el propio Mier. El de Reyes es un prólogo con forma de oda que embandera a Mier con la causa primitiva de la revolución desde la época del sermón. Por otro lado, resalta la relación con la lejanía como *shock* patriótico de Mier que desterrado –como el propio Reyes– “abarca mejor a su patria”, consigna esta reiterada en varias oportunidades por Martínez Estrada para hablar de Hudson y Martí. Las contradicciones y las crisis de la identificación política que en Halperin son un drama patético, en Reyes son demostración de la forma en que Mier va construyendo su heroísmo previsor de los problemas de la patria y tejiendo “una ley a cuya virtud sujetar las inarmonías y contradicciones de la suerte”, la construcción de un destino de mártir y de bronce. Ni imperialista ni ácrata, su meta es la nación. Reyes narra que Mier poseía “muchas tentaciones”, que sufría de “inadaptación” y que tomaba “las persecuciones con alegría”. Es más, “hubiera sido un estafalario si las persecuciones no lo hubieran engrandecido y la fe en la patria no lo hubiera orientado”. El Fray es un hombre del universo de las prisiones, un astuto conspirador sin patria pero con la mira en México. “Es ley de nuestra lengua que la cárcel hace de los buenos libros”. Y es verdad. Contemos: Gramsci, Fogwill, Ricardo Rojas, el Marqués de Sade y así siguiendo. De estas aventuras también se encarga César Aira, con una entonación parecida a la de *El mundo alucinante*, de Reinaldo Arenas, novela en clave biográfica sobre Mier, para decir que su poco “talento literario” no soslaya una “vida de aventuras sorprendentes y disparatadas”, donde “las cárceles menos que ninguna otra cosa podían detener ese movimiento, como lo prueba una decena de fugas, incluso de los presidios

tenidos por más seguros”, para rematar que en su figura hay “elementos de la novela picaresca, del iluminismo, del naciente patriotismo americano y hasta de las contradicciones que darían pie a las guerras civiles de las jóvenes naciones”.

4/

Emilio de Ípola elige pensar a Halperin desde el texto sobre Mier. Las metas y los logros serían en Halperin imágenes de conciencias pendulantes. Todo pensamiento en el mito es rápidamente llevado a la idea de que lo que se sospecha no se dice, de que uno es consciente de actos que refiere encorsetados en narraciones que tapan culpas y vergüenzas. Generalmente las conciencias que Halperin transforma en objetos de estudio se le presentan como obras de arte autónomas de las que irradia una luz que, previo a adormecerles la capacidad de decir la verdad, les dicta verbos para seguir sometiéndolos a la mentira. Al entre que hay entre la verdad y la mentira de Ípola le llama “conciencia práctica”, sería lo que Halperin ausculta, la mugre que queda tras la marea de las desdichas de los hombres públicos. Su capacidad de desatar sin teorizar ese allanamiento es lo que de Ípola se interesa por sistematizar desde una sociología fenomenológica, comprensiva de las causas pudorosas que arrastran a los hombres a la impostura. La subjetividad está en Halperin volcada a tolerar los quiebres de la historia y a tratar de hacer pie en ellos. El tiempo que las subjetividades se sumergen en la crisis que todo cambio social implica es la franja de sentido que a Halperin más le interesa, sin dejar de decir que a veces esos tiempos de dubitación del tiempo se parecen demasiado a una vida, haciendo de Halperin un pensador de la tragedia y del malentendido irrevocable. Cuando al leerlo nos interpela la perfidia de la extensión, la soledad de la anchura, la sinrazón de los destinos que creemos razonados, Halperin es un gran catalizador de lo trágico. Pero sigamos: el suyo es un pensamiento de frontera, el historiador pescando en los saltos revueltos de los ríos de la historia. Ahí es donde más se parece a Martínez Estrada, que sólo parecía encontrar virtudes de belleza y justicia en las almas que podían saber de sus desgarramientos morales por vivenciar las paradojas materiales de su entorno; en algún momento habría que pensar qué similitudes y diferencias hay entre el diagnóstico de excepción con que Halperin y Martínez Estrada bautizan al *Martín Fierro*.

Para el caso de Mier, de Ípola juega con el pasaje del Fray de monárquico a republicano, haciendo de su voluntad la mascarada de un narcisismo evidente. Esa también es una de las hipótesis de Halperin, pero a él se le escapan llamadas de hipótesis más abiertas y escurridizas, cuando de Ípola –más sociológico– persigue la elocuencia de las constantes, la marca de las estructuras en los movimientos humanos. De Ípola aún cree en el intelectual clásico, frío y acompañante de los procesos con su voz legítima. De Ípola tiene la idea de que

se es intelectual cuando se sabe que se hace lo que se puede y esa definición es mucho menos interesante que el estilo esgrimista y poco puritano de su escritura o de sus cruces temáticos desacralizantes. Para Halperin y para de Ípola Mier es un pobre inventor de mitos instrumentales para su crecimiento personal, escapándoseles que esos “claros objetivos políticos” de la invención son el producto obvio de lo letrado e intelectual sin más. De Ípola es un gran constructor de mitos también, de fuerza política relatada, ¿acaso lo refundacional del discurso de parque Norte no tiene pizcas de sermón laico de integración nacional socialdemócrata? ¿No es su texto “La bamba” una explicación alegórica de la artesanía lingüística y de la picaresca lectora de los márgenes sociales –de las cárceles de Mier, por qué no–? ¿No es el tango una catarsis porteña que en su plasticidad mítica logra incluir la melancolía arltiana y luego transfigurarse en fiesta plebeya peronista –aunque para no aceptar esto lo de por muerto–?

Lo que es mucho más marcado en de Ípola, que escribe en los años menos mitopoéticos de nuestra historia –c. 1995–, es la idea de que lo que importa es develar las intenciones morales de la palabra y no sus efectos anacrónicos en el orbe de las ideas releídas al infinito. En cambio Halperin logra todo el tiempo dejar sueltas hilachas de no saber para dónde puede derivar un acontecimiento, confiando en la licuadora del tiempo extenso como agonía que es también transmutación, actualización de los males. Toda la reivindicación que de Ípola hace del texto de Halperin se propone limitarlo a una microscopía de las contradicciones humanas. No serían parte de la peripecia trágica de ciertos hombres públicos sino inmoralidades, ejemplos negativos para la política como orden en cualquiera de sus tradiciones. Lo pesado del mito es ponerlo como lugar de relato esencialista donde no hay argumentaciones sino virajes hacia lo narrativo de las cosas. Y queda picando esta referencia pasajera que hace de Halperin, cuando éste señala que en el *Facundo* “falta todo lo que hay de ambiguo e indiferenciado en la vida”. Este ejemplo los enfrenta, la escritura demostrativa de De Ípola carece de la sinuosidad y la bruma de Halperin, más agrio en la esperanza de su función intelectual transformadora.

5/

Cultor de los textos como mitos y de las naciones como superposición de lecturas y conflictos en espiral, Horacio González reivindica el ensayo de Halperin pero por razones contrarias a los mandatos disciplinarios. En varios de sus textos, extendidos por más de veinte años, se atiene a la relación de Halperin con el problema del mito como la cuestión principal. La tarea de historiador de Halperin no es, para González, la búsqueda de una verdad que florecerá, sino más bien la destrucción de los mitos que organizan esa historia. González y Halperin ejercen una misma escritura que parte de la angustia. Pero González

la transforma en exaltaciones parciales de la potencia callejera para luego recogerse de nuevo en la valentía de la pena y Halperin la usa como vector “en el conocimiento del ser agónico de la historia”, que es una invariante de malentendidos sólo tolerada por el que no cree. Las similitudes trágicas del pensamiento de González y el de Halperin se dividen cuando el primero apuesta con cautela y el otro espera sentado las imágenes para terminar de pulverizar otra ilusión más.

González reivindica a Mier por lo que Halperin lo denosta: moldear la idea de nación a través de la arbitrariedad del mito. Que los hombres nunca terminen de comprender del todo la potencia de su palabra y de sus actos es para González una alegría crítica, una fuente de imaginación interpretativa e intervencionista, el mito que justifica cualquier pensamiento, el pasaje que se agota en sí mismo. Para Halperin es básicamente un drama, un karma, la piedra de Sísifo. González no es el sociólogo que muchos exigen, pues no se obsesiona con las matrices. Halperin hace de su historiografía una ciencia de cómo las cosas van a terminar mal pero, como dice González, “la escritura adquiere una alucinada temporalidad enredada y lóbrega”. Eso lo hace no un historiador sino una excepción, no un inventor de mitos pero sí alguien que no puede salirse de la historia como un todo, del mito de esa historia. Cada subordinada es, en la escritura de Halperin –como en la de González– un escalón más hacia lo no esencial pero hacia otras escaleras. En los dos toda época es un momento de agonía, aunque agrega González “porque lo que agoniza es siempre un mito”. Cuando Lévi-Strauss justifica el análisis estructural de mitologías americanas advierte una tensión que parece ser la que Halperin quiere establecer con pensamientos como el de González: “Ocurre con los mitos lo que con el lenguaje: el sujeto que en su discurso aplicase conscientemente las leyes fonológicas y gramaticales –suponiendo que poseyera la ciencia y la habilidad necesarias– no dejaría de perder en seguida el hilo de sus ideas. Del mismo modo el ejercicio y uso del pensamiento mítico exigen que sus propiedades se mantengan ocultas; en caso contrario se caería en la posición del mitólogo que no puede creer en los mitos puesto que se dedica a desmontarlos”. Aquí está clara la paradoja de Halperin, él escribe con intención de desmontador pero con estilo de ideologías mitológicas sobre un futuro tosco. Su gramática lo acerca más al que dice sin saber las fuentes del habla y de la conciencia que al que aplica con recetas las palabras en las cosas, los fenómenos en la hoja de modo causal.

González, en su método pastiche, vincula el Mier de Halperin con el de Lezama Lima y sus “tamañas diferencias de enfoques”. Lezama participa de la idea de Mier como señor barroco, como impronta primera de un barroco trascendido con respecto a Europa, que en su destierro se impregna de saberes e interviene en la escena religiosa como un imán de legitimidad, pues “su virus era esencialmente socrático”, libre, lejano al platonismo con que Rama definía la Ciudad Letrada. Dice Lezama: “... fue el primer escapado, con la necesaria fuerza para llegar al final que todo lo aclara, del señorío barroco, del señor que

transcurre en voluptuoso diálogo con el paisaje. Fue el perseguido que hace de la persecución un modo de integrarse”, como si fuera en búsqueda de otra cosa, y como si esa fuera la fuerza barroca, el integrar, el incluir –sin hibridación– imaginarios, símbolos, palabras, nociones, romanticismo. Y esta sentencia, que el lector dictaminará si es del historiador argentino o del escritor cubano –o de los dos a la vez–: “Mier cree romper con la tradición cuando la agranda”. Halperin quiere exorcizar el mito para destrabar la decadencia histórica, Lezama –y por qué no González– lo subrayan como fuerza redentora que a la larga es energía laica y divina a la vez.

6/

El mito en Halperin es culpable de negar las encrucijadas del destino. De no encargarse de las cosas –de la verdad– y combatir “desesperadamente” contra el fantasma de la redención. La historia como regularidades extendidas se deja ver cuando el mito ya no sostiene nada y es el historiador quien archiva en mano dicta las consecuencias de lo que ve, y lo que ve es literal, es dato. En paralelo, para Barthes el mito es una forma del habla, un modo de referencia sobre las cosas que altera su carácter “verdadero” y las ornamenta. Todo puede cobrar la forma mito en un tiempo determinado. El mito es para Barthes un robo y para Halperin una aberración, porque desencadena la barbarie histórica. La historia entonces es inercia de la historia de quien regula los mitos. El mito naturaliza, cristaliza, pudre. En todos estos temores barthesianos y halperinianos a la vez reside la seducción paranoide de una crítica plagada de riesgos y valentía, pero acechada por un combate eterno con el mito. En algún momento de su texto sobre Mier, Halperin se refiere a esto: “Pronto iban a descubrir que en las multitudes convertidas a la nueva fe sobrevivía mucho más de la antigua de lo que habían imaginado y no mucho más tarde comenzaron a interpretar esos decepcionantes descubrimientos sobre la misma clave que los tan exaltantes que habían antes creído alcanzar: las semejanzas entre sus viejas creencias y rituales y los de la verdadera fe, que antes habían imaginado instituidas por la Providencia con un propósito por así decirlo pedagógico, les parecían ahora inventadas por el Diablo como una sacrílega parodia de las que luego sólo habrían fingido adoptar con entusiasmo para embotar la vigilancia de sus pastores y poder así seguir practicando impunemente sus ritos demoníacos”. Los que descubrían eran los eclesiásticos conquistadores que notaban la emergencia mitológica de lo arcaico. Halperin acepta esto, pues hace foco, se interesa. No sabemos si este fragmento es una reacción de temor alberdiano, de seducción batailliana o de resignación tras la lectura de *Radiografía de la pampa*. Seguramente no sea ninguna de las tres, pero imprime algo que también puede operar como telón de fondo o recurrencia: todo lo que se nos pierde de vista como analistas, la trage-

dia del intérprete que ve cómo la historia es la constatación siempre posterior de un fin de fiesta, el espectáculo carnavalesco de lo muerto, es la vida de los demás que es también la nuestra, las propias tragedias, las ambivalencias. Es la subjetividad confundida en el mito, que acompaña y alerta. Dice Halperin: “En cualquier actividad, al principio y al final, al principio es un proyecto, al final es un balance en el cual siempre se descubre que ese proyecto no se ha realizado”. A la ciencia halperiniana de rastrear guerras, linajes, jerarquías, finanzas y poderes simbólicos se le va imponiendo “el presentimiento de un mundo metafísico” del que alardeaba Nietzsche, donde las cosas son a la vez una y la otra.

La inconsciencia política del hombre público para Halperin siempre es una brasa donde se refleja, ve en ella algo del orden de la historia por sobre los hombres, de la compleja red entre voluntad y acontecimientos, y cómo esos acontecimientos siempre guardan algo de lo antiguo, siempre matizan novedad y tradición. El Halperin que más nos interesa no es el de la paranoia bourdiana que todo lo mide sino el que entrelíneas nota sus propios sinsentidos que, quizá ahora leídos en bloque, nos demuestren que para él la política no era explicable sino como aporía, como imposible, otro mito de final recurrente fuera de nuestro alcance. A algunos se nos pasa la vida enmascarados en lo que creemos cierto, a otros enmarañados en digerir un espectáculo que nos lleva en coche al muere. Pero nadie logra justificarse. Y el sentido de la historia sigue siendo un invento como cualquier otro. Halperin es otro de nuestros trágicos, que no son muchos. También es un disidente total tratado con dureza, vituperado. Incluso haya sido un cínico que pensaba para sí, que purgaba su ira con más evidencias que le marquen un camino negro. Pero quienes piensan y sienten así enseñan, predicán. No hay más que leer y conmoverse con su antirazón en prosa para pasar del entendimiento a la música, que es el mejor antídoto contra la pena. Tal vez no haya mayor libertad. ■

ESCRITURA CONTRA TODA ESPERANZA

Se dice de la prosa de Halperin Donghi que es compleja hasta el sacrificio de sus lectores. Ciertamente, con la clásica perfección del artificio no buscó la popularidad de los historiadores revisionistas ni consideró que la historia, la que él escribía, podía impartir un magisterio cívico, sobre el cual no habría ahorrado comentarios humorísticos.

Tampoco su prosa es la del esforzado trabajo académico. A veces ofrece abundantes pruebas de sus ideas; a veces no. Depende de los libros, pero incluso en aquellos más generosos en fuentes, siempre podría decirse que observaciones importantes se hacen al pasar, como si la evidencia que tienen para Halperin debiera ser suficiente para sus lectores. Fue ensayista tanto como historiador profesional.

La prosa de Halperin tiene la personalidad de la de un historiador del siglo XIX, cuando la disciplina no había renunciado por completo a un lugar dentro de las bellas letras. Con alguno de los historiadores del XIX, también comparte la cercanía, personal e íntimamente subjetiva respecto de los acontecimientos y los personajes que elige. En términos de cercanía podría pensarse en Michelet, aunque sólo en este aspecto Halperin y Michelet sean vecinos. Hace muchos años, Jorge Myers me contó que había visto a Halperin en el Archivo. “Hojeaba los diarios del XIX (me dijo Myers) como quien mira *La Nación* de esa semana. Y no tomaba notas”. Releía, en todos los sentidos.

Esa familiaridad con el pasado habría podido resultar en un estilo más anecdótico y más reminiscente. Pero para eso era tarde. Halperin pertenece a las nuevas corrientes historiográficas. En consecuencia, su proximidad sin rivales debió procesarse de otro modo.

La escritura es un dispositivo central para alguien que parece haber vivido durante dos siglos, pero que se prohibió la caída en el sensibilismo. Por eso hablamos siempre de la escritura de Tulio: por la eficacia que demuestra como

dimensión central de su pensamiento histórico. No es un gran historiador con escritura intransitable. Es un historiador excepcional precisamente a causa de esa escritura. Encontró la forma de una prosa que sigue el movimiento inquieto de sus ideas. Su dominio sobre la frase larga es difícil de encontrar en otro escritor argentino moderno, excepto Martínez Estrada. Escribió así porque pensaba que todo es más complicado que lo que se muestra.

No es necesario recurrir a *Son memorias*, la admirable autobiografía de Halperin, para probar su conocimiento de los autores clásicos. Su padre, profesor de latín, y su madre, profesora de literatura italiana, lo pusieron desde el principio en el mundo de libros donde seguiría viviendo. Vista retrospectivamente, la biografía de Halperin se fue acercando cada vez más a esos orígenes, aunque el historiador, después de sesenta años, desconfíe de que “la historia avanza en una dirección que la dota de sentido”¹. Sin embargo, sus padres imprimieron a su vida una dirección, lo que indica una curiosa solidez en medio de la inestabilidad que le tocó como escena pública. Al terminar la primaria, su padre le regaló la inevitable *Historia* de Vicente Fidel López, que Halperin recibió sin rehuir ni temer la profecía.

En el verano previo a su ingreso al Nacional Buenos Aires, en familia le enseñaron la gramática elemental. Suficiente para avanzar con el latín en el Colegio. La prueba de la latinidad de Halperin está en la complejidad sintáctica de su prosa. No tiene la sobria arquitectura de un historiador como Tácito o como el Julio César que seguramente leyó en primer año del secundario, sino el movimiento exuberante pero controlado del período ciceroniano. Como sea, durante siglos y hasta las primeras décadas del XX, los cultos leían latín y sería difícil probar que todos tuvieron un ideal tan alto de complejidad. Pero practicaban, desde la infancia, los temas de composición y se ejercitaban con imitaciones de Tito Livio. En la prosa de Halperin está también la tradición barroca, que conocía bien desde sus épocas de estudiante y luego como historiador de los letrados de la colonia. Lo barroco no califica sólo una forma, sino un modo de disponer y contraponer las ideas. Halperin buscó una escritura que permitiera un razonamiento cuya complejidad es incluso mayor que la del estilo que lo expresa. Finalmente, cuenta también su sensibilidad para la literatura, comprobada por todos los interlocutores que también se interesaran en ella.

El período sintácticamente complejo se caracteriza por la proliferación de subordinadas y parentéticas, aposiciones y expansiones. Se expande por la acumulación de detalles o la precisión de los datos. Una parentética puede extenderse hasta superar un tercio de la longitud de la principal y sus subordinadas. No leeré ejemplos, por la misma razón de longitud que acabo de exponer.² Seguramente, cada uno de nosotros ha marcado su párrafo preferido.

¹ *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, pp. 302-303.

² *Larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994, p. 22.

La prosa halperiniana privilegia el modo adversativo: toda proposición, toda idea, debe ser sometida a una crítica interna por atenuación o por mostración de un aspecto que, de otro modo, quedaría oculto. El modo adversativo permite incluir aquello que niega o debilita lo dicho. Una variante típica es la concesiva y su forma condicional, que despliegan el matiz, la diferencia y el conflicto. Sobre todo, el conflicto entre dos alternativas históricas, dos sujetos, dos partidos o dos posiciones. Y también el matiz de la contradicción en el propio relato.

La experiencia de una conversación con Halperin (de las que, por fortuna, he tenido muchas) probaba que esta capacidad adversativa era su *formamentis*. En cuanto su interlocutor arriesgaba una aseveración demasiado tajante, Halperin hacía un doble movimiento: primero parecía acordar y, enseguida, presentaba una objeción que hacía trizas todo el argumento. Por momentos era exasperante, como resulta exasperante su prosa para quien no encuentre el mayor de los desafíos en una sintaxis de ideas que aparecen expresadas con dos figuras retóricas típicamente halperinianas: la doble negación, que no es simplemente una forma desviada de la afirmación, sino un recurso que concede lo afirmado y, a la vez, por un instante, lo suspende; y la litote.

Como lo enseñó la retórica, la litote es un recurso de la ironía. Elijo un ejemplo entre innumerables, donde la ironía por litote cae, despiadada, sobre la generación del 37: “Que toda teoría lo es de una *praxis* determinada [...] es algo que los hombres de 1837 no vieron demasiado nítidamente”.³ Estas figuras son también las de Borges. Queda por hacer un relevamiento estilístico.

Esto no es simplemente una herencia clásica ni el gusto por el barroco del estilo contorsionado (incluido, claro está, el hipérbaton). No es simplemente una afectación. Al contrario de Tácito, que terminaba sus párrafos con sentencias que sintetizaban los hechos y su propio juicio sobre ellos, Halperin no incurre en esa clausura que sería contraria a su posición frente a la historia. El cierre conclusivo implica que todos los acontecimientos pueden finalmente encontrar un punto donde las diferentes fuerzas que los impulsaron alcancen su resolución.

Justamente lo contrario de la “larga agonía”, que no ha llevado, en vida de Halperin ni después, a un cierre. En el párrafo final de ese ensayo, Halperin afirma, con más optimismo que el habitual, que la hiperinflación de 1989 y sus sufrimientos pueden ser un “recuerdo aleccionador”, cumplidas ciertas condiciones que implican nada menos que “la resignada aquiescencia a la progresiva degradación de las instituciones” cuya restauración se celebró diez años antes. Por esa resignada aquiescencia “la Argentina que ha logrado finalmente evadirse de su callejón se resigna a vivir en la más cruda intemperie”. El precio, señala

³ *Argentina en el callejón*, ed. definitiva, Buenos Aires, Ariel, 1994, p. 63. Sobre litote e ironía, véase Heinrich Lausberg, *Handbook for Literary Study*, Leiden-Boston-Colonia, 1998, p. 268. Lausberg sostiene que la litote es una ironía no total sino “por grados”.

Halperin, es muy alto y, una vez pagado (bajo la forma de un nuevo orden económico), lo que se obtiene es verdaderamente poco.

Esta visión de los años ochenta y comienzos de los noventa comparte su pesimismo con los trabajos reunidos en *Argentina en el callejón*, donde escribe: “Así la historia del peronismo no necesita ser la historia de una desvanecida oportunidad revolucionaria para ser en efecto la de una oportunidad perdida”. La culpa original, según Halperin, está en su origen: haber nacido de “una tentativa fascista”.⁴ Se seguirá discutiendo esta tesis. Pero, como toda tesis pesimista, encuentra en el origen no un comienzo histórico sino un destino. Halperin parece corregir esta tesis en *La larga agonía*, pero la vuelve aún más inevitable. El radicalismo es “prisionero de una autodefinition forjada en una Argentina que ya no existe”, mientras que el peronismo logra expresar algo de la sociedad presente de un modo que reconoce original.⁵

Es difícil sostener una visión de la historia sin grandes momentos. Probablemente, los cincuenta años que se extienden entre 1880 y 1930 le hayan ofrecido a Halperin algo que pueda parecerse a ellos. Están lo suficientemente alejados como para limar la irritación frente a los errores y, por otra parte, algunos de sus proyectos parecieron realizarse. Pero esta sensación que tenemos los lectores cambia cuando el foco de nuestra lectura pasa de lo narrado al tono de la narración. Como sobre el entero curso de la historia, Halperin es irónico.

Para ajustar el adjetivo que acabo de usar: irónico, en el sentido en que toda empresa social encuentra protagonistas que invariablemente, en algún momento o casi siempre, están por debajo de las cualidades necesarias y no terminan de comprender los valores que defienden o atacan. Irónico es el desplazamiento entre las ilusiones o los programas y las posibilidades reales. Esta situación que afecta toda la historia investigada por Halperin (de Echeverría a Perón) implica una desconfianza filosófica sobre la posibilidad de que los hombres construyan una historia. Como Halperin lo afirma, citando a Marx, el sentido permanece oculto porque no es nunca del todo el que se ha buscado. O incluso difiere por completo del que se ha querido construir.

Irónicamente los hechos que se suceden arman esa trama que llamamos historia. La ironía, por otra parte, es la defensa frente al determinismo: siempre pudo haber sucedido lo contrario de lo que se afirma. La ironía es “figura conceptual” y puede extenderse hacia la comicidad.⁶ Tanto como una figura del discurso, es un principio de conocimiento o, en palabras de Schlegel, “una forma de la paradoja”: el no siempre evidente costado romántico. El libro sobre Belgrano, escrito en la vejez indomable de Halperin, despliega la cautelosa

⁴ *Argentina en el callejón*, p. 53.

⁵ *Larga agonía*, p. 17.

⁶ *H. Lausberg*, p. 266-267.

distancia irónica aplicada a una vida. Y, contra toda versión de una clarividencia patriótica, concluye que Belgrano debió actuar en un mundo que ya no entendía.⁷

Sobre Tocqueville, Hayden White escribió párrafos que podrían ser leídos como un retrato intelectual de Halperin Donghi. Cito: “Subyace a todo el pensamiento de Tocqueville la captación de un caos primordial que convierte la historia, la sociedad y la cultura tanto en un enigma como en una bendición”. Y a continuación: “... su concepción de los oscuros abismos de los que surge el ser humano, contra los que la ‘sociedad’ es una barrera que impide el caos total, no le permite sino esperar modestos logros, de vez en cuando, ya que conoce las fuerzas que finalmente gobiernan el mundo”.⁸ A diferencia de Marx, Tocqueville, como Halperin Donghi, no cree en una ciencia de la historia organizada tipológicamente, porque hay un misterio resiliente que desorganiza las categorías. Por el mismo motivo, ni el francés ni el argentino pueden ser organicistas o confiar mínimamente en una teleología, no importa cuán débil.

Como señala Hayden White para Tocqueville, Halperin no se permite la tentación de sostener, de modo definitivo, que la historia carece de sentido. Contra toda esperanza, el relato tiene su trama. Pero, contra toda esperanza, esa trama es agonística. Una concepción trágica no carece, como tampoco careció en los trágicos griegos, de valores. El liberalismo de Halperin es un resguardo contra todas las aventuras que vivió el siglo XX. “Intemperie” es la última palabra de *La larga agonía*. La intemperie es la atmósfera de las sociedades que, tocado el último límite, perciben que todavía es posible una alternativa tan modesta como sus fuerzas. ■

⁷ “... Supo afrontar estoicamente el destino de quienes debemos vivir en un mundo que ha cesado de sernos comprensible”, *El enigma de Belgrano. Un héroe para nuestro tiempo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2014, p. 113.

⁸ Hayden White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1973, pp. 193-194 (trad. BS).

TULIO HALPERIN DONGHI

la pasión por la historia

Tulio Halperin Donghi falleció el 14 de noviembre de 2014 en Berkeley, California, a los 88 años de edad. Delinear el perfil de esta figura excepcional no es una tarea sencilla. A lo largo de más de sesenta años, este hijo de un profesor de latín y una profesora de literatura italiana escribió unos veinte libros y centenares de artículos. Prolífico y erudito, incisivo e iconoclasta, su ambición de conocimiento no se dejaba dominar por las fronteras disciplinares. Su registro temático fue inusualmente amplio: escribió sobre intelectuales y pensadores, sobre historia social y cultural, pero también sobre historia económica y fiscal y además, por supuesto, sobre historia política. La amplitud de su cultura histórica –en rigor habría que decir de su cultura– era proverbial. Parecía haber leído y asimilado todo.¹

Halperin Donghi poseía una relación pasional con la historia como empresa de conocimiento. La intensidad de este vínculo no menguó con el paso de los años ni se vio afectado por su declinación física. Su manera de vincularse con el pasado era peculiar. Poseía una enorme familiaridad con personajes y sucesos de otros tiempos, que conocía en sus más mínimos detalles y, a la vez, por una excepcional capacidad para tomar distancia de ese plano episódico para objetivar sujetos y acontecimientos e integrarlos en narraciones de gran complejidad analítica. Muchas veces, la anécdota menuda, el detalle singular, le servían como eje a partir del cual articular una sólida explicación, que su formidable destreza retórica parecía volver irrefutable. Esa escritura poderosa y sofisticada aportaba un plus: en su obra hay ejemplos de un mismo hecho interpretado de maneras distintas, que sirven de soporte a visiones siempre tan convincentes.

¹ Para un buen ejemplo, véase la presentación de Jorge Lafforgue en la reunión de homenaje a Halperin Donghi realizada por la Asociación Argentina de Investigadores en Historia en Buenos Aires el 18 de diciembre de 2014. Disponible en <http://www.asaih.org/tulio-halperin-donghi-1926-2014/>

tes como cautivantes. Este hecho nos recuerda que Halperin Donghi era intelectualmente ambicioso pero, a la vez, poco complaciente consigo mismo, al punto de que no temía modificar sus puntos de vista o su manera de abordar el estudio del pasado.² Autor de una obra abierta y siempre dispuesta a renovarse, cuyos temas y problemas y formas de abordaje fueron mutando con el tiempo, no ofreció una visión cerrada del pasado, sino una permanente interrogación sobre cómo comprenderlo y cómo narrarlo.

Aunque dispuesto a revisar sus argumentos, torcerle el brazo no era sin embargo nada fácil. Disfrutaba conversando pero, sobre todo, debatiendo. Polemista insuperable, siempre se quedaba con la última palabra. Muchos colegas de su generación sintieron el rigor de su crítica, acida y mordaz, y con frecuencia también impiadosa. Sin embargo, fue particularmente generoso con los historiadores jóvenes, sobre todo cuando, a partir de la década de 1980, ya nada fue capaz de opacar su prestigio. Su consagración como un gran historiador, que en América Latina y el Hemisferio Norte ya era visible en la década de 1970, debió esperar aquí al clima más apacible que se impuso con de la transición democrática. Desde entonces, ya nadie dudó de que Halperin Donghi fuera un historiador distinto y mejor. Hay que señalar, empero, que nuestras instituciones se revelaron muy avaras a la hora de reconocer el valor de su contribución. Murió sin recibir los honores que, en otras sociedades, el estado y sus principales agencias del campo cultural y educativo prodigan sobre los grandes príncipes de las letras. Las autoridades de la universidad en la que estudió (Buenos Aires) o de la que fue decano (Rosario) no sintieron la necesidad de honrarlo. Murió lejos de su patria. Como tantos otros, fue víctima de una cultura académica mezquina, dominada por impulsos egoístas y disputas partisanas.

De todas maneras, su ascendiente sobre los que aprecian de verdad el conocimiento histórico no conocía rivales. Y pese al enorme poder de su filosa palabra, prefería argumentar antes que pontificar desde una posición de autoridad. Muchos lo recuerdan como un crítico agresivo e implacable. Pero también era dueño de un desprejuicio y una tolerancia infrecuentes en nuestro medio. Esta actitud le permitió cruzar fronteras. Halperin Donghi nació en el seno de una familia surgida de la inmigración de comienzos de siglo que, en las décadas de entreguerras, se había ganado un lugar en el mundo letrado porteño. Este posicionamiento hizo que, desde el comienzo, su mundo social quedara encerrado en la trinchera antiperonista. Lo vivió como un destino antes que como una elección; con el tiempo, no se privó de señalar cuan absurda y dañina era una disputa política cuya hondura no guardaba proporción con la naturaleza de los conflictos sociales que signaron la vida del país.

² Véase, por ejemplo, la nada complaciente "Advertencia" que escribió para presentar la colección de escritos reunida bajo el título de *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

En más de una ocasión, intentó tomar distancia de las posiciones más pre-
visibles en ese escenario polarizado. Esto ya se observa en su primer libro, *El
pensamiento de Echeverría* (1951), donde toma distancia del proyecto destinado
a erigir al autor de *El Matadero* en un impugnador implícito del orden peronis-
ta. Y se advierte con mayor claridad en su contribución al famoso número de
Sur que sucedió al derrocamiento del Perón, donde se negaba a encuadrar su
balance del estado de la historiografía en el marco de la oposición peronismo/
antiperonismo; para él, los problemas de la disciplina eran de otra naturaleza
y venían de antes.³ Por ello no sorprende que fuese capaz de apreciar la labor
de figuras ubicadas en posiciones muy diferentes del arco político e ideológico:
admirador de Borges, también apreciaba y disfrutaba la poesía de Paco Urondo.

Más importante, Halperin Donghi conocía más de una forma de estudiar el
pasado, y estimaba el trabajo de historiadores y analistas sociales de intereses y
convicciones muy distintas. Ese arco iba desde León Rozitchner y David Viñas,
por un lado, a Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde, por el otro. Y lo mismo
puede observarse a la luz de sus elecciones editoriales. Amén de sus artículos en
revistas académicas, sus textos fueron dados a conocer en emprendimientos de
muy distinta inspiración ideológica, que comprende a nuestro liberalismo pero
también a nuestro socialismo. De joven publicó en *Sur* y *La Nación*, y asimis-
mo en *Centro* y *Contorno*. Más tarde, sus trabajos aparecieron en *Criterio*, pero
también en *Punto de Vista*, *Página/12* y *Políticas de la Memoria*. Publicó libros
en Sudamericana y Ariel, así como en *Siglo XXI* y *El Cielo por Asalto*.

Halperin Donghi fue un activo promotor de la profesionalización de los es-
tudios históricos en nuestro país. En las últimas cuatro décadas de su vida dedi-
có tiempo y esfuerzo a lo que por momentos parece una tarea de Sísifo. Muchos
jóvenes se beneficiaron de su estímulo o su apoyo. No creyó que leer y comentar
el trabajo de historiadores en formación fuese emplear mal su energía. A la vez,
fue muy consciente de las dificultades que enfrentaba la tarea de construir una
historiografía a la altura de los tiempos en una comunidad de historiadores
como la nuestra, poco institucionalizada, pobre en recursos materiales y siem-
pre presta a dividirse contra sí misma. Su firme compromiso con este frágil pro-
yecto, sin embargo, no le impidió concebir a la formación de una historiografía
profesional como una tarea tan imprescindible como insuficiente. De hecho,
pensaba y actuaba a partir de la premisa de que la historia debía ser algo más
que una disciplina académica.

Pues además de ser un gran historiador, fue un intelectual de relieve, aunque
de un tipo singular. No sintió la pulsión de la vida pública, y prefirió intervenir
a través de sus textos, de factura académica pero nacidos de preocupaciones de

³ Tulio Halperin Donghi, "La historiografía argentina en la hora de la libertad", *Sur* 237 (noviembre-diciembre de 1955).

relevancia pública. De esta manera algo oblicua dio testimonio de su presencia en el gran debate de las ideas. También hizo conocer su reflexión puntual sobre cuestiones de interés ciudadano cada vez que ésta era solicitada por la prensa o los colegas, aunque sin estridencias, ni actitud militante.

Al igual que en sus trabajos académicos, su reflexión sobre temas de relevancia pública era densa y cubría un registro temático de infrecuente amplitud. Comprendía cuestiones tan diversas como el futuro de la educación superior y el imperialismo norteamericano, la alta cultura y el sindicalismo peronista, además, por supuesto, de la gran política y la política menuda. Siempre dispuesto a responder a la requisitoria periodística, su figura alcanzó mayor estatura y reconocimiento por lo que otros hicieron con ella y con su obra que por su vocación de intervención pública. Reacio a colocarse en el lugar de sabio o de intelectual comprometido, su visión del pasado no se subordinó a ninguna gran verdad, y no se preocupó demasiado por establecer qué usos debían hacerse de ella. Escéptico respecto a la importancia de los intelectuales como actores políticos, crítico de los pensadores que gustan imaginarse como guías de la comunidad o de la nación, construyó su figura pública a partir de una pedagogía de la modestia.

Su siglo fue el XIX, pero se movía con gran familiaridad discutiendo la Revolución de Mayo y la Revolución Mexicana, el batllismo y el peronismo, las reformas borbónicas y la literatura contemporánea. Su dominio del vasto territorio sobre el que desplegó sus inquietudes se observa en la formidable *Historia Contemporánea de América Latina*, que escribió en 1967, cuando apenas tenía 40 años. Ese texto llama la atención tanto por la coherencia y sofisticación del panorama de conjunto (muy influido por las visiones cepalinas y dependentistas entonces en boga) como por el sofisticado conocimiento de las singularidades de más de diez historias nacionales. Ese texto, traducido a varios idiomas y reeditado muchas veces, le dio a su obra una proyección continental y lo convirtió en un referente de los estudios latinoamericanos.

Sin embargo, su gran obsesión fue la historia argentina. Aun cuando pasó la mayor parte de su vida profesional fuera del país –fue profesor en Harvard y Oxford y finalmente se estableció en Berkeley, California–, a su manera él también participó de esa convicción tan idiosincrática que hace de nuestro país el centro del universo. En su caso, esta actitud no reflejaba una visión alienada sobre el peso específico de la Argentina en el mundo sino, más bien, la intensidad de su compromiso con los destinos de la comunidad que dejó en 1966, cuando el golpe encabezado por el general Onganía lo privó de su cargo en la universidad pública. Desde su solitaria atalaya en Berkeley, donde se radicó en 1972, llevaba un registro cotidiano de los sucesos argentinos y, hasta que cumplió 85 años y el cuerpo dejó de responderle, continuó visitando el país todos los años, a veces en más de una ocasión. Su profunda conexión con la Argentina se observa también en el uso de la lengua: su residencia de casi medio siglo en

países angloparlantes no dejó huella alguna en su manera de expresarse, que conservaba intacto el estilo y los modismos del porteño.

Este vínculo el país que lo vio nacer es decisivo para comprender aspectos centrales del autor de *Una nación para el desierto argentino*. Su destreza para el análisis histórico lo podría haber convertido en un animador de los grandes debates de la disciplina a escala mundial. Para ello, sin embargo, debería haberle dado la espalda a la Argentina para concentrar su atención en objetos más atractivos. Este fue el camino que tomaron otras figuras de relieve como Ernesto Laclau o Guillermo O'Donnell. Ambos alcanzaron gravitación y visibilidad gracias a que insertaron sus contribuciones, por cierto valiosas, en debates (las derivas de la teoría marxista y posmarxista, por una parte, y las así llamadas transiciones democráticas de las décadas de 1970 y 1980, por la otra) de gran eco en las instituciones académicas ubicadas a ambos lados del Atlántico Norte. Lector omnívoro, Halperin Donghi no desconocía estas contribuciones, ni ignoraba el impacto que eran capaces de causar. Pero no parece haber sentido la tentación de convertirse en un historiador que definía su agenda de investigación a partir de lo que sucedía en el Hemisferio Norte y, mucho menos, en un intelectual globalizado. Sus escritos se parecían más a los del Borges de “Hombre de la esquina rosada”, concebidos con lectores argentinos en mente, que a los del Borges más universalista de “El idioma analítico de John Wilkins”, ese que podía ser disfrutado y celebrado por Foucault en *Las palabras y las cosas*.

Desoyendo el consejo de su mentor José Luis Romero, no quiso volcarse al estudio de la historia europea (campo sobre el que había escrito su tesis doctoral) en los comienzos de su carrera. Sabemos que Fernand Braudel, con quien estudió, tuvo un altísimo concepto del joven Halperin Donghi (ese “historiador argentino de origen ruso judío”, dijo el gran historiador de la escuela de Annales, fue “el único historiador que me comprendió”). Sólo en los años que siguieron a 1966, cuando buscaba ganarse un lugar en la academia angloparlante, se preocupó por afirmar su prestigio de acuerdo a las reglas que impone ese medio universitario. En esos años dio a conocer algunos de sus trabajos en las revistas líderes de la profesión o en editoriales de prestigio académico de Gran Bretaña o Estados Unidos.⁴ Una vez afirmado en la universidad norteamericana, se resistió a orientar su producción en respuesta a las oportunidades y estímulos que ofrece la principal plataforma para la internacionalización del conocimiento y las carreras académicas de nuestro tiempo. Animado por su visceral pasión por nuestro país, se mantuvo firme en esta tesitura hasta el final. No hay duda de que su proyección profesional se vio dañada por su obstinación con la historia

⁴ En la revista de los historiadores marxistas británicos publicó “Revolutionary militarisation in Buenos Aires, 1806-1815” (*Past and Present*, 40:1968). La editorial Harper and Row dio a conocer una traducción de su *Hispanoamérica después de la independencia* en 1973 y Cambridge University Press publicó una versión inglesa de *Revolución y Guerra*, que apareció en 1975 con el título de *Politics, Economics and Society in Argentina in the Revolutionary Period*.

de una nación cada vez más marginal pero que amaba intensamente, y de que pagó gustoso ese precio. Algo similar puede decirse respecto a su peculiar estilo de escritura, que refleja bien la potencia y complejidad de su pensamiento, y que tiene indudables méritos literarios, pero que le restó reconocimiento académico y lectores, y le quitó eco y contundencia a sus intervenciones. Tampoco en este plano hizo muchas concesiones.

Su obra tiene un personaje central, el intelectual. Halperin Donghi trazó el perfil del letrado latinoamericano, y analizó sus singularidades nacionales y sus mutaciones desde la colonia hasta siglo XX. Una y otra vez volvió sobre esta figura, desde su primer escrito, un artículo sobre Sarmiento de 1949, hasta su último trabajo, un breve ensayo sobre Belgrano, enviado a la prensa pocas semanas antes de su muerte. Estos dos nombres nos dicen mucho sobre el tipo de personajes que más le atraían y, a la vez, sobre cómo concebía las potencialidades de esta exploración. El autor de *Letrados y pensadores* (2013) era capaz de recrear como nadie las ideas y la biografía de un autor, de situarlo en un contexto de debate, de subrayar aciertos y marcar cegueras y debilidades. Pese a su indudable maestría para el análisis del mundo letrado latinoamericano, no hizo mayores esfuerzos para darle una dimensión conceptual a su contribución, y tampoco le interesó adoptar el tipo de perspectiva que lo hubiese convertido en un interlocutor de pleno derecho del debate internacional sobre el ascenso y caída/transformación de la figura del intelectual. La relativa modestia de sus logros en este plano no debe entenderse como una limitación. No le interesaba discutir con Pierre Bourdieu, Stefan Collini o Zygmunt Bauman y no solamente porque era indiferente al poder seductor de modelos o teorías, o porque creyera que un especialista en América Latina no estaba habilitado para realizar afirmaciones o emitir juicios sobre grandes procesos históricos.

En rigor, el estudio de los letrados latinoamericanos le atraía sobre todo porque le permitió internarse en el estudio del contexto más amplio que sirve de telón de fondo a las creaciones y disputas de estos actores. Halperin Donghi solía poner el foco de su atención en los hombres de ideas, pero se interrogaba por la relación entre los integrantes de la elite intelectual y el campo del poder y, en un sentido más amplio, por la sociedad de la que los hombres de letras formaban parte. Lo suyo es algo más que una historia política de los intelectuales. Sin renunciar a poner de relieve todo lo que de específico y singular tiene la esfera de las creaciones textuales y los conflictos entre los agentes del campo de la cultura, la marca distinta de su trabajo era la pregunta por qué podía verse no sólo en ellos y su entorno inmediato sino a través de ellos. Fue un excepcional historiador de los intelectuales y las ideas, pero fue mucho más que eso: un historiador de la sociedad y, en particular, de la sociedad nacional.

Colocada en este marco, vale la pena preguntarse cuáles fueron sus mayores contribuciones a los estudios sobre el pasado de nuestro país. Desde mi punto de vista, dejó tres grandes marcas. En primer lugar (y sobre esto hay amplio

consenso), redefinió nuestra manera de comprender la Revolución de Mayo y la sociedad que cobró forma tras la ruptura con España. La Revolución, ese gran tema de reflexión en los años sesenta, dio lugar a una de sus contribuciones fundamentales. Y no sólo porque demostró que para entender la independencia es preciso apartarse de los relatos patrióticos y los mitos nacionales. Halperin Donghi situó la emergencia del proyecto independentista en el marco y como resultado del derrumbe del imperio español, y analizó de qué manera la revolución creó un nuevo orden político del que la ampliación de la participación política, la militarización y la ruralización del poder fueron rasgos perdurables. Mucho antes de que François Furet combatiera la interpretación social de la Revolución Francesa y señalara que la ruptura revolucionaria es ante todo un hecho político que redefine radicalmente el universo de las ideas sobre el poder y las formas de ejercicio de la autoridad, Halperin Donghi ya había señalado ese camino.

Los trabajos de Halperin Donghi sobre la Revolución de Mayo y sus legados nos muestran que el comportamiento de los actores del mundo del poder, y la definición misma de las características y naturaleza de esos actores, no puede deducirse de ninguna otra instancia de la vida social. Desde su punto de vista, la disputa por posiciones de poder es un proceso contingente que produce sus propios actores, tanto individuales como colectivos. La comprensión cabal de estas luchas, sin embargo, impone un esfuerzo de contextualización, que supone prestar atención a las dimensiones culturales pero también sociales y económicas que inciden en la constitución de los sujetos políticos. Esta manera de concebir el problema ayuda a entender por qué se embarcó en proyectos que dieron por resultado artículos luego célebres como “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires” (1963), de importancia central para revisar la narrativa sobre el desarrollo agrario argentino. Allí se presenta una manera de concebir a la gran estancia que, por primera vez, enfoca el problema a partir de la premisa de que la emergencia y consolidación de este tipo de empresa debía entenderse como una respuesta económicamente racional de los agentes productivos a las constricciones del contexto (abundancia de tierra, escasez de capital y trabajo). A partir de ese momento, toda la discusión sobre la economía agraria pampeana giró en torno a esta premisa. Y no sólo renovó nuestra visión de la economía. También trazó un mapa de las transformaciones sociales que se produjeron bajo el impacto de la Revolución, la guerra y la apertura comercial. El capítulo central de esta exploración se refiere al ascenso de la clase terrateniente, que concebía como una de las claves para explicar el rosismo. Integró todas estas facetas en el gran cuadro de conjunto que ofreció en *Revolución y guerra* (1972), quizás el mejor libro de historia concebido en nuestro país. Aunque algunos trazos de este cuadro fueron revisados, sus contribuciones de las décadas de 1960 y 1970 constituyen el suelo sobre el que hoy avanza la historiografía de la independencia y la primera mitad del siglo XX.

En segundo lugar, colocó en el centro de la discusión el problema del estado. Este fue el principal aporte de la etapa intermedia de su carrera. En tres libros enfocados en los debates políticos del período que va de Caseros al Ochenta (*Proyecto y construcción de una nación: Argentina, 1846-1880*, de 1980), en las finanzas del estado de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XIX (*Guerra y finanzas en los orígenes del estado argentino*, de 1982), y en la biografía de un político del montón de los tiempos de la Organización Nacional (*José Hernández y sus mundos*, de 1985), revisó la perspectiva societalista que imperaba en la historiografía nacional, y que también había encuadrado su mirada hasta entonces.

En esos tres estudios, Halperin Donghi estableció un nuevo horizonte para el análisis del estado, antes de que Oscar Oszlak hiciera una contribución señera en este campo. Su contribución no se limitó a enfatizar la necesidad de abandonar toda forma de instrumentalismo o de determinismo a la hora de concebir la naturaleza y las funciones del estado. La distancia frente a estas maneras de concebir el problema del poder ya se observa en sus estudios sobre la política en la era de la revolución, siempre atentos a la especificidad de lo político. La novedad radicó, más bien, en que puso de relieve la enorme incidencia del estado en tanto actor político y agente de cambio en el patrón de desarrollo histórico de nuestro país.

Este argumento ha sido justamente señalado como una de los rasgos más originales de *Una nación para el desierto argentino*. Pero es más que el eje que da sentido a la narrativa de este libro, toda vez que preside un modo original de concebir el papel del estado y la naturaleza de los vínculos que éste teje con la sociedad. En *Guerra y finanzas*, por ejemplo, mostró que ya en la primera mitad del siglo XIX las erogaciones del sector público de Buenos Aires superaban los dos tercios del valor de las exportaciones totales de este distrito y que, medido en términos de gasto per cápita, excedía al de Gran Bretaña, por entonces la principal potencia económica y militar del mundo. Su análisis del problema de qué sectores y grupos sociales aportaban esos recursos y cómo eran asignados demostró que el estado surgido de la revolución –que se convertiría, tras algunas mutaciones institucionales, en el núcleo del estado nacional que terminaría de afirmarse hacia 1880– contaba con un grado de autonomía respecto de los intereses de la elite socioeconómica que distaba de ser insignificante. A partir de este hito, se hizo claro que analizar empíricamente qué tipo de relaciones se tejían entre el estado y la sociedad, y qué recursos de poder y qué tipo de iniciativas encaraban sus agentes, resulta fundamental para comprender algunas de las peculiaridades de la trayectoria histórica de nuestro país. Desde entonces, con frecuencia remarcó que uno de los rasgos más peculiares de la Argentina, y más en general de los países latinoamericanos, era esta centralidad del estado en su patrón de desarrollo histórico. De allí su insistencia en que, para entender las peculiaridades de nuestras sociedades, el estudio de las iniciativas de las elites estatales y de su impacto en la sociedad resulta tan im-

portante como el análisis de los grupos social y económicamente dominantes o las clases subalternas.

Desde la década de 1990, dedicó más tiempo y energía al análisis del siglo XX. En esta última etapa de su carrera demostró que no sólo era un historiador del largo siglo XIX sino que, cargando con más de setenta años y un cuerpo ya muy deteriorado, era capaz de encarar proyectos de investigación de largo aliento sobre un período en el que había hecho numerosas incursiones, pero que indudablemente le resultaba más ajeno que el que corre entre Mayo y el Ochenta. Estos trabajos ofrecen una manera renovada de entender la historia de nuestra democracia.

En primer lugar, llamó la atención sobre la notable persistencia a lo largo del siglo XX de las tradiciones políticas nacidas durante las décadas de la Organización Nacional y, en particular, la de un liberalismo que nació y se mantuvo hostil al pluralismo político. En *Vida y muerte de la República Verdadera* (1999) enfatizó esta clave para interpretar los conflictos del período de las presidencias radicales, y para situar al principal personaje de ese drama, lo que bautizó como el “enigma Yrigoyen”. De paso, nos dejó el mejor estudio sobre la política y las ideas políticas de la primera experiencia democrática. Ese libro es más que una historia del debate de ideas de la era radical: es la primera gran historia política de ese período crucial.

Unos años más tarde, en *La República Imposible* (2004), ofreció el primer relato coherente sobre qué había sucedido en la Década Infame y, muy importante, también la primera respuesta consistente a cómo y por qué la dirigencia conservadora se orientó por el camino del fraude. Lo que hasta entonces parecía un dato de la naturaleza que no requería explicación, sino apenas una condena moral, Halperin Donghi lo transformó en una pregunta. E intentó responderla a través de una exploración atenta tanto al universo de ideas políticas heredado del siglo XIX como a las constricciones que operaban sobre la elite dirigente de la restauración conservadora. Gracias a esos trabajos podemos entender mejor a Yrigoyen pero también a Agustín P. Justo y a Manuel Fresco, y percibir mejor todo lo que hace de ellos figuras centrales de ese tiempo en el que el liberalismo se encontró con la democracia.

Estos estudios bosquejaron un cuadro que no preanunciaba el peronismo, aunque ayuda a colocarlo en perspectiva, y a comprenderlo mejor. Gracias a los trabajos de Halperin Donghi, el principal fenómeno político de la segunda mitad del siglo XX pudo pensarse ya no como una ruptura radical sino como una deriva posible dentro de las tradiciones y modos de hacer política vigentes en los años de entreguerra. Pero el peronismo tuvo sin duda mucho de novedoso, y Halperin Donghi fue de los que creía que su cifra no estaba contenida en sus premisas sociales ni en su inspiración ideológica: no era clase obrera más burguesía nacional ni fascismo criollo, en cualquiera de sus variantes. Aunque su reconstrucción del fenómeno atiende a distintas dimensiones, el aspecto que

más le interesó destacar se refiere a la capacidad de innovación política que resultó de la acción de la nueva elite estatal surgida en 1943.

Por cierto, su visión del peronismo fue cambiando con el tiempo. Fue recién en la década de 1990 cuando alcanzó a dimensionar toda su relevancia, como el fenómeno que daba sentido a toda una época. *La larga agonía de la Argentina peronista* (1994) lo concibió como una verdadera revolución social e institucional que, en apenas tres años, entre 1945 y 1948, dio forma a un cuadro de relaciones sociales y económicas y una forma de poder estatal sobredeterminada por la gravitación del trabajo organizado. Por medio siglo, ese nuevo equilibrio se mostró tan inviable como resistente al cambio.

Cuando formuló este argumento, parecía que el peronismo agonizaba, ahogado por la ola neoliberal de la década de 1990. Ese pronóstico no se cumplió, y el siglo XXI trajo un reverdecimiento del movimiento fundado por el coronel Perón, aunque en una sociedad muy transformada, en la que el retroceso industrial y sindical dio lugar al avance de la pobreza y la informalidad laboral y, por tanto, de la política de la pobreza. Sus últimos trabajos contribuyen a comprender la capacidad de supervivencia del peronismo en este nuevo escenario.

Para ello puso el foco en el “vínculo dual” que el peronismo mantuvo desde su nacimiento con los sectores populares. En sus estudios de la última década y media, el peronismo aparece como un proyecto forjado bajo el impacto de la incorporación del trabajo organizado pero también capaz de interpelar a ese vasto mundo de la pobreza que siempre formó parte del paisaje social de nuestro país, y cuya significación se advierte apenas se dejan atrás los distritos más modernos de la región pampeana. La figura y el papel político de Eva, “la Dama de la Esperanza”, por ejemplo, adquieren nueva luz en el marco de esta visión atenta a todo lo que excede al peronismo sindical.⁵

Hace tiempo que estábamos a la espera de la publicación de una voluminosa *Historia Argentina* que arranca con la conquista y llega hasta nuestros días. Halperin Donghi había venido ampliando y revisando ese texto al menos desde mediados de la década de 1990. Nunca quiso entregarlo a la imprenta. Se resistió a terminarlo en parte porque, como señaló alguna vez, los abruptos golpes de timón que el país vino sufriendo en las últimas décadas le suscitaban dudas sobre cuál debía ser el punto de llegada de esa narración. No parece ésta una explicación suficiente, en primer lugar porque Halperin Donghi era todo lo contrario de esos historiadores que se resisten a emitir una opinión si es que perciben que el curso de los acontecimientos puede terminar desmintiéndolos. De hecho, varias de sus intervenciones de los últimos años, que giran en torno a las ideas de fracaso y de latinoamericanización, nos indican con claridad qué

⁵Un ejemplo en “¿Por qué Argentina adoptó el modelo neoliberal?”, en Michael Cohen y Margarita Gutman (editores), *¿Argentina en colapso? América debate*, New School University e Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo, Buenos Aires, 2002.

visión tenía del destino del país que entraba al siglo XXI. Esa *Historia Argentina* no fue por cierto su primer proyecto ambicioso, pero fue el único que al que no quiso ponerle fin. Ello sugiere que, más que precaución o timidez intelectual, quizás trabajaba sobre él una inhibición más personal, que le impedía cerrar un libro que iba a ser una suerte de compendio de lo que para él fue este país y, de alguna forma, el último hito de su aventura intelectual. La historia era su vida, y no quiso despedirse, ni pronunciar su última palabra.

Hoy ya sabemos que no tendremos la posibilidad de leer ese trabajo con Halperin Donghi vivo, y que nos privaremos de la posibilidad de conversar o debatir con él sobre qué ha cambiado en su última visión de conjunto de la deriva de nuestro país. No es lo único que vamos a extrañar. Su muerte deja un enorme vacío. Dueño de una pluma tan personal como inimitable, reacio a batallar para imponer sus puntos de vista o institucionalizar su manera de entender el trabajo histórico, deja admiradores pero no discípulos ni una escuela de seguidores.

Nos queda, sí, su doble legado. Por una parte, su decisiva contribución a ese proyecto siempre problemático que es la formación de un ámbito de diálogo y debate historiográfico sólido y plural, a la vez que comprometido con los grandes debates de nuestro tiempo. En este plano, nos ofreció una lección práctica de entrega a la tarea de construcción institucional, de compromiso con la búsqueda de la verdad, y de tolerancia hacia la diferencia. En la Argentina de nuestro tiempo, otra vez dividida contra sí misma, la actualidad de estas enseñanzas no podría ser mayor. Y, por la otra, nos deja su formidable contribución a los estudios sobre el pasado, que constituye el suelo sobre el cual se ha erigido la mejor historiografía argentina contemporánea. Intelectuales, revolución, estado, democracia y peronismo son la figura y los grandes temas sobre los que ofreció ideas poderosas y libros iluminadores. Obra abierta, capaz de dialogar con los cambios en la sociedad y la cultura, su contribución está marcada por la convicción de que el pasado ilumina el presente tanto como el presente al pasado. Ojalá los historiadores seamos capaces de seguir discutiendo sobre estos y otros grandes temas de la historia de nuestro país inspirados por la actitud a la vez exigente y desprejuiciada que fue la marca distintiva de Tulio Halperin Donghi. Esa es quizás la mejor manera de rendir homenaje a nuestro mejor historiador. ■

HALPERIN ESCRITOR¹

La variedad regida y ordenada de un discurso ramificado y complejo, pero no quebrado, nos devuelve a su vez a una imagen de la realidad sensible a toda su complejidad irreductible (que es captada gracias a unos modos de conocimiento en los cuales la sensibilidad y aún la pasión tienen su parte), pero capaz a la vez de integrar esa misma complejidad, es decir, de conocerla históricamente, como revelación y momento de un proceso cuya imagen unitaria sólo puede ser elaborada por la razón: he aquí como esa razón que se sumerge en el curso turbio y confuso de la historia sigue sin embargo dominándola.²

Empiezo con esta cita de Tulio Halperin Donghi porque me gustaría decir algo sobre la forma de su escritura. Y es que a la hora de recordarlo quiero ser fiel al hecho de que fue ella la que me cautivó primero, mucho antes de que lo conociera o lo escuchara hablar –y de que pudiera por tanto verificar cuánto de su oralidad permanecía en sus textos–, mucho antes incluso de que entendiera cabalmente las innovaciones historiográficas que esa escritura producía a raudales. Fue su forma de labrar las interpretaciones históricas a través, como tantas veces se dijo, de los recursos de la distancia y la ironía, pero combinados con una intimidad con sus temas y objetos tan paradójica respecto de esos recursos, como insustituible a la hora de entender su eficacia. *Una nación para el desierto argentino* fue lo primero que leí (y no queda una oración de aquella edición del Centro Editor de América Latina, ya toda deshojada pero entera, que no haya sido subrayada en diferentes colores en sucesivas lecturas, cada una más admirada que la anterior); me recuerdo en aquel tiempo siguien-

¹ Texto base sobre el que el autor organizó su exposición en el homenaje a Tulio Halperin realizado en la Biblioteca Nacional el 10 y 11 de junio de 2015; el texto fue publicado originalmente en el Boletín electrónico del CEDINCI N° 25, diciembre de 2014.

² Tulio Halperin Donghi, “Sarmiento”, prólogo a Domingo Faustino Sarmiento, *Campaña en el Ejército Grande* [edición, prólogo y notas de Tulio Halperin Donghi, publicado originariamente en 1958], Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1988, pp. 41-42.

do con la respiración contenida el empuje envolvente y gozoso de cada párrafo, las derivas con que Halperin va rodeando por capas no necesariamente sucesivas un problema que suele encontrar en la última oración un desvío adversativo o una referencia cáustica que resignifica todo lo que se ha leído.

El párrafo citado al comienzo forma parte del puñado de inspiradísimas páginas que Halperin dedicó al análisis de la escritura de Sarmiento en el prólogo a la *Campaña al Ejército Grande*. Y parece muy apropiado para esto que me propongo porque no es sencillo encontrar otros momentos análogos en su obra, y menos que menos referencias a su propia forma de escribir. Halperin obviamente no ignoraba que su prosa, clásico motivo de desvelo de muchos de sus lectores y razón de múltiples críticas y especulaciones, era una marca personal indistinguible de su manera de ver la historia; sin embargo, quizás por esa suerte de discreción que lo caracterizaba cuando se trataba de sí mismo como tema, jamás se detenía a reflexionar sobre ella por fuera de alguna humorada (como cuando aseguraba que el uso de la computadora le había permitido hacer caso a los críticos de sus párrafos interminables, poniendo un punto aparte por pantalla). En cambio, realiza ese genial desmontaje del estilo de Sarmiento, una de las figuras históricas que más lo cautivó y con la que en esas páginas consigue una correspondencia plena. No se trata de sugerir que Halperin encontró allí una forma de hablar de su propia escritura, en absoluto, aunque algunos contados pasajes tienen resonancias indudables, como el citado al comienzo, o como el siguiente:

Así el párrafo amplio y lento responde al ritmo natural con que piensa y escribe Sarmiento, y una vez y otra ese esquema expresivo tan exigente es llenado de contenido hasta desbordar. Y aun esas formas tan amplias parecen correr riesgo de ser forzadas desde dentro, aniquiladas por unos contenidos que en ellas no caben.³

De lo que se trata aquí es de apreciar en esas páginas singulares la claridad con que Halperin percibía el poder de la escritura como marca personal de un autor y como recipiente de las capas más significativas de su formación y su personalidad. Porque a veces me sorprende notar que se discute la forma de escribir de Halperin como si pudiera separarse de su forma de pensar y conocer, como quien separa la forma de un contenido (aquellos que celebran al gran historiador que fue Halperin pero lamentan el estilo endemoniado de su prosa). Se trata de entender, por fin, que la escritura en Halperin no era un medio naturalizado de expresión, más o menos feliz, sino un instrumento consciente de captación de la anfractuosa materia de la realidad. Y algo más: no sólo está cifrada en la

³ *Ibid*, p. 39.

superficie de esa escritura una visión del mundo y de la historia, sino también la parte que el juego y la experimentación cumplen en ella –aunque necesitaríamos alguien tan perspicaz como él mismo para realizar apropiadamente ese desciframiento.

En el emotivo homenaje que la Asociación Argentina de Investigadores de Historia organizó en memoria de Halperin, Marcela Ternavasio recordó que Oscar Terán lo definió como “el Borges de los historiadores”. A mí siempre me gustó mucho esa imagen de Terán, a quien no se le escapaban las enormes diferencias entre los dos tipos de figura que encarnaban ambos. Comenzando por el muy diferente tipo de reconocimiento que alcanzaron: mientras la literatura de Borges se ha vuelto universal, la pasión argentina y latinoamericanista de Halperin fue más fuerte que cualquier tentación por darle proyección internacional a su obra –aunque como bien lo había notado Braudel desde el comienzo, tenía todas las cualidades para lograrlo. (Y cuando se piensa en que Halperin realizó la mayor parte de su carrera en la academia norteamericana, base natural para cualquier internacionalización en la segunda mitad del siglo XX, se advierte la tenacidad con que se resistió a ella.) La comparación de Terán sugería, en primer lugar, una suerte de *non plus ultra* de la sabiduría y la originalidad en el pensar. Como en el caso de Borges para los escritores, la obra de Halperin tiene para los historiadores una dimensión insuperable, que al mismo tiempo que es imposible intentar alcanzar –sería ridículo, incluso–, es igualmente imposible escapar a su fascinación, con esa combinación típica que logra entre un conocimiento único de los contextos más disímiles del tema que trata (las peripecias políticas y económicas, las de la interacción social, las tramas familiares, las fuentes intelectuales y el estado de la sensibilidad), y una penetración analítica, también en el sentido psicológico, vehículo de esa rara intimidad que consigue. Por no hablar de su capacidad de encontrar todo eso en un detalle imperceptible para el resto de los historiadores, revelando a través de él una totalidad (otra vez Sarmiento), pero también disfrutando la demora en el detalle mismo, ya no en su cualidad de síntoma y metáfora, sino de núcleo narrativo. En segundo lugar, la comparación sugería que, como en el caso de la obra de Borges para los escritores, la obra de Halperin supone para los historiadores un obstáculo –¿quién no tuvo alguna vez la experiencia devastadora de encontrar por azar, en una línea perdida de un texto antiguo en el que Halperin desarrollaba un tema completamente diferente, la hipótesis ya enunciada con que uno esperaba darle originalidad al tema propio?–, pero también un horizonte ilimitado, una suerte de programa siempre disponible sobre el sentido de la historia, la más sofisticada demostración de que las buenas prácticas del historiador son apenas un piso para el despliegue de una audacia interpretativa que hace de esa disciplina no una profesión, sino una aventura intelectual.

Sin embargo, debo reconocer que en los últimos tiempos el carácter relativista de la comparación resultaba insatisfactorio: al confinar a Halperin al rin-

cón de los historiadores no permitía entender que él fue, *junto* con Borges, una de las figuras del siglo XX que mayor densidad le ha aportado a la cultura argentina, siendo además quien con mayor riqueza la ha examinado. Y entonces me encontré con otra forma de ligar a ambos, especialmente pertinente además para el tema que me propuse aquí: cuando se publicó *Son memorias*, un escritor y crítico literario sutil como Matías Serra Bradford sostuvo que Halperin era el mayor escritor argentino vivo desde la muerte de Borges. A mí no me interesa en verdad insistir en ese argumento, ya que no estoy muy seguro de la productividad de esos rankings; tampoco puedo asegurar si se trató de una *boutade*, el gesto provocativo del escritor, o de la convicción del crítico. Pero esa afirmación, venida desde la literatura, me permite reponer en el centro aquello que casi siempre se ve como lateral, incluso como molestia o extravagancia: *Halperin escritor*. Me parece la fórmula más justa. Porque todo él está en su escritura, también en el sentido de que ella cumple un papel teórico y metodológico: así como Halperin nunca se detiene a explicar cómo selecciona o aborda sus materiales, sino que se larga directamente a ellos, al mismo tiempo, su exquisito andamiaje se hace presente a cada paso en la autorreflexividad de la prosa. Y su sentido de la intriga: la historia aparece en sus textos como un enigma que debe ser develado por la escritura, pero no a la manera del prestidigitador, que dispone las piezas más variadas sobre el tablero para, a último momento, mostrar la clave que les da sentido (*voilà*: así nos sorprende tantas veces Carlo Ginzburg), sino del pintor cubista, que va rodeando su objeto desde todos los ángulos imaginables para ofrecer un cuadro multidimensional de la realidad histórica, que en el mismo modo de representación logra hacer presente su opacidad enmarañada, en la que cada partícula desagrega facetas, pero las incluye a todas (otra vez Borges, claro, su famoso problema irresoluble: “la enumeración, siquiera parcial, de un conjunto infinito”, en el que todas las cosas “ocuparan el mismo punto, sin superposición y sin transparencia”). Porque Halperin siguió concibiendo la escritura de la historia, en última instancia, como el instrumento para recomponer la totalidad de la experiencia. Y aquí me permito disentir, para finalizar, con el único análisis detenido y riguroso de la prosa de Halperin que conozco, el que realizó el grupo Oxímoron, con el liderazgo de Ignacio Lewkowicz, en *La historia desquiciada*.⁴

Se trata de un análisis notable, que tiene momentos de gran penetración y refinamiento, pero que curiosamente está atravesado por un disgusto más que ideológico por la escritura de Halperin: las críticas al largo de los párrafos (“que liberan efectos de sentido tan matizados que resultan difícilmente controlables”); a la recurrencia a las elipsis (“que tiñen el texto de un tono de alusión difusa”); a la polifonía misma: ese vaivén ambiguo entre la voz del autor y la

⁴ Oxímoron, *La historia desquiciada*. Tullio Halperin Donghi y el fin de la problemática racionalista de la historia, Buenos Aires, edición de autor, 1993.

de los protagonistas analizados que hace difícil “distinguir los límites entre la descripción de una postura ajena y el desarrollo de una interpretación propia”.⁵ *Curiosamente*, porque es como si las pretensiones de radicalidad teórica del análisis –en la clave neoalthuseriana que le imprimía Lewkowicz– no les hubiera permitido tomar conciencia del conservadurismo de las premisas literarias e historiográficas desde las cuales se formula. Pero el disenso con que quiero terminar tiene que ver con la misma crítica teórica a la escritura de Halperin, que ellos tomaron como síntoma impersonal del fin de la problemática racionalista de la historia, mientras que yo veo en ella el intento extremo de un autor singular e irrepetible por abordarla con racionalidad. No porque la historia la tenga en sí, para Halperin, ni porque se confíe en una razón monológica (que malamente podría dar cuenta de una realidad que nunca lo es), sino porque, como en su frase sobre Sarmiento del pasaje inicial, el papel que Halperin también veía para su escritura era el de ofrecer una “imagen unitaria [que] sólo puede ser elaborada por la razón: he aquí como esa razón que se sumerge en el curso turbio y confuso de la historia sigue sin embargo dominándola”. ■

⁵ *Ibid.* Ver especialmente cap. “El racionalismo desquiciado de la prosa”, pp. 105 y ss.

TULIO HALPERIN DONGHI: del peronismo entre recuerdos e historias

Mi propuesta preparada para este encuentro recupera ideas de un texto intitulado “Halperin Donghi y las memorias del peronismo: un historiador ante el misterio de las identidades políticas”.² Aquí quiero, antes de proponer una versión resumida y parcialmente modificada de aquella argumentación, hacer un breve comentario que no puedo reprimir. En esta mesa, Eduardo Rinesi señaló en el inicio de su intervención que admitía una cierta “incalificación” para hablar de Halperin, en razón de que él no era un historiador. Podemos preguntarnos: ¿quién está “calificado” para pensar a Halperin?, o lo que es lo mismo, ¿cuáles son las condiciones que se deben poseer para discutir a un autor tan complejo como Halperin? ¿Es la matriz epistémico-cultural de la historiografía el mejor continente de su obra y legado? O también, ¿alcanza la “historia de la historiografía” para dimensionar la riqueza de la obra halperiniana?

Temo que la condición historiadora sea una garantía insuficiente, al menos si observamos las actitudes asumidas en buena parte de la profesión historiográfica luego del fallecimiento del Halperin, las que si no he distraído se preservaron incólumes en este encuentro. En efecto, luego de varios meses, entre cuyas primeras semanas hemos oído y leído innumerables celebraciones de sus contribuciones, todavía perdura el gesto atenido a un dolor persistente, a la herida de una desgracia irreparable para los historiadores e historiadoras. Si tuviera que definir el registro compartido por buena parte de esas actitudes ese registro sería el del *homenaje*. Sus elencos textuales son fácilmente accesibles en internet.³

¹ Universidad de Buenos Aires; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; Centro de Investigaciones Filosóficas. Email: omaracha@gmail.com.

² Publicado en la *Revista de la Red Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, n.º 2, 2015.

³ Por ejemplo: <http://www.asaih.org/tulio-halperin-donghi-1926-2014/>

Se comprende que el género del homenaje (o del tributo) haya prosperado en los meses en que se sufrió el impacto inicial de una mala nueva: la muerte en California del gran historiador argentino. No se puede reprochar que entonces voces eminentes de la profesión historiadora que hallaban en él un referente crucial, una palabra autorizada y autorizante, un maestro y un amigo, lloraran por la pérdida. Y no es difícil imaginar en esa circunstancia la prevalencia de una lógica de la melancolía, es decir, esa devaluación del sujeto que ha perdido un objeto de amor, en este caso también de *amor intellectualis*, que al identificarse con el objeto perdido aspira a conservarlo. Para ello, al menos en una fase preliminar del duelo, el objeto debía ser sublime, y la actitud ante el mismo la de una “fascinación” sobre la que tanto se ha insistido. Se trata de un movimiento imaginario en el que se genera una unidad entre sujeto y objeto, como en una fotografía que parece negar la desaparición inapelable de lo que ya no está. Pero los ejercicios de homenaje y de tributo multiplicados inmediatamente después de la muerte de Halperin, ya han cumplido un ciclo. Son susceptibles de un rendimiento decreciente. La multiplicación de loas a Halperin va en detrimento, no del propio Halperin que se preserva en sus textos, sino de quienes en sus reiteradas hagiografías degradan inexorablemente la recepción cada vez menos atractiva de una lisonja desgastada. No me basta con señalar aquí ese agotamiento del género de homenaje. Es que la pleitesía ante un pensador de la talla de Halperin constituye un ejercicio notoriamente antihalperiniano. Justamente ante el historiador que diseccionó sin concesiones las máculas que en este mundo sublunar malogran las quimeras de esos animales pretenciosos que somos, quienes con mayor denuedo se filian en su obra atinan a componer hagiografías de un héroe intelectual que, sospecho, suscitaría un gesto por lo menos sardónico del propio Halperin.

Dicho esto paso a mi tesis principal, aunque en verdad apenas me he apartado de ella. Dentro del asunto que convoca a esta mesa, esto es, Halperin y sus interpretaciones del peronismo, quiero sostener una conexión que no separa mi intervención de una condición compartida por diversas orientaciones sostenidas en trabajos antes defendidos en estas Jornadas: la publicación del volumen autobiográfico *Son memorias* (2008) ha condicionado las maneras en que pensamos a Halperin. Si volvemos a las evaluaciones de la obra halperiniana reunidas en el libro compilado por Roy Hora y Javier Trímboli en 1997, algo inequívoco es que buena parte de las reflexiones sobre Halperin se han visto modificadas por la novedad de *Son memorias*. Esa condición es desde luego un primer movimiento de balance que requiere un examen.

Mi exploración va a detenerse sobre los textos halperinianos relativos al peronismo. En ellos, esta es mi conjetura, se verifica algo presente en las memorias, a saber, que las interpretaciones de Halperin sobre el peronismo poseen una elevada carga memorial.

Mutaciones de una dificultad

Esa constatación no debería sorprender a nadie pues Halperin fue un “observador participante” (2014), no sólo de algunas estaciones influyentes en que se desarrollaron las ciencias humanas durante medio siglo, sino del primer peronismo y las peripecias de la “Argentina peronista”. Por cierto, el que la memoria personal de Halperin constituya una de las fuentes de una escritura sobre el tema no significa que el objeto se entregue inerme a la observación. Es que los modos en que se produjo, sedimentó y transformó a lo largo del tiempo la eficacia de la memoria de Halperin en las interrogaciones del peronismo constituyen un arduo problema.

Antes de avanzar en mi argumentación me interesa subrayar que en modo alguno el fondo memorial del tema peronista en Halperin proporciona una clave que desnuda la trama íntima de todos sus textos. No es su verdad oculta. En primer lugar porque las posiciones de Halperin sobre el peronismo son irreductibles a un núcleo simple de sentido. Esto es lo que impide destilar su obra al respecto en una ubicación inequívoca en el campo antiperonista, lugar del que el historiador argentino jamás se desplazó. En efecto, el antiperonismo de Halperin provee una información decisiva, pero es sin duda insuficiente para cualquier evaluación responsable de sus escritos sobre el peronismo.

En el primer ensayo dedicado a comprender el peronismo, aparecido en la revista *Contorno* con el significativo título “Del fascismo al peronismo” (1956) nos encontramos con un Halperin que ha leído el célebre escrito de Gino Germani sobre la “integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” (Germani, 1956). Halperin compartía con aquél el horizonte de una desperonización, la tesis de las dos clases obreras y el soporte social del peronismo en la más reciente de ellas por su carencia de experiencia en la modernidad política. También acompañaba al sociólogo en la discusión con la calificación del peronismo como una forma vernácula del fascismo. Mas Halperin era menos enfático que Germani en la neutralización de una deriva teratológica del peronismo, pues en razón de una idea del origen (esto es, las simpatías fascistas que se entretujieron en el neutralismo básico del programa del GOU en 1943), sus efectos *après-coup* incidieron en el destino del gobierno de Perón. Otra divergencia con Germani residía en que el tiempo pertinente para dar cuenta del peronismo en Halperin era más breve; así, si la relevancia del fascismo estaba tan vinculada con las alternativas instaladas por la guerra mundial, la narrativa sobre el peronismo debía iniciarse en 1943, o a lo sumo en 1939. En cambio, Germani había pensado una temporalidad que incluía una idea tanto de la inmigración ultramarina del período 1870-1930, como de la migración interna que la relevó.

Un lustro más tarde, el esquema analítico de Halperin se había modificado sustancialmente. Temas cruciales de su versión más acabada estaban ya reunidos en la importante “Crónica de treinta años” publicada en 1961 y luego

incorporada a *Argentina en el callejón* (2006 [1964]). Es difícil establecer cuánto de la recomposición en la periodización se debió a una mutación en la idea del peronismo en Halperin, y cuánto de la misma procede del encargo por *Sur* de una reconstrucción histórico-política para un volumen colectivo sobre el período 1930-1960. Como fuera, si las consideraciones sobre el peronismo contenidas en la “Crónica” eran repensadas desde la ruptura de 1930, ese movimiento del argumento debía necesariamente inscribirse en un lapso aún mayor, pues explicar “1930” suponía extraer conclusiones del ciclo que entonces había sido clausurado *manu militari*. Dos consecuencias mayores se seguían del cambio de temporalidad. En primer término, el peronismo emergía como una respuesta a la crisis de la fórmula económica puesta en cuestión hacia 1930, al menos como orientación nacional hegemónica. De tal manera la visión del peronismo continuaba siendo crítica, pero ya no se reducía al tiempo “corto” de la II Guerra Mundial y sus residuos locales. En segundo término, la política y el Estado ingresaban como actores de primera importancia para entender al peronismo. La presencia de ambos términos es reveladora de la maduración en un pensamiento historiográfico halperiniano que continuaría todavía atenido al modelo de la historia social, pero en el cual se operaban variables usualmente ocluidas en la mirada societalista por entonces características de *Annales* y de la historiografía marxista. Así las cosas, la cuestión estatal hacía su ingreso en la obra de Halperin sobre el siglo XX; se requirieron dos décadas para que dicha cuestión migrase hacia el largo siglo XIX halperiniano, el que conducía de la formación de un Estado posrevolucionario desde 1810 hasta la consolidación roquista de 1880.

Estas indicaciones admiten a la vez una inserción del pensamiento de Halperin en su época. Me parece que a veces con el comprensible afán de patentizar la singularidad intelectual halperiniana se pierde de vista cuánto de sus concepciones debía al tiempo en que le tocó vivir. En la “Crónica” que vengo refiriendo, una premisa decisiva es un tema perenne de la concepción historiográfica de Halperin: una idea de la “dependencia” de la Argentina respecto de un centro económico mundial, una situación que recorre el conjunto de su trayectoria y sólo habrá de matizarse sin perder un carácter determinante. Esa premisa luego sistematizada por el dependantismo (criticado en 1982 por el propio Halperin en sus eficacias historiográficas) hallará luego una consagración como clave para comprender el periplo histórico latinoamericano cuando a fines de la década de 1960 la *Historia contemporánea de América Latina* (1967, 1969) reconozca en el pasaje del orden colonial al neocolonial instaurado a mediados del siglo XIX una referencia decisiva para la entera experiencia latinoamericana. En ese sino arduo al que América Latina se halló encadenada, el arreglo neocolonial tuvo éxito durante las décadas de la modernización oligárquica, para lanzar en el treinta a todo el subcontinente a unas tribulaciones dentro de las que el peronismo encontraba sus claves irrevocables. También inscribía a Halperin en su tiempo

el que se entreviera en la “Crónica” una atención al estilo político de Juan Perón y sus reminiscencias de una tradición más antigua. Todavía un cuarto de siglo más tarde Halperin (1987, 1993) insistiría en devaluar la originalidad del lenguaje político peronista para situarlo en la genealogía más prolongada de la “tradición política argentina”. Naturalmente, así tenía por fuerza que allanar la novedad discursiva del peronismo en materia política.

Otra estación notable en la preocupación de Halperin por el peronismo concierne a un texto descuidado (por ejemplo en Myers, 1997; Rossi, 1997), y sin embargo decisivo, publicado en 1975 en debate de la tesis germaniana sobre los migrantes internos y el peronismo. El historiador, atento a las mixturas constitutivas de la realidad, cuestionaba el uso por Germani de inciertas estadísticas, pero se hacía fuerte en exponer que los tipos ideales perfilados por el sociólogo eran demasiado nítidos para comunicarse con lo real y arrojar luz sobre un terreno tan intrincadamente abigarrado como el de los procesos migratorios y las recomposiciones socioculturales que los acompañaron. Mas otra vez había en ese texto de crítica corrosiva puentes que manifestaban el grado en que el pensamiento de Halperin respondía –para emplear un término que por entonces comenzaba a agotar su seducción– a “la problemática” de la modernización, en procura de explicar los límites de la modernidad. No obstante que la cuestión de la modernización seguía proporcionando los términos que Halperin sugería matizar, la hibridez constitutiva de modernidad y tradición venía a malograr los tipos germanianos. Con todo, debe decirse que la crítica de Halperin continuaba atendida a las preguntas progresistas compartidas con Germani. Esto es, no excedía las persuasiones histórico-filosóficas que habitaban en la pregunta misma por la modernidad, en este caso de la Argentina con su esfinge peronista.

Finalmente, en *La larga agonía de la Argentina peronista*, Halperin (1994) nos ofrece una mirada sensiblemente diferente. En relación con el primer peronismo, que es sin duda el que más le ha interesado (y el que constituyó en el “espejo” para sus transformaciones posteriores), éste aparece como una “revolución social”. Al llamarla revolución *social*, Halperin la distinguía de esa “tradición política argentina” que en nombre de la “unidad de creencia” y la pretensión de unanimidad tuvo siempre un vínculo ambivalente con el liberalismo y el republicanismo.

Peronismo, son memorias

Los párrafos precedentes, en su evidente premura, tuvieron un doble propósito. El primero fue el de proveer algunas referencias básicas en torno a los temas suscitados en los escritos halperinianos sobre el peronismo, creo que útiles para situar desde el próximo párrafo la dimensión memorial que prospera en tramos decisivos de los mismos. El segundo propósito fue neutralizar toda

tentación de simplificar los textos de Halperin respecto del peronismo como el producto derivativo y unívoco de sus recuerdos, y entonces en último análisis del modo en que vivenció el peronismo en el lapso 1945-1955. En efecto, las torsiones y mutaciones verificadas en su obra relativa al peronismo impiden caer en la mencionada tentación: los escritos del Halperin no son expresiones inmediatas de su memoria personal.

Ahora bien, y aunque tal vez no sea un tema exclusivo de la cuestión peronista, en ésta la eficacia de la memoria de Halperin parece haber jugado un papel estelar. Conviene insistir sobre las consecuencias que *Son memorias* ha tenido, incluso en varios trabajos presentados en estas Jornadas, para la consideración de la obra halperiniana. El escrito autobiográfico ha modificado lo que pensábamos de Halperin, o más precisamente, se ha constituido en una referencia obligada para pensarlo. Conquistó ese rol muy rápidamente: en la *Historia de la historiografía argentina* preparada por Fernando Devoto y Nora Pagano un año después de la autobiografía, la importancia de *Son memorias* para la composición de lugar del propio Halperin fue fundamental (Devoto y Pagano, 2009). Al respecto, mi propuesta no es una excepción respecto de las que venimos oyendo en estos días. Pero sí quisiera distinguir, sin pretensión de oficiar de gendarme epistemológico, entre las dimensiones memoriales que se dirimen en la fidelidad del recuerdo y las dimensiones historiográficas que se tensan hacia el valor de verdad.

La lectura crítica de *Son memorias* es particularmente importante pues por razones que es innecesario explicar aquí (otros trabajos en estas Jornadas justificaron la autoridad asignada a la palabra de Halperin), los textos de Halperin suelen ser leídos como atentos a una relación “correspondentista” con el pasado, a tal punto que en lugar de ser interpretaciones del mismo parecen devenir en *fuentes* a las que acudir para comprender el pasado “tal como fue”. Es suficiente visitar la bibliografía universitaria argentina sobre el siglo XIX para verificar que ante la justificación de un hecho o proceso la cita de una fuente de archivo o un texto de Halperin proveen similar valor de prueba documental. En buena medida el propio Halperin fue artífice de ese lugar de enunciador verdadero. Pero la facilidad con la cual sus textos ensayísticos podían ser leídos y situados en un registro historiográfico o científico sorprendió incluso al propio Halperin cuando se discutió en torno a *La larga agonía* en el *Boletín* del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, “exigiéndole al texto lo que nunca se propuso ser” (Halperin, 1995). El breve volumen, protestó Halperin, provenía de una charla ofrecida en el Club de Cultura Socialista para conversar con amigos sobre temas históricos.

Mi intención es argumentar que a pesar de la ironía con que Halperin reaccionó en la ocasión recién referida ante la consagración epistémica de su texto construido para un debate intelectual y estrechamente ligado a sus recuerdos, sus memorias del primer peronismo tuvieron una relevancia deci-

siva para sus actitudes y escritos al respecto.

A mediados de la década de 1990, Luis A. Rossi (1997) planteó una objeción a las vacilaciones con que Halperin delimitaba en sus diversos textos, y aun en el que reconocía abiertamente la noción de “revolución peronista”, el carácter rupturista del movimiento liderado por Perón. Su contención descansaba en que había sido una revolución *social* perceptible en un hecho tan cotidiano como el ascenso a un tranvía. Sin embargo, en términos de cultura política, el peronismo espejaba una “tradición política” más que centenaria, y agudizaba una lógica de exclusión de la diferencia que también provenía de las primeras décadas de la Argentina posindependentista. Ante esa hesitación halperiniana, Rossi recordaba otro momento historiográfico donde Halperin había afirmado el carácter revolucionario, en buena medida porque sus actores así lo habían vivido y protagonizado: la revolución de 1810, tal como lo argumenta en *Tradición política e ideología revolucionaria de mayo* (1961b). ¿Y no ocurrió hacia 1950 que amplios sectores sociales concibieron al gobierno de Perón como una revolución?

Es en este preciso aspecto de la cuestión donde emerge con vigor la dimensión memorial de las representaciones históricas del peronismo en los escritos de Halperin. He insistido sobre que es inviable simplificar un núcleo esencial de esas representaciones en una postura sencilla, como sería la de su antiperonismo y la persistente grisalla espiritual en sus recuerdos del decenio populista. Pues bien, *Son memorias* nos permite hallar razones para sostener una clave memorial de esa frase hoy famosa sobre el peronismo y la ascensión al tranvía.

No es difícil detenerse sin embargo respecto de la imagen ofrecida por Halperin en *La larga agonía*, que converge con temas cortazarianos reunidos en diversos cuentos del volumen *Bestiario* (1951) o en el ensayo borgesiano “*L'illusion comique*” (1955), incluso si el historiador se manifestó contrario a la teratología que así Cortázar y Borges propiciaban. *Son memorias* nos muestra un Halperin testigo de una experiencia de clase común con la de los escritores recién mencionados, aunque nunca sabremos (hasta disponer de otra documentación) si la diferencia que plantea en su autobiografía con Borges y Cortázar fue contemporánea a “Las puertas del cielo”, *El examen*, “La fiesta del monstruo” y la mencionada “*L'illusion comique*”, o si fue una reconstrucción retrospectiva.

En todo caso, para lo que aquí interesa, esto es, para sus efectos en las interpretaciones históricas del primer peronismo, *Son memorias* nos permite comprender mejor que la experiencia de la primera década peronista proveyó una cantera de representaciones que perdurarían en sus explicaciones posteriores. Lo principal, sin embargo, proviene del punto de vista de la experiencia. En efecto, Halperin nos describe el clima de una dominación peronista que gozaba de una creciente convalidación democrática, ante la cual las épicas del combate antifascista muy pronto se revelaron anacrónicas e inadecuadas para los antagonismos argentinos. Esa experiencia de un fracaso fue la de su grupo social,

incluso más que de su clase social, pues no era tanto la clase media sino una fracción ilustrada, liberal y democrática, urbana y letrada, la que no encontraba un lugar creído merecido en una Argentina cada vez más compleja y populista.

Como Germani (1956) y José Luis Romero (1956), Halperin no reprochaba al peronismo haber terminado con la Argentina de entreguerras, con ese país que se abstuvo de participar en las conflagraciones pero se lanzó a los combates ideológicos que escindieron el hemisferio occidental desde 1914. El lamento de Halperin residía en que para él el peronismo había reiterado en otro registro, con otras prácticas y en otras circunstancias, las aporías planteadas en 1930, sólo para exacerbar imprevisiblemente los dilemas a que se veía condenado un país periférico proveedor de materias primas. Mas el reproche no se dirigía al peronismo como movimiento, en su globalidad, sino a las dirigencias peronistas y desde luego en primer término a Perón. Como las masas rurales y la plebe urbana de la era revolucionaria de principios del siglo XIX retratada en *Revolución y guerra* (1972b; al respecto Fradkin, 2008), las mayorías peronistas entre la clase obrera fueron para Halperin un “coro” que debía ser tenido en cuenta en la acción política, pero desprovisto de la capacidad de orientar el proceso histórico. Como para el período 1810-1910, la curiosidad historiadora de Halperin diseñaba para la “democracia de masas” que siguió al Centenario, una concepción historiográfica interesada en evaluar las incertidumbres de las elites políticas e intelectuales. Entonces, no ocurría que la clase trabajadora estuviera ausente de la idea del peronismo en Halperin: también allí constituía un “coro” de las tribulaciones de las minorías entre cuyas perplejidades trascurría lo fundamental de la historia. Creo que a pesar de las hondas mutaciones que sufrió la preocupación halperiniana por comprender mejor el hecho peronista, jamás modificó su predisposición a hallar en la clase trabajadora una “inocencia” que le hizo descubrir una redención donde había otra cosa. Y tampoco el carácter “misterioso” que reconoció en *Son memorias* sobre la persistencia de una adhesión al peronismo después de que 1949 sancionará el fin de la redistribución para enfrentar las exigencias del veloz deterioro de los términos de intercambio.

Por eso quisiera extraer consecuencias más hondas de una alusión dicha al pasar por Juan Carlos Korol (1996) respecto de la génesis de los textos halperinianos sobre el peronismo, constituyentes de una serie forjada en la “crispada” experiencia peronista: constituyeron ejercicios reconstructivos en los que la memoria del autor proveía inflexiones capitales de una prosa muchas veces planteada como historiadora (1961a, 1972a, 1975, 1987, 1993), pero en otros casos muy próxima de operaciones de recuerdo (1955, 1956, 1994), y aún presentes en otros trabajos en los cuales el período peronista involucraba sólo un tramo de la escritura pero donde justamente allí la memoria del autor gobernaba la descripción. Me refiero al modo en que Halperin retrató en su *Historia de la Universidad de Buenos Aires* (1962) una vida institucional tan parecida a la que emerge en *Son memorias* como un tiempo observado desde las perspectivas de

una marginación injusta. La misma mezcla de recuerdos e historias, quizás con una carga imaginativa mayor, surge con claridad meridiana en sus textos sobre los años treinta, reunidos en *La república imposible* y *La Argentina y la tormenta del mundo* (2004a, 2004b), el primero de los cuales fue dedicado por Halperin a su hermana Leticia como “estos recuerdos de infancia”.

Desde luego no me demoraré en la denuncia de un mestizaje espurio en que la vara dominante en las prácticas de la memoria se interpuso en la imparcialidad de la ciencia historiográfica. Me interesa más bien destacar la fibra memorial que atravesó textos de variada factura, en los que se reconocen trazos de la experiencia más decisiva en la biografía intelectual de Halperin, al menos en lo que concierne al tema peronista, justamente la de una primera madurez en que el gobierno de Perón acompañó la consolidación de su vocación historiadora.

Colofón

La conversación entre la historia y la memoria desborda los textos de Halperin sobre el peronismo. Habilita una cantera en que la reducción cientificista de su obra se multiplica como un prisma inagotable de significaciones, de asuntos que requieren ser meditados con la paciencia de la fenomenología. Y nada he dicho sobre cómo intervino su escritura en esa mixtura de trazos memoriales con ajustes historiográficos.

Se me ocurre que entonces la obra de Halperin excede los límites estrechos con los que la historiografía profesional baliza su potencia intelectual. (Me es imposible tratar en estos confines los convites que hemos oído en nuestras conversaciones de estos días sobre los pasadores que comunican el archivo textual halperiniano con la literatura y el ensayo). Hay que decir que el propio Halperin estaba de acuerdo con aquella ubicación historiadora. Su identidad profesional se encontró a destiempo de sus prácticas, de sus intuiciones, de lo que efectivamente hacía. También en su caso la autorepresentación individual estaba lejos de ser la mejor entrada para pensarlo. En este breve ensayo he meramente apuntado un cruce donde comienza a entreverse su verdadera estatura intelectual, en la que las fatigas historiadoras constituyen un decisivo segmento dentro de prácticas culturales extraordinariamente más complicadas. He allí una de las dificultades que su pensamiento y escritura entrañan para quienes todavía deudores de los tabicamientos epistémicos heredados del siglo XIX se detienen en la infructuosa tarea de fijar una obra fuera de lo común en la parcela historiadora. Sin duda un historiador, Tulio Halperin Donghi pertenece a la cultura latinoamericana y por qué no a la universal. Ponderar mejor hasta dónde el saber histórico habilita un entendimiento intelectual de Halperin y hasta dónde son necesarias otras matrices discursivas, todavía demandará extraer todas

las consecuencias del lugar que conquistó en medio siglo de labor incesante. Sirvan estas páginas para interrogarnos a quienes continuamos leyendo sus textos sobre el desafío así planteado para el pensamiento crítico, que sólo lo es cuando es autocrítico. ■

Bibliografía

- Devoto, Fernando y Nora Pagano (2009), *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Fradkin, Raúl O., ed. (2008), “¿Y el pueblo dónde está? La dificultosa tarea de construir una historia popular rioplatense”, en *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo Libros, pp. 9-25.
- Germani, Gino (1956): “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, en *Cursos y Conferencias*, vol. 48, n.º 273, pp. 153-176.
- Halperin Donghi, Tulio (1955): “La historiografía argentina en la hora de la libertad”, en *Sur*, n.º 237, pp. 3-8.
- (1956): “Del fascismo al peronismo”, en *Contorno*, n.º 7/8, pp. 15-21.
- Halperin Donghi, Tulio (1961a): “Crónica del período: Treinta años: Tres revoluciones”, en VV. AA., *Argentina 1930-1960*, Buenos Aires, Sur, pp. 1-87.
- (1961b): *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, Eudeba.
- (1962): *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba.
- (1967): *Storia dell'America Latina*, Florencia, Einaudi.
- (1969): *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza.
- (1972a): *La democracia de masas*, Buenos Aires, Paidós.
- (1972b): *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires.
- (1975): “Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos”, en *Desarrollo Económico*, n.º 56, pp. 765-781.
- (1982): “Dependency Theory and Latin American Historiography”, en *Latin American Research Review*, Vol. 17, n.º 1, pp. 115-130.

- (1987): “Los *fundamentos discursivos* del fenómeno peronista”, en *Vuelta*, vol. 2, n.º 14, pp. 20-28.
- (1993): “El lugar del peronismo en la tradición política argentina”, en Samuel Amaral y Mariano Plotkin (comps.), *Perón: del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro, pp. 15-44.
- (1994): *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel.
- (1995): “Respuesta a cuatro amigos”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, n.º 12, pp. 137-143.
- (2004a): *Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- (2004b): *La república imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel.
- (2006): *Argentina en el callejón [1964]*, Buenos Aires, Ariel (incorpora 1956 y 1961a).
- (2008): *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- (2014): *Testimonio de un observador participante. Medio siglo de estudios latinoamericanos en un mundo cambiante*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Hora, Roy, y Javier Trímboli, eds. (1997): *Discutir Halperin*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.
- Korol, Juan Carlos (1996): “Tulio Halperin Donghi y la historiografía argentina y latinoamericana”, en *Anuario del IEHS*, n.º 11, pp. 49-55.
- Myers, Jorge (1997): “Tulio Halperin Donghi y la historia de la Argentina contemporánea”, en Hora y Trímboli (1997), pp. 155-178.
- Romero, José Luis (1956): *Argentina. Imágenes y perspectivas*, Buenos Aires, Raigal.
- Rossi, Luis A. (1997): “Las interpretaciones del peronismo en la obra de Tulio Halperin Donghi”, en Hora y Trímboli (1997), pp. 179-209.

A PARTIR DE HALPERIN

Hace casi siete meses que murió Tulio Halperin Donghi y todavía me resulta difícil aceptarlo; me conmueve por lo tanto este homenaje y agradezco la invitación a sumarme a esta evocación de su figura y su obra.²

Como vimos a lo largo de estas jornadas hay tantas maneras de evocar a Halperin como personas han pasado por esta sala; cada uno de nosotros tiene el suyo, sus obras preferidas, el recuerdo de cómo impactó sobre nuestro trabajo y nuestra propia concepción de la historia... De acuerdo con la temática de esta mesa, me toca referirme en particular a su legado en la historiografía argentina, pero lo haré, inevitablemente, de manera parcial y recortada, y retomando algunas cuestiones que ya han sido señaladas en las presentaciones precedentes.

El legado de Halperin a la historiografía es inmenso, plasmado en sus escritos pero también en sus enseñanzas a lo largo de décadas de docencia, en las obras colectivas que inspiró y dirigió, y en las tantas ideas que volcó en esas largas charlas que solía disfrutar con colegas y amigos. Imposible dar cuenta aquí de todo ello. Baste decir que estamos frente al historiador más importante de la Argentina de nuestro tiempo. Su obra ha sido la referencia principal e ineludible de toda la producción historiográfica argentina de los últimos treinta años y seguramente lo seguirá siendo por muchos más. Al mismo tiempo, su forma de hacer historia es irreplicable: no responde a ningún modelo previo ni tampoco

¹ CONICET/UBA.

² Este texto mantiene el tono coloquial propio de una exposición oral y si bien se han eliminado algunas expresiones introductorias, no se ha modificado la versión inicial leída durante las Jornadas.

tiene sucesores evidentes. Pero sin duda **hay una historiografía argentina antes de Halperin y otra muy diferente a partir de Halperin.**

Claro que el momento en que se inició como historiador era uno de cambios epocales en la historiografía occidental, que se habían acelerado luego de la Segunda Guerra Mundial y que tuvieron repercusiones algo más tardías en nuestro rincón del mundo. La cita de *Son memorias* que se incluyó en la convocatoria a estas Jornadas refiere, precisamente, al deslumbramiento del joven Halperin cuando descubrió a Fernand Braudel y su monumental *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*. Y su decisión de ir a estudiar bajo esa orientación en París lo insertó en uno de los focos de la renovación de posguerra. En la Argentina, esos aires nuevos le llegaron por la vía de José Luis Romero, quien por entonces era su mentor y su modelo, pero en términos institucionales el cambio irrumpiría en la universidad después de 1955, cuando el fin del régimen peronista provocado por el golpe militar cambió las coordenadas de la situación universitaria. Se abrió entonces un período de florecimiento académico que en algunas áreas puso a la universidad argentina a la altura de los tiempos. En el campo de la historia, en los años siguientes la resistencia de historiadores más tradicionales no impidió que Romero, junto con Halperin y algunos jóvenes que se iniciaban entonces en Buenos Aires –como Ezequiel Gallo, Roberto Cortés Conde, Haydée Gorostegui, Leandro Gutiérrez–, así como otros en Rosario y Córdoba, se lanzaran a revolucionar la profesión bajo la bandera de la historia social. Con variantes, algo parecido ocurría en otros países de América Latina, donde se sacudían los viejos edificios de la historia institucional a medida que se abrían paso, con dificultades y con mucho empuje, las más nuevas versiones de la mano de las vertientes estructuralistas inspiradas por la escuela de *Annales* así como de la historiografía marxista. Ese mundo latinoamericano también fue el de Tulio Halperin, sobre todo después de que un nuevo golpe de Estado lo expulsara en 1966 de la universidad y a la postre, de la Argentina y lo llevara a insertarse en otros circuitos.

En suma, Halperin fue parte de un movimiento más amplio, a la vez que se convirtió en uno de los autores, impulsores y pilares del cambio en nuestro país. Al mismo tiempo, fue algo más que eso, fue una figura singular, única. Sus escritos siempre se desmarcaron de las modas historiográficas y las ortodoxias teóricas, aunque las conocía muy bien a todas. Así, mientras la vanguardia de la profesión abrazaba las propuestas estructuralistas que privilegiaban el estudio de las bases materiales de la organización social, Halperin incorporó esas novedades de su tiempo en un entramado mayor en el que las ideas y la política tuvieron siempre un lugar central.

La historia era, para él, una forma de aproximación a la “multiforme experiencia humana” (*Son memorias*, 183), y era esa experiencia en su conjunto la que buscaba entender y reconstruir por medio de la narración. Economía, sociedad, política y cultura se entrelazan en sus textos de muy diferentes maneras,

con ritmos y temporalidades propias, donde la coyuntura y la contingencia no quedan atrapadas por las estructuras ni necesariamente subordinadas a ellas, aunque puedan condicionarlas. Hay actores individuales y colectivos que buscan moldear, con escaso éxito, las coordenadas del tiempo en que les tocó vivir y para ello ponen en juego deseos, ideales, ambiciones, intereses y pasiones. La política ocupa en este mundo un lugar fundamental, con sus cuotas de imprevisión y creatividad, pero sus grados de libertad no son infinitos y sobre todo, son variables. En cada momento, el juego de acciones y reacciones, de condicionantes estructurales y presiones coyunturales tiene eficacia diferente y por lo tanto, no hay determinaciones previamente definidas que permitan adivinar los desenlaces. Es así que la aspiración a escribir una historia total (de la “multiforme experiencia humana”) no se tradujo en su caso en la construcción de un modelo de funcionamiento totalizante para explicar el mundo y sus alrededores, sino que operó por aproximaciones, iluminando el conjunto desde puestos de observación y penetración diferentes y variables en el curso de su trayectoria, en un ir y venir a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX en torno a períodos, procesos y problemas.

Así fue escribiendo y reescribiendo la historia de la Argentina –la “entera” historia argentina, para usar sus términos–. Esa creación tampoco siguió modelos metodológicos previsibles o siquiera repetibles. Lejos de cualquier pensamiento lineal, sus trabajos combinan magistralmente erudición e imaginación y fraguan interpretaciones fuertes pero a la vez sometidas a un mecanismo de interrogación inquietante que desestabiliza cualquier lectura. Difícil desentrañar sus métodos, que incluyen un dato previo insoslayable: por una parte, su curiosidad infinita por todas las dimensiones del quehacer humano, y por otra, su increíble erudición humanística, un capital intelectual decisivo que constituía el humus de sus operaciones de conocimiento.

¿Cómo lograba crear pasados? Sabía preguntar; encontraba en el presente la materia para sus preguntas pero, como se encargó muy bien de explicarnos, “una de las cosas que caracterizan el estudio del pasado es que lo que uno tiene que descubrir del pasado es que no es el presente”. Por ello, se sumergía en ese pasado para explorar, descubrir, imaginar y entender a los hombres en su tiempo y lugar, sin presuponer un derrotero inevitable o subordinar la interrogación a la respuesta deseada. Sabía hurgar, leer sus fuentes como nadie, exprimir cada documento hasta sacarle la última gota y conectarlo con otros. Y luego imaginar, crear mundos pasados, pero también postular variantes posibles, en una sutilísima elaboración de tramas de sentido y en un juego en que su prosa, su forma de narrar tiene un papel decisivo. La escritura de la historia es la historia: no hay, me parece, Halperin sin esa escritura que ya se analizó aquí en otras mesas.

Uno puede fácilmente perderse en el disfrute (o el sufrimiento) de su sofisticada prosa pero, a su vez, en cada texto se puede descubrir la fina trama que articula el conjunto, las interpretaciones fuertes, aunque nunca cerradas,

presentes en toda su obra y en cada una de sus partes. Esas líneas aparecen con mayor visibilidad en su magistral *Historia contemporánea de América Latina*, pero están también en los diferentes tramos de su historia argentina y en el conjunto. Así, si su manera de hacer historia es irrepetible, no tiene antecedentes ni seguidores, sus hipótesis y sus interpretaciones han marcado los estudios del pasado para siempre. Más allá del contexto historiográfico en que se desempeñó, de las influencias y conexiones que puede establecerse entre su obra y las de otros, Halperin definió una agenda historiográfica que ha impreso su sello a la producción de los últimos treinta años y no sólo en la Argentina.

Esa influencia fue decisiva luego de la caída de la última dictadura militar y su figura ocupó el primer plano en las aulas universitarias y el campo académico, a la vez que adquiría un lugar destacado en el debate público sobre el presente y el pasado de la Argentina. Este protagonismo representó un fuerte contraste frente a años (sobre todo en la década de 1970) en que Halperin, que ya tenía proyección fuera del país, encontró aquí un reconocimiento casi marginal y en espacios ajenos tanto a las instituciones oficiales como a los círculos radicalizados del campo intelectual que privilegiaban “la historia militante” (recuerdo que, por entonces, mis compañeros de militancia rechazaban la lectura de Ernesto Laclau por “cientificista” y de Halperin por ¡“gorila”!). Algo más tarde, en plena dictadura, sus obras circulaban fuera de los ámbitos institucionales, alimentando la lectura, la discusión y la producción intelectual que sobrevivía en pequeños núcleos privados, fuera de los marcos oficiales y de la luz pública, que eran parte de lo que más tarde se llamó “la universidad de las catacumbas”. Halperin mismo apoyó de mil maneras esos esfuerzos y sus visitas periódicas fueron un estímulo fundamental para seguir adelante en medio de la oscuridad.

Cuando cayó la dictadura, comenzó una etapa de gran efervescencia intelectual a la vez que una expansión y renovación de las universidades, proceso que en el campo de la historia se manifestó en forma casi inmediata en un cambio sustantivo en los planes de estudio y programas de las materias, y en la incorporación de profesores hasta entonces excluidos de los claustros –incluyendo antiguos docentes expulsados que volvían del exilio interno y externo y otros nuevos, todos los cuales traían las novedades intelectuales que la dictadura había bloqueado–. En los campos de la historia argentina y latinoamericana Halperin figuraba en primera línea y se convirtió en lectura obligatoria y referente insoslayable en todo el país. Junto con él se incorporaban también otros autores que permitían inaugurar una era de pensamiento crítico. En el caso de la historia argentina, no eran tantos y sólo cuando, ya avanzados los noventa, la propia expansión del campo, de la investigación sistemática y de la producción y publicación de nuevos textos ampliaron el corpus disponible y abrieron nuevas vetas interpretativas, fue posible diversificar lecturas, expandir los temas de investigación y generar nuevos debates. Halperin contribuyó personalmente a esa transformación con enorme generosidad, a través de seminarios y cursos

dictados en diferentes universidades, conferencias, charlas y entrevistas públicas, y el contacto personal con jóvenes investigadores y estudiantes, así como con sus colegas y amigos de larga data. Volvía cada año al país de sus desvelos, consecuente con un compromiso vital que –como muy elocuentemente señaló aquí Roy Hora– mantuvo contra viento y marea hasta el final de sus días.

No obstante las novedades de un campo disciplinar que el impulsó, la obra de Halperin sigue constituyendo el más poderoso horizonte de sentido para la historia argentina, su referente principal. A modo ilustrativo, me voy a referir brevemente, para terminar, a un tramo de su gran interpretación sobre el pasado de nuestro país, el siglo XIX en sus dos momentos centrales: el declive del orden colonial y la revolución y el convulsionado proceso de formación de la nación y el estado a partir de las independencias y hasta finales del siglo XIX.

Su análisis e interpretación de las revoluciones de independencia en Hispanoamérica y en particular en el Río de la Plata es uno de las estaciones más potentes de una obra toda ella trascendente. En esos trabajos, además de la elaborada, compleja y finísima reconstrucción del período, Halperin se desmarca de las habituales interpretaciones nacionales en clave genealógica y patriótica, para plantear en cambio ideas nuevas, que luego pasaron a formar parte del sentido común historiográfico, como la que coloca el origen de la ruptura del orden colonial en la crisis imperial española o la que otorga un lugar central al momento de las invasiones inglesas al Río de la Plata, así como otras luego muy debatidas, como el énfasis en el carácter políticamente “revolucionario” de la Revolución de Mayo, formulaciones todas que modificaron los parámetros a partir de los cuales se entendía ese período.

En sus textos, el radical proceso de cambio desatado con la revolución en el Río de la Plata se abre y multiplica en un abanico de historias que desembocan, hacia sus últimas décadas, en la conformación del estado y la nación argentinos. Nuevamente aquí no hay destino manifiesto ni caminos predeterminados. Los principales vectores del cambio social de la primera década revolucionaria en los diferentes espacios del desarmado virreinato –militarización, ruralización y barbarización– marcaron la década siguiente que terminó con el fracaso de los intentos de construcción de una autoridad central para esos territorios. Halperin continúa esa historia para mostrar cómo y por qué, entre los diversos caminos posibles después de aquel fracaso, se abrió paso una opción política que perduraría hasta mediados de siglo: el régimen confederal encabezado por Juan Manuel de Rosas.

El manejo centralizado del poder en esa etapa no desembocó, sin embargo, en la afirmación de un estado. El tránsito desde una Argentina sin centro a un estado-nación consolidado constituye otro núcleo fundamental de su obra. La caracterización del período que la historiografía tradicional denominó “de la Organización Nacional” como los “treinta años de discordia” marcan la distancia con un relato previo que entendía el proceso iniciado luego de la derrota de

Rosas en términos lineales y progresivos, así como con la propuesta revisionista, que caracterizó a esos años como de “enfrentamientos radicales en la definición del futuro nacional”. La “discordia” la buscará, en cambio, en el terreno de la política, donde más que una confrontación de principios y proyectos de futuro, encontrará –a la caída de Rosas– un espacio de disputas por la conquista de un poder central entre actores que pronto lo descubrieron inexistente y que se propusieron a la vez construir y controlar. El desenlace no fue como ellos lo habían previsto, y el estado mismo se constituyó en un actor político potente cuya subordinación resultaría una meta renovada pero eternamente esquivada.

Estos nudos interpretativos marcaron un punto de partida absolutamente nuevo para la historiografía argentina y fue a partir de allí que se abrieron y todavía se abren nuevas líneas de investigación así como discusiones y debates intensos. Pero además de las grandes líneas, la obra de Halperin es un repositorio o mejor una usina de ideas y de temas que, a veces en los intersticios de su relato central, pueden pasar desapercibidos en una primera, segunda o tercera lectura, pero que cuando se dejan ver, resultan con frecuencia en nuevas provocaciones. Si revolución, estado y nación, república posible o verdadera, resultan pilares de su edificio decimonónico construido a contrapelo de todo lo anterior y por lo tanto originales puntos de partida para cualquier historiografía posterior, nociones fuertes a las que modela de forma particular, como clase terrateniente, elite letrada y clase política, entre muchas otras, se han erigido en categorías con que lidiar a la hora de visitar hoy la historia argentina. Estas cuestiones y otras muchas que, como dije, pueden aparecer ya como hipótesis fuertes, como propuestas elaboradísimas, o apenas como indicios o insinuaciones, constituyen una materia resistente que sirve de piso y a la vez de desafío y provocación a los estudios actuales sobre el pasado. Todos tenemos experiencias personales al respecto. Lo decía aquí Adrián Gorelik con otras palabras: ¿A quién no le ha ocurrido que, entusiasmado y orgulloso de un hallazgo, sufra un golpe directo al corazón (o, más bien, al ego intelectual) al descubrir que, en realidad, la supuesta novedad estaba ya anunciada, insinuada, incluida al pasar entre tantas otras, en una frase, una línea, un párrafo de Halperin? A su vez ¿quién no reconoce la emoción de encontrar en su obra un hilo, a veces una hebra apenas, que parece suelto y nos llama a seguirlo, a tirar de la punta, a buscar por nuestra cuenta adónde nos lleva? En ese sentido, hace unos meses, en el homenaje que la Asociación Argentina de Investigadores en Historia hizo a poco de la muerte de Halperin, Gabriel di Meglio contaba cómo las agudas referencias a la plebe urbana en *Revolución y guerra* lo habían impactado decisivamente y de alguna manera, lo habían impulsado en una línea de trabajo que todavía prosigue, ya lejos del punto de partida pero no por ello desconectado de aquél. Algo similar contó aquí Raúl Fradkin y yo misma podría referirme a cómo historias hilvanadas en los recovecos de *Una nación...* y del *José Hernández...* desataron mi imaginación sobre la política del período.

He aquí la poderosa, imborrable impronta de Halperin en nuestra historiografía. Construyó un pasado que nos atrapa y que ha inspirado y sigue inspirando nuestra pasión por conocer. Esto es así no porque los estudios recientes se aferren a sus propuestas –las copien, las sigan o las repitan–, sino porque ellas constituyen el horizonte de sentido a partir del cual se escribe hoy, desde cualquier corriente o disciplina que sea, sobre el pasado argentino. Por ello, nuestra deuda con Tulio es infinita. ■

ALGUNAS NOTAS SOBRE TULIO HALPERIN DONGHI

Permítaseme para comenzar, una breve anécdota. El episodio tuvo lugar a fines del siglo pasado en un ámbito universitario; tesista de posgrado, expresaba al director su intención de efectuar una biografía intelectual sobre Tulio Halperin Donghi. Su interlocutor desaconsejó esa opción y –entre otras razones– esgrimió un argumento contundente referido a la casi inexistente distancia que permitiera efectuar juicios acertados. Una trayectoria intelectual todavía no clausurada obstaculizaba elaborar aproximaciones adecuadas que permitiesen dar el salto de la mera descripción a la interpretación.

Esto sucedía en el contexto de la aparición de textos que procuraron analizar críticamente algunas obras centrales halperinianas, como la producción del grupo Oxímoron titulada *La historia desquiciada* (1993), o la entrevista contenida en *Pensar la Argentina*, de R. Hora y J. Trímboli (1994), o la compilación de artículos que efecturan también estos dos historiadores titulada *Discutir Halperin* (1997), por citar los más conocidos.

Más allá de esta breve referencia, transcurridos más de 15 años y clausurada la experiencia vital de ese historiador argentino, resulta inexcusable reflexionar sobre las luces y las sombras halperinianas.

Para ello contamos con sus obras, con reseñas de las mismas, artículos, entrevistas realizadas, intervenciones de historiadores que han consignado su interpretación sobre las principales temáticas abordadas por Donghi, y fundamentalmente con sus propios recuerdos entrecruzados por el contexto epocal –*Son Memorias* (2008)–, recuerdos que, aunque modelizados como toda narrativa personal a la que el mismo autor se dedicó en algunos de sus textos, contiene una valiosa información.

Recientemente aparecieron textos como el dossier correspondiente al número 15 de la revista *Prismas*, el testimonio de su vuelta a L'École, aparecido en el número 18 de la misma publicación, aquél en que reflexionaba como “observador participante”, así como el debate que suscitó la aparición de su *Belgrano*, y

esa obra póstuma *Las tormentas del mundo en el Río de la Plata. Cómo pensaron su época los intelectuales del siglo XX*.

Creemos que todo ello permite y reclama confeccionar una “biografía intelectual” del historiador que indudablemente ocupa un lugar destacado en la historiografía argentina. Resulta claro que ese no es el objetivo de estas líneas, las cuales aspiran simplemente a efectuar un ejercicio de reflexión siempre necesario y estimulante.

Atendiendo puntualmente al objeto del panel, aludiremos a algunas experiencias intelectuales que –pasadas por el tamiz de su subjetividad–, contribuyeron a hacer de Tulio Halperin un notable historiador.

Al respecto, resulta casi inexcusable referirse a *Son memorias* en la medida en que ese ejercicio de ego historia aspira proporcionar a sus lectores una versión “oficial” de su itinerario hasta mediados del siglo pasado. Esos datos recortados generan el efecto de oficiar como marco explicativo de su presente, de su modo de estar en él, de mostrar el lector esa “jaula flexible” en la que habitamos, ese juego de potencialidades, obturaciones y perplejidades... Podría decirse que en estos géneros no hay verdad ni falsedad, porque no hay verdad ni falsedad en cómo se recuerda, pero sí se produce –consciente o inconscientemente– cierta “administración de olvidos”, en la medida que la memoria es eso: recuerdos, pero también olvidos. Referir a tal dimensión de la memoria, no aspira a cuestionar los recuerdos sino a reflexionar sobre lo no dicho, lo sugerido, las posibilidades.

De sus años formativos se recortarán con nitidez la herencia del legado historicista idealista (fundamentalmente en su matriz italiana croceana), que solamente el eclecticismo halperiniano pudo combinar con las premisas analistas (más específicamente braudelianas). Esta elección se vincula no sólo con lo recordado por el propio historiador, sino con un tiempo necesariamente acotado de exposición, y de ningún modo desconoce los influjos que sobre él ejercieran otras matrices de pensamiento, otros intelectuales y aún los vínculos y redes relacionales en las que estuvo inserto.

Como se dijo de Braudel –pero la frase es aplicable a Halperin–, “el joven historiador tiene apetito pero sobre todo dispone de un paladar refinado”; a diferencia de aquél, iba del Oeste al Este (no al revés) en una coyuntura específica. Esta última era caracterizada concienzudamente por Donghi tanto a nivel local cuanto internacional; así, si localmente se refería al empobrecimiento y cerrazón de la vida política y cultural argentina, consignaba que ello era paralelo a la recuperación europea de la segunda posguerra y la internacionalización de las humanidades y ciencias sociales (p. 236).

En un plano más historiográfico (y acaso retrospectivo), probablemente haya tenido que ver en su decisión, la crisis desatada entre los años treinta y la Segunda Guerra Mundial, que transformó en caducas las ideas historiográficamente dominantes hasta entonces.

Experiencia turinesa: una búsqueda

La experiencia turinesa ofrecía indudablemente ventajas comparativas; las razones concretas argumentadas por el mismo Halperin eran básicamente dos: Turín tenía una de las universidades más prestigiosas de Italia y allí había parientes. Si esto último era un dato objetivo, en el primero su autor podría argumentar más sobre los factores de los cuales derivaba su “prestigio”. En cualquier caso, esa experiencia turinesa de 1950 –“se decidió en casa” (p. 197)–. En efecto, esa primera incursión académica en el exterior parece haber sido producto de una decisión de sus padres, de una específica sociabilidad político-intelectual y de un desempeño previo.

Cuando llegó encontró una realidad “complicada y ambigua”, con los problemas derivados de una posguerra cercana. Ya conocía el currículum de la carrera de Historia, organizado sobre la base de cuatro cursos (Historia Antigua, Medieval, Moderna y del “Risorgimento” italiano), pero particularmente recuerda dos figuras: las de Walter Maturi y Giorgio Falco, ambos antifascistas, croceanos e historiadores que estaban en la etapa final de su vasta trayectoria académica.

Tulio Halperin cuenta que asistió a los cursos de Falco de Historia Medieval y de Literatura Latina Medieval y que no sintió “dificultades para participar”; y tras una breve –y probablemente retrospectiva– reseña del personaje, cita particularmente una de sus obras: *La sacra repubblica romana* (terminada en 1937 y publicada recién en 1942). Si bien Halperin no lo consigna, el título completo del texto era *La Santa Romana Repubblica. Profilo storico del Medio Evo*. Su autor usaba el nombre de “Giuseppe Fornasari”, debido a que las leyes raciales lo habían apartado de los circuitos universitarios, suerte que también compartiría con Arnaldo Momigliano y otros. Este libro “ideal” –tal como señalaba un biógrafo de Falco– fue elogiosamente comentado por Croce, y de algún modo vincula esa matriz de pensamiento con ciertas dimensiones reflejadas en textos halperinianos.

Aunque Halperin consideraba a Falco como “el más distinguido de los historiadores que enseñaban en ese entonces en la universidad turinesa”, nuestro autor confiesa no haber encontrado “estímulos suficientes” para dedicarse al período medieval –José L. Romero y Claudio Sánchez Albornoz sí lo hacían–, porque ya tenía decidido orientarse hacia la historia argentina (aunque el primero la considerara “modesta”).

Sobre Maturi decía: “Hombre de inmensa cultura no sólo histórica, y de agudísima y rápida inteligencia...”. Recordaba que fue el responsable de haberle indicado que en el archivo turinés existía un material referido al Río de la Plata. Ese fondo fue consultado por Halperin y a partir de esa consulta se le hizo evidente la necesidad de formular alguna pregunta interesante. Tal el origen de “El ocaso del régimen rosista en el testimonio de Antonio Dunoyer,

cónsul del Reino de Cerdeña en Buenos Aires”, publicado en 1957 en el número 2 del *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* de Rosario.

La experiencia turinesa parece haber sido pródiga en proporcionar al joven historiador entrenamiento en trabajo en archivos –“descubrir qué puede dar de interesante la fuente”–, en la formulación de preguntas que pudiesen orientar la investigación (sus célebres “enigmas”), en el desarrollo de su “instinto” historiográfico y también en ciertas lecturas. (Señaladamente procedentes de A. Gramsci.) En síntesis, si bien esa experiencia contribuyó a su formación como historiador, finalizaba diciendo: “Dudaba cada vez más de que pudiera encontrar en Turín todo lo que había esperado” (p. 207), aunque sin decirnos con exactitud qué había esperado.

Sin embargo, dentro de la cultura historicista y antifascista italiana, había otras tradiciones intelectuales y alternativas institucionales contemporáneas que nuestro autor no refiere pero que iluminan su opción.

Así, puede citarse la inclinación de Arnaldo Momigliano por la historia de las ideas –inclinación que también compartía el primer Halperin, autor del *Echeverría* (1951)–, la cual era ya visible desde sus años de estudio en la universidad turinesa (1925-1929). Se formó como historiador en contacto con Gaetano De Sanctis y Augusto Rostagni. Por entonces, existía en Turín una extensa tradición de estudios históricos, ya que entre los jóvenes que estudiaban allí en esa misma época se cuentan Cesare Pavese, Mario Soldati, Aldo Garosci, Giulio Carlo Argan, Norberto Bobbio, Piero Treves, Leone Ginzburg, Carlo Dionisotti. Momigliano obtuvo la plaza de profesor de Historia Romana en la Universidad de Turín, en 1936, pero la perdió en 1938, por las leyes raciales de Mussolini. De inmediato se trasladó a Inglaterra, donde permaneció como docente hasta su muerte. Se trata de un historiador que integra la tradición histórico-filológica de Gaetano De Sanctis y la histórico-filosófica de Benedetto Croce. El vínculo intelectual que lo ligó a Croce puede ejemplificarse sobradamente en la coyuntura de la segunda posguerra, cuando éste ofrece a aquél la dirección del Instituto Italiano de Estudios Históricos que había fundado en Nápoles. Sin embargo, por diversas razones, Momigliano decidió quedarse en Inglaterra, y la elección para el instituto recayó en otro croceano, el también gran historiador Federico Chabod.

Precisamente, el Instituto Italiano de Estudios Históricos fue fundado en 1946 por B. Croce, quien lo presidió y cuyo primer director en 1947 –ante la negativa de Momigliano– fue F. Chabod. En tal sentido, R. Romano –historiador muy vinculado con Halperin– recordaba: “Comencé mis estudios universitarios en la Italia fascista de 1939, en la Universidad de Nápoles, cuya vida intelectual estaba dominada por Benedetto Croce. En 1946 se produjo un gran acontecimiento: la creación del Instituto Italiano di Studi Storici en Nápoles que representó para mí el acceso al gran Hombre y a su biblioteca. Allí conocí a F. Chabod, ese verdadero maestro ‘el príncipe de los historiadores’ como lo había bautizado Fernand Braudel...”

Experiencia francesa: un descubrimiento

La experiencia francesa de Halperin Donghi no fue una búsqueda como la turinesa sino un hallazgo, un “descubrimiento” (p. 237). A diferencia de la italiana, la historiografía analista era por entonces muy pujante, aunque no había alcanzado todavía la expansión de los años sesenta.

Sobre ella, Halperin señalaba: “La experiencia que estaba viviendo en la sexta sección de la École Pratique, esta vez llenaba con exceso todas mis expectativas” (p. 241). Parece ser (o es presentada como) una elección más personal –“ahora decidí” (p. 239)–, probablemente sugerida por sus referentes y guías, como Romero y Sánchez Albornoz. Como declarara luego, en una de sus varias entrevistas: “Al escribir estas memorias, me di cuenta de todo lo que recibí de Romero... Porque Romero era un dato natural de mi vida, lo conocía desde chico, pertenecía al ambiente de mi casa. Creo que de Romero aprendí que había otra manera de ser historiador”, y agregaba que aprendió puntualmente la “adaptación al cambio...”.

Los vínculos entre esta historiografía y la Argentina no eran nuevos; Braudel llegó a Buenos Aires en 1947 procedente de Brasil; sus contactos involucraron a la Academia Nacional de la Historia, con Claudio Sánchez Albornoz (un antiguo colaborador de *Annales*), y particularmente con un grupo de estudiosos alejados de la universidad oficial, nucleado en torno a José Luis Romero. Ello daba cuenta de la estrategia braudeliana en el marco de lo que se llamó la “diplomacia de las ideas”; se trataba de construir una red de solidaridades profesionales, tendencia que se sostendría en el tiempo. Por cierto Braudel no tenía la estatura intelectual e institucional posterior, pero operó como un canal eficaz para que algunos intelectuales argentinos hiciesen su experiencia *annalista*, tales como Márquez Miranda, Romero Brest, o bien los más jóvenes investigadores enviados o recomendados por Romero, como Gustavo Beyhaut, Carlos Rama y Tulio Halperin.

En ese marco, este último relata su encuentro “fortuito” con el más famoso texto braudeliano –*La Méditerranée...*–, en el que la erudición se compatibilizaba admirablemente con la posibilidad de hacer cosas “tanto más finas y penetrantes” que aquello realizado por los historiadores historizantes. Nuestro autor encontró en Braudel una forma ejemplar de ejercicio de las virtudes filológicas de la profesión: “Se trata para mí de aprender a usar del material en bruto y sacarle el jugo”.

Por otra parte, aquello que Halperin llamaba en carta a Braudel “brumosa historia de la cultura”, contenía una crítica velada a un producto tardío de la tradición antipositivista visible en la obra de Ortega y Gasset –señaladamente la *Revista de Occidente*–, pero también a ciertas iniciativas locales de próxima aparición así subtituladas (historia de la cultura).

Consecuentemente reputaba a F. Braudel como gran historiador capaz de

unir el rigor con la innovación; si bien lo asimilaba a D. F. Sarmiento, también decía de él que “me dejó... una enseñanza permanente” (p. 248) en los planos heurístico e interpretativo.

Institucionalmente no dejaba de percibir la fragmentación y cierto tipo de clientelismo presente en la Sexta Sección que le obstaculizó el trato con otros intelectuales como E. Le Roy Ladurie o F. Furet, en momentos en que la *nouvelle critique* procuraba demoler la arquitectura braudeliana. Tampoco le impidió ver en Braudel un “empresario de la historia” (p. 247), un “patrón” que podía combinar el afecto, la atención y la conveniencia (recíproca).

Mirada ciertamente ambigua procedente de un historiador empeñado en marcar su calidad de “testigo”, como nos recuerda en *Son Memorias* y también en un texto más reciente: *La historia como oficio. Un testimonio sobre l'École des Hautes Études en Sciences Sociales* (2010).

Una referencia final: la influencia ejercida por R. Romano en materia de cuantificación; la tarea desarrollada en tal sentido lo familiarizó con el manejo de fuentes esencialmente numéricas al tiempo que le proporcionó la base técnica adecuada para el empleo de tal tipo de metodología.

El mismo Halperin consigna que no obstante la riqueza aportada por esta experiencia, se operó un “viraje”, un cambio de orientación en algunas ideas que informaron la misma. En tal sentido quisiera subrayar algunas circunstancias en la trayectoria halperiniana: una vinculada con su proyecto de tesis doctoral que, según sus propias palabras, era en verdad la piedra fundamental de su “proyecto de vida”; ella sería el punto de partida de su futura carrera de historiador. La otra –vinculada con la primera– tiene que ver con su interés sobre el inicio de la propia carrera a nivel local (en Argentina).

En cuanto a la primera, se trató de un *remake* de lo que Febvre hizo con Braudel, que ahora este último haría con Halperin; en ambos casos se trataba de reorientar una tesis doctoral acorde con los nuevos tiempos historiográficos. Sin embargo, y a pesar de la concepción braudeliana contenida en *El Mediterráneo...*, en la tesis halperiniana no se aplica ese modelo que tanto había fascinado al joven historiador argentino, sólo hay en su tesis un ejercicio de geohistoria y de algunos “tics de la prosa braudeliana” (p. 283). Advierte que su tesis giraba básicamente en torno de la historia acontecimental, de modo que para ponerla en un contexto que la hiciera “inteligible” recurre a lecturas anteriores, cercanas no sólo temática sino problemáticamente. Gira entonces su mirada hacia M. Bataillon, aunque había dicho de él que “seguir sus cursos me había resultado infinitamente menos estimulante que mi experiencia al lado de Braudel” (p. 251).

Desde una perspectiva historiográfica es posible preguntar si este relativo alejamiento del modelo braudeliano es rastreable en todos los textos halperinianos.

La segunda circunstancia apuntada implicó para Halperin la decisión de cumplir –o no– con su “destino sudamericano”. Así, la coyuntura política apare-

cía anudada con la personal; con la caída de “ese cataclismo político que acabábamos de vivir” se eliminaba asimismo el “obstáculo” para encauzar institucionalmente su carrera de historiador para la que se venía preparando desde hacía ocho años. Su futuro como historiador es presentado en términos de “destino” y su etapa de aprendizaje considerada “demasiado larga”. En todo caso se trataba de la posibilidad de hacer carrera en el exterior, o en la cátedra de Historia Social de la Facultad de Filosofía y Letras porteña, o bien en su decanato de la Universidad de Rosario, pero en definitiva –como sugiere F. Devoto– representaría “su voluntad de independencia de cualquier personalidad”.

Fin peronismo e inicio carrera profesional en la Argentina; fin de un ciclo e inicio de otro...

Legados

¿Cómo se manifestarían estas experiencias intelectuales en su reflexión sobre la Historia?

Las obras de Halperin siguieron itinerarios y registros muy diferentes, una amplia producción reacia a la especialización, que cubre períodos distantes y aplica enfoques variados que iban desde el género de la historia de las ideas (*Echeverría o Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*), hasta variaciones en torno al modelo braudeliano (*Moriscos y cristianos viejos en el reino de Valencia*); desde la historia serial cuantitativa (*Guerra y finanzas, Materiales para el estudio del progreso económico y social de la Argentina*) a las grandes síntesis de conjunto (*Historia contemporánea de América Latina*), o los ensayos sobre la política a él contemporánea (*Argentina en el callejón, La Argentina y la tormenta del mundo*), o de alta divulgación (*De la revolución de independencia a la confederación rosista*), o bien aquellos textos ligados estrechamente con la literatura (*El presente transforma el pasado: el impacto del reciente terror en la imagen de la historia argentina*). Textos esencialmente fácticos (*Historia de la Universidad de Buenos Aires*) y aquellos más interpretativos (*La larga agonía de la argentina peronista*), etc.

Heterogeneidad que reflejaba, al menos en parte, tanto las matrices historiográficas diferenciadas de su formación como una extendida curiosidad hacia temas y problemas diversos. Ese aparente eclecticismo encontraba su unidad en la medida que le permite conjugar documentación e interpretación en un itinerario que conduce de lo general a lo individual y que contribuye a explicar su centralidad historiográfica.

Todo ello incide a la hora de dar cuenta de su operación historiográfica, entendida como la articulación entre un lugar, unas prácticas y un discurso. En tal sentido, quisiera destacar los siguientes puntos:

- En primer lugar y según sus palabras “enraizamiento del historiador en una firme, precisa –aunque no necesariamente explícita– visión del presente y sus perspectivas de futuro”. Una conciencia política –progresismo liberal de Altamirano– que concretamente se manifestó en su antifascismo-antiperonismo.

- Esto se relaciona con la experiencia aportada por el presente del historiador, experiencia que deriva su mundo de referencias que le permitirá postular una red de acciones humanas a partir de testimonios indirectos y fragmentarios. Su apelación al presente es entonces un modo de conocimiento, un instrumento necesario para conocer el pasado, pero el presente no es pasado: tal el sentido histórico. Esa mirada atenta a la dialéctica temporal (pasado-presente-futuro), ya vista por José L. Romero (y aun antes), conlleva para Halperin una adecuación de instrumentos metodológicos recogidos de la específica tradición de la disciplina histórica, a la tarea de construir una imagen coherente de cierta etapa del pasado. En este punto el antiguo método filológico se transformará en método histórico, circunstancia que redundará en un mayor rigor por parte del historiador.

- Construcción de grandes visiones del pasado que hablan también del presente en que fueron concebidas –“Me gusta explorar un problema, armar una visión...”–, para lo cual resulta necesario atender a los nexos. ¿Herencia francesa? Esas grandes visiones del pasado parten de preguntas inteligentes y de un uso predominantemente más intensivo que extensivo de fuentes. En ocasiones, el conocimiento de la documentación no impide cierta tendencia orientada a no evidenciar la totalidad de sus fuentes.

- En tales visiones, el Estado está en el centro de sus preocupaciones (la historia ético-política), o dicho de otro modo, la política, es el elemento dominante. ¿Herencia croceana? En ese sentido acaso sea necesario marcar la diferencia entre objeto y punto de vista, que explicaría cómo un “historiador social” asume tal agenda. Como decía Rosanvallón, analizar lo político como mediación del ordenamiento social y, dentro de ese marco, la arquitectura del poder.

- Atenta lectura de los clásicos (historiográficos y literarios); formas de lectura que le permite transferir temáticas. Halperin supera el concepto de causa y piensa en términos de correlaciones o de condiciones que posibilitaron la acción. Ello debería sumarse a una perspectiva comparatista y a una peculiar forma de escritura –que es también un modo de presentar los resultados de su investigación–.

Fundamentalmente considero que Halperin Donghi desestabilizó cierta lectura de la historia argentina, especialmente referida a fines del siglo XIX. La “sacó del pantano” en el que estaba sumida entre la interpretación liberal y la revisionista. Con ello Halperin asumía una postura crítica – y polémica– hacia lo que entendía eran simplificaciones historiográficas. Desde esa concepción,

criticó duramente tanto a la Nueva Escuela Histórica cuanto al revisionismo, diseñó cierta imagen del pasado y presente historiográfico, pero sin embargo no se ocupó explícitamente de la historiografía de izquierdas argentinas.

Por tanto Donghi estabilizó una lectura e interpretación del pasado nacional –y no sólo nacional– que para amplios sectores de la tribu de historiadores –y no sólo ellos–, visión que fue divulgada y que se convirtió en canónica para esos amplios sectores. Valga un ejemplo: el uso de ciertas nomenclaturas –aludiendo con ello no sólo a conceptos sino a procesos–, tales como “carrera de la revolución”, “militarización”, “barbarización de la política”, “ruralización”, que ya forman parte del patrimonio común.

Sucesiones

Alguien dijo: “Es el heredero y no el ancestro el que decide el legado y su sentido”.

M. Plotkin señalaba que “una de las cosas que más he admirado siempre de él es que nunca ha tenido discípulos... Le resultaba inconcebible la idea de ‘formar escuela’, imponiendo puntos de vista o formas específicas de abordar el pasado...”.

Por su parte y en similar sentido, R. Fradkin opinaba que no hay una “escuela halperiniana de historia”; sí hubo un “momento Halperin” en la historiografía argentina, aunque la misma debería ser superada así como lo hizo la contribución de Halperin Donghi.

Ambas afirmaciones –entre las varias que podrían invocarse–, suscitan una serie de reflexiones y derivas. ¿Fue o no un maestro?, ¿maestro sin discípulos, como se dijo de José Luis Romero? ¿Generó o no una escuela historiográfica? ¿Cuál fue el momento Halperin?

Tulio Halperin Donghi ya es un clásico; su popularidad es un fenómeno relativamente cercano que se produjo sobre todo a partir de la vuelta de la democracia, cuando la historiografía postransicional se filió con aquella renovación practicada en los años 60, cuando se trató de legitimar una tradición en otra que se juzgaba prestigiosa. Eso le confirió –retrospectivamente– la centralidad que buena parte de la tribu historiadora le reconoce; tal vez debido a esa centralidad en los últimos tiempos asumió la posición de observador participante.

El concepto de legado presupone algún tipo de esencia inmodificable, por lo que tal vez desde el punto de vista conceptual pueda plantearse la cuestión en términos de *recepciones*, ello resulta así en dos sentidos: por un lado distintas generaciones abrevaron y abrevan en los textos halperinianos; por otro, las lecturas no son generalmente iguales en los años 70, 80, 90 y en el presente. Ello configuraría una agenda paralela y colateral a la bios intelectual de Halperin: el estudio de las comunidades receptoras, que mucho dicen del ancestro, su legado y su sentido.

Como señala Giulian Gemelli en su conclusión sobre la biografía intelectual de Braudel: “Lo que en principio debería ser la biografía intelectual de un gran historiador, se ha convertido en la historia de un dispositivo cultural en el que Braudel –Tulio Halperin Donghi– no es más que en parte, el artífice.” ■

LETRADOS, HISTORIA Y TRAGEDIA EN HALPERIN DONGHI: sus lecturas en torno a Fray Servando Teresa de Mier

Fray Servando lució muy grandioso cuando pateó fuerte detrás del altar para imponer respeto necesario. Y muchas damas se desmayaron ante aquella prueba de viril hombría. “Señor”, dijo Fray Servando. Y comenzó el sermón en medio de un silencio de muerte. Y su palabra fue un largo combate entre los antiguos dioses y las nuevas leyendas. Y en esas palabras revivieron los abigarrados e incompresibles códigos que Fray Servando no llegó a leer. Y el Arzobispo se tragó el anillo cuando el predicador puso en duda la aparición de la Virgen de Guadalupe tal como la referían los españoles y la trasladó a tiempos remotísimos: cuando la llegada del Mesías, quitando de esa manera toda razón que justificara la presencia de españoles en tierras ya cristianas antes de su llegada. Los indios oían entusiasmados y los criollos se ponían de pie y a cada momento rompían en aplausos.

Reinaldo Arenas, *El mundo alucinante. Una novela de aventuras.*

I

En las páginas que siguen nos propondremos analizar dos trabajos de Tulio Halperin Donghi donde se cuenta el derrotero del religioso mexicano Fray Servando Teresa de Mier, cuya vida transcurrió en el momento del ocaso del régimen español en América, entre fines del siglo XVIII y principios del XIX. El primero, publicado inicialmente en 1982, lleva como título “El letrado colonial como inventor de mitos revolucionarios: Fray Servando Teresa de Mier a través de sus escritos biográficos”²; el segundo, publicado veintiún años más tarde, se llama “Fray Servando, precursor, mártir y triunfador glorioso”³.

¹ Universidad Nacional de Rosario y Universidad Nacional de Entre Ríos.

² “El letrado colonial como inventor de mitos revolucionarios: Fray Servando Teresa de Mier a través de sus escritos biográficos”, en VV. AA., *De historia e historiadores, homenaje a José Luis Romero*, México, Siglo XXI, 1982.

³ “Fray Servando, precursor, mártir y triunfador glorioso”, en *Letrados y pensadores. El perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*, Buenos Aires, Emecé, 2013.

Servando Teresa de Mier, Noriega y Guerra nació en Monterrey en 1765 y murió en México en 1827. Doctor en teología, su sermón sobre el milagro de la Virgen de Guadalupe del 12 de diciembre de 1794, en presencia del mismo Virrey, lo enfrentó para siempre con la jerarquía religiosa de Nueva España. En efecto, esa versión subvertía el relato oficial que indicaba que la Virgen se había aparecido al indio Juan Diego hacia el siglo XVI, para ubicarla en una supuesta edad apostólica mexicana, antes de la llegada de los españoles; en palabras de Mier: “Mil setecientos cincuenta años antes del presente, la imagen de Nuestra señora de Guadalupe ya era muy célebre y adorada por los indios aztecas que eran cristianos, en la cima plana de esta sierra del Tenayuca, donde le erigió templo y la colocó Santo Tomé”. Halperin insistirá hasta el hartazgo que el único objetivo que buscaba el religioso era ganar nombradía en ese mundo de casas principales que sentía como suyo, “así confirmaría una vez más sus credenciales de miembro de pleno derecho de lo más egregio de la sociedad mexicana”. Pero lo cierto es que su gesto se revela no ya imprudente, sino definitivamente temerario. En los hechos, su reformulación del mito conlleva un acto revolucionario: al ubicar un apóstol en tierra mexicana, en un período anterior a la conquista española, ha postulado implícitamente un estatuto de igualdad entre una Iglesia imperial y una Iglesia nacional. Aunque nunca dejará de expresar una encendida lealtad monárquica (poco antes había predicado en contra del “sistema de Rousseau” y los derechos del hombre de la Revolución Francesa), ese movimiento se adecua particularmente bien al clima de crisis ideológica que acompaña la decadencia del orden colonial y ofrece un instrumento de notable fuerza política para las aspiraciones de una nueva nación. De modo que, cualesquiera fueran las razones, voluntaria o involuntariamente, Mier ha formulado un mito revolucionario de magnitudes históricas, que obliga a considerarlo como un verdadero precursor de la independencia mexicana y desde ese punto de vista Halperin le otorga una notable intuición del contexto de transición en el que se desarrolla su vida. Al mismo tiempo, el historiador no dejará de recordarnos que Mier es esencialmente un oportunista, el sermón, en sus palabras, no es más que un “ingenioso artificio” que busca vincular su inextinguible afán de nombradía con un nuevo clima de ideas que alcanza a vislumbrar. En verdad, tal crisis, así como la verdad de lo postulado lo tienen sin cuidado (acosado por la persecución que se desata ofrecerá sin éxito una retracción total a cambio del olvido del proceso, y en los años siguientes llegará incluso a explicitar de qué manera es posible construir un mito religioso manipulando citas bíblicas). Pero, como indicáramos, su apuesta se revela fallida, el sermón cambiará para siempre el curso que había imaginado para su vida: acusado de blasfemia ante el Santo Oficio por el Arzobispo, Mier fue excomulgado y desterrado a España, y todas sus ambiciones se verán frustradas para siempre. He aquí el héroe en su encrucijada: la crisis personal que se desata radica en el dilema entre esa insaciable necesidad de reconocimiento público y la imposibi-

lidad objetiva de cumplir tal propósito: “La persecución, contra la que se revela indefenso, amenaza algo más que su carrera, al privarlo de los signos exteriores del aprecio de sus pares amenaza destruir su imagen de sí mismo”. Así las cosas, Mier no se retirará del combate y sobrevendrá entonces una transformación radical: su descubrimiento del poder: “Poderosos y pecadores –así comienza su apología– son sinónimos en el lenguaje de las Escrituras, porque el poder los llena de orgullo y envidia, les facilita los medios de oprimir y les asegura la impunidad”. Pero, contra lo que podría suponerse, la lucha que emprenderá no significará cambio sustancial en sus premisas ideológicas atadas siempre al imaginario del antiguo régimen: Mier hará de su supuesta nobleza de origen la clave que explica su carácter y sus virtudes para contraponerla a la de sus enemigos. Con esas armas iniciará un largo periplo geográfico e ideológico que lo llevará a posiciones cada vez más alejadas de las originarias, pero que descansa en esa misma y única clave: “el republicanismo de Mier, dice Halperin, nace de su convicción de que el monarca es sencillamente la cabeza de la falsa y maligna jerarquía del poder”⁴.

En 1811, al conocerse el levantamiento de Hidalgo, se trasladó a Londres para apoyar, a través de la prensa, el movimiento independentista. En 1817 participó de la expedición de Francisco Xavier Mina: fue apresado y nuevamente enviado a Europa. Tras la declaración de la independencia (1821) regresó a México y participó de la conspiración republicana contra Iturbide. Otra vez fue detenido. Al caer Iturbide, formó parte de la convención constituyente (1823) como diputado por Nueva León. Entre sus escritos se cuentan *Apología y relaciones de su vida* (1817), *Manifiesto apologético* (1820) y la primera historia de la revolución mexicana titulada *Historia de la Revolución de Nueva España*, de fecha incierta.

La lectura que ensayaremos se quiere estrictamente historiográfica, prescindiendo por lo tanto del juicio sobre la validez del relato en tanto materia propiamente histórica, tal como lo harían especialistas del período en cuestión. Al respecto, sólo diremos que la perspectiva de Halperin difiere sustancialmente de otras versiones en donde Mier es considerado como tenaz pionero e ideólogo del proceso revolucionario mexicano que se abre hacia 1810 con la rebelión

⁴ Halperin anuncia entonces el destino de Mier: “Sólo en el contexto proporcionado por la agonía del orden que la había inspirado podía esa arcaica utopía llevar a la adhesión a la revolución republicana. Ese es el camino que en efecto recorre Mier a partir de 1794, y que hace de este letrado de nueva España uno de los padres del México republicano. Pero el punto de llegada está más lejos del de partida de lo que este esquemático resumen sugiere, y cuando el paladín de la libertad, la víctima de la inquisición, el intransigente republicano que no se inclinó ante Iturbide, eleva su voz para proponer una purificadora quema de libros impíos, no incurre en ninguna inconsecuencia, revela una vez más la coherencia de su entera trayectoria”. He aquí la paradoja: atado pasionalmente a una utopía producto de su imaginación (que en una perspectiva evolutiva se revela como más retrógrada que el régimen colonial contra el cual quiere erigirse), Mier culminará su derrotero adhiriendo a una revolución y en último término a una república que vendría a destruir ese mismo orden bajo un ideario radicalmente diferente, pero que sin embargo lo acogerá como a uno de sus precursores.

de Hidalgo y se cierra en 1824 con la declaración de la República y la llegada a la presidencia de Guadalupe Victoria. En verdad, Halperin no niega tal rótulo, pero si algo es evidente es que la imagen que diseña de Mier se aleja demasiado de la que normalmente se asigna a los héroes fundadores.

Nuestro interés se dirigirá hacia otro problema. En el horizonte de una reflexión en torno al estilo de Halperin nos detendremos exclusivamente en los efectos de sentido que dichos textos despliegan a partir del desafío que proponen a la disciplina: el que refiere a la posibilidad de comprender –en el sentido de hacer inteligible y de subsumir– la vida de Mier en el proceso de su época, es decir de inscribir esa biografía en la historia, lo que a su vez nos permitirá entrever el rasgo distintivo de la narrativa de nuestro autor, aquel que se trasunta en la peculiar tensión entre dos dimensiones heterogéneas: historia social por un lado, e interpretación trágica, por otro. Será necesario entonces detenernos en ciertos momentos de la obra que nos convoca.

II

Un rasgo central del estilo de Halperin es la ironía. La utilización recurrente de ese procedimiento otorga a sus textos un tono único –en ocasiones la realidad se vuelve francamente satírica: he aquí la faceta polemista de Halperin⁵–. Pero lo que debemos subrayar es que la ironía no es sólo un arma retórica, ella es más profundamente uno de los elementos constitutivos de lo que podríamos llamar la visión de la historia que subyace en esta obra. Hilda Sabato y María Teresa Gramuglio han formulado lo que, en nuestro conocimiento, es la primera alusión a la ironía entendida, en este caso, como la poética que estructura la historiografía de Halperin⁶, definición recogida poco más tarde por Carlos Altamirano. En efecto, ese sesgo se hace manifiesto en los casos en que el autor aborda relatos biográficos de letrados e intelectuales, lo cual no es sorprendente si recordamos la definición que Halperin ha dado de éstos⁷, como soberanos de un reino que no es el de este mundo, pero lo cierto es que tal carácter connota buena parte de su producción –se lo experimenta en la caracterización de la suerte corrida por una escuela historiográfica como el revisionismo, o también, para tomar un ejemplo al azar, en las peripecias seguidas por la economía de la Cuba socialista, y los ejemplos podrían multiplicarse ilimitadamente–.

Por su parte, en *La ética picaresca*, Horacio González ha sugerido que en la obra de Halperin se hace manifiesta una particular tensión entre historia social

⁵ Faceta que se trasunta en juicios implacables como aquel que realizara en la revista *Contorno* hacia 1959 cuando examinando el derrotero de la generación del 37 en espejo con la del frondizismo concluía: “No queda sino tributar una mezcla de horror y admiración a estos abnegados defensores del grupo dominante, que aparentan tan bien traicionarlo para ser vilipendiados y perseguidos por él, y hacen todo eso para mejor servirlo...”

y tragedia (tensión que a juicio de este autor, en último término se resuelve mediante la disolución de la última en la primera, es decir del saber trágico –las vidas que actúan fuera de la trama social– en la historia).

En estrecha vinculación con ese punto se vuelve necesario aquí una breve referencia a la complejidad de la escritura de Halperin, una escritura cuya sintaxis parece diseñada para aturdir al lector y en donde se despliegan mecanismos clásicos del discurso de la historia pero llevados a su máxima tensión: la combinación del estilo indirecto con la mimesis, el desplazamiento del sujeto de la acción hacia entidades abstractas que devienen actantes y en ocasiones monopolizan por completo la trama –mecanismo, por lo demás, central para bosquejar un diseño que excede el saber y la voluntad de los actores, es decir para la instauración de la interpretación trágica, etc.–. Dispositivos todos que marcan la singularidad de nuestro historiador y que lo acercan a Max Weber: entre los propósitos y las acciones de los sujetos y el curso del mundo existe un abismo insondable e irremediable, lanzados al teatro de la historia éstos juegan un drama cuyo guión en gran medida desconocen. En suma, los hombres nunca llegan a conocer en verdad sus circunstancias, pero dando otro giro, Halperin nos sugerirá que es más que dudoso que el historiador llegue en efecto a aprehenderlas.

Resta concluir advirtiendo que esta tensión entre historia y tragedia se resuelve las más de las veces en la apatía: desde lejos el historiador observa con mesurada resignación el acontecer de las cosas y deja al lector el juicio final sobre aquello que cuenta, a sabiendas de que el mundo es indescifrable y que ese juicio será imposible: ningún propósito tiene en verdad sentido, y nadie, menos aún los pueblos, aprende de sus errores. De allí ese aire de trágico escepticismo y aun de melancolía que se trasunta en la mayoría de sus relatos y que, como venimos de indicar, alcanza su expresión más acabada cuando se despliega a partir de una historia de vida, porque allí a la presencia del Destino y el con-

⁶ Es interesante citar el párrafo en cuestión. Dicen las autoras: “Si es verdad que en el nivel profundo del trabajo histórico subyace una poética, la de Halperin debe mucho a la ironía, y en esto se aproxima a Borges, cuya provocativa posdata de 1974 de *Recuerdos de Provincia* de Sarmiento tal vez aprobaría. Allí decía Borges: ‘Sarmiento sigue formulando la elección de los argentinos. Si en lugar de canonizar al Martín Fierro hubiéramos canonizado al facundo, otra sería nuestra historia y mejor’ María Teresa Gramuglio e Hilda Sabato, “De la biografía como forma de historia”, en *Punto de Vista*, año IX, n.º 26, abril de 1986.

⁷ En lo que posiblemente sea la única ocasión en que Halperin se dignó a exponer las premisas que guían su trabajo, ofreció la siguiente imagen del intelectual y de su relación con la sociedad: “El intelectual parece entonces como el soberano de un reino que no es este mundo [...] es esa postulación de un orden jerárquico paralelo al político social la que caracteriza entonces al intelectual en su relación con este último. Esa postulación esconde a menudo otra aún más extrema: para el intelectual, la jerarquía que él domina como tal tiene primacía sobre el político-social: en efecto, ésta deriva su legitimidad de la conclusión que el intelectual parece ofrecer para sostenerla, y la invocación de una autoridad distinta y más alta que la de la sociedad se da tanto en Joseph de Maistre como en Rousseau. En ese sentido puede decirse que la función del intelectual es siempre crítica”. Tulio Halperin Donghi, “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica”, en *Revista Mexicana de Sociología*, XLIV, enero-marzo de 1992.

flicto irresoluble se agrega el abandono metafísico que completa el cuadro⁸. He aquí delineados algunos rasgos ineludibles que caracterizan la historiografía de nuestro historiador. En lo que sigue intentaremos examinar algunos momentos en que ese estilo se pone en acto, momentos en que se leen las mejores páginas de historia que se hayan escrito en estas latitudes.

III

Interrogado sobre la importancia que en su obra juega el derrotero de las elites políticas e intelectuales, Halperin ha afirmado con falsa modestia que construir relatos de vida es como hacer historia sin sus dificultades. Pero la verdad es otra, como hemos sugerido ya, la biografía interesa en la medida en que allí se expresa el entramado mismo de la realidad: esa vida puede ser más o menos ejemplar, puede revelar o no una actitud colectiva pero en cualquier caso sólo en ella, en esa singularidad, puede capturarse el curso de la historia.

Tal es la premisa que orienta un conjunto de problemas centrales en la obra de Halperin: el que refiere a las historias de vida de intelectuales y letrados, en particular aquellas que transcurrieron en momentos de crisis y transición entre mundos distantes, cuando lo viejo no había muerto y lo nuevo no acababa de nacer, es decir, vidas marcadas por la soledad y el desamparo.

Esos intereses fueron esbozados a modo de proyecto de estudio en un artículo titulado *Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica*, publicado en 1982, y en buena medida concluidos poco tiempo atrás con la publicación, en septiembre de 2013, de *Letrados y pensadores. El perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*, una recopilación de viejos trabajos reescritos con una llamativa lucidez. Es en el prólogo a ese volumen donde Halperin revela todo lo que ese largo recorrido debe a un texto pionero como fue *La literatura autobiográfica en la Argentina*, fechado en 1962, años aquellos en los que su autor, Adolfo Prieto, sucedió a Halperin en el decanato de nuestra facultad, la que conocemos hoy como Facul-

⁸ Vemos sobre el punto el último párrafo del primer libro publicado por Halperin hacia 1951, *El pensamiento de Echeverría*, que nos permitirá conocer su estilo: “No sólo, entonces, se combate en Echeverría el pensamiento y la acción, hay algo también más hondo que ellos, algo que hace que ambos sean vistos como formas de comportarse, como actitudes que se juzgan en cuanto puros gestos, desprovistos de toda finalidad y de todo propósito, gestos más o menos adecuados a ese revolucionario en literatura y política que se desearía ser. Es esa imagen ideal lo que es preciso salvar por encima de todo. Está ahí, en esa seca deliberación, en esa resistencia a todo generoso abandono lo que quien quiera hacerlo puede llamar la culpa de Echeverría. Quizás sea más justo decir que ése era su límite, un límite que lo encerraba inexorablemente en ese árido mundo de esquemas ideológicos. Porque Echeverría no podrá ya huir de esa estructura por la cual se siente sin embargo oprimido. Ni, a pesar de esa opresión, se lo propondrá jamás seriamente. Este universo sin aire será para siempre el suyo y el llamado a la realidad, que es el rasgo más constante del pensador a la vez que del poeta, habrá de señalar la relación tensa y ambigua –esperanza y desesperación– que lo liga con ese mundo que se ha construido, pues es a veces trasunto de opresión y angustia que nacen de esas criaturas descarnadas, a veces afirmación insolente de que esas imágenes sin vida son más reales que la realidad misma”.

tad de Humanidades y Artes de Rosario, entonces Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral. Años que para muchos fueron una edad de oro en lo que atañe a la producción e investigación académica, años en fin que convendría recordar, pero no bajo la nostalgia sino como fuente de inspiración para imaginar de otros modos el futuro de la Universidad y el destino de las humanidades.

Si nos detenemos en el análisis de algunos mecanismos recurrentes que atraviesan el género biográfico advertiremos que en principio el historiador confunde su voz con la de su personaje. A esa primera duplicación se sucede otra: la que remite a la racionalidad de la historia, de modo que lo que se constata es una colisión entre la historia de vida y la lógica del proceso en la que esa vida transcurre. El historiador, siguiendo las reglas que definen a la disciplina, buscará la confluencia entre ambas dimensiones, pero el resultado es muchas veces una neutralización recíproca. Si por momentos el proceso subsume a lo singular (y de ese modo el gesto parece ajustarse a las normas), en otras circunstancias es la historia de vida la que impregna el relato histórico, lo que equivale a decir que en la tortuosa relación que se establece entre el héroe y su mundo, éste no funciona como principio último de inteligibilidad. He aquí los rasgos básicos de la tensión que, en este caso, se da entre biografía, tragedia e historia en Halperin.

Sin duda, en un marco general, la historia en última instancia impone su lógica: integra la biografía en el curso del mundo y disuelve los resabios del relato trágico. Pero no siempre es así: en un artículo publicado inicialmente en “El letrado colonial como inventor de mitos revolucionarios: Fray Servando Teresa de Mier a través de sus escritos autobiográficos” –aquel fraile que inspirara *El mundo alucinante* de Reinaldo Arenas, que hemos utilizado a modo de epígrafe–, Halperin franquea el límite: su visión del tortuoso derrotero de ese letrado a la vez “atípico” y “ejemplar”, padre inesperado del México republicano, se acerca más a la tragedia que a la historia. Como veremos, el modo como Halperin narra el triunfo final del héroe luego de una vida de persecuciones y sufrimientos supone una lógica infalible que orienta el proceso. En suma, nos encontramos con un escrito fuera de los cánones de la disciplina, pero que en su excepcionalidad pone en evidencia un rasgo típico que subyace implícito en la mirada de Halperin: el verdadero sujeto de la ironía no es el personaje sino el Destino mismo.

Detengámonos entonces un momento en esta primera lectura de Fray Servando Teresa de Mier. Como señaláramos en el resumen biográfico inicial, la imagen que se nos transmite es la de un personaje que en términos actuales calificaríamos como un oportunista, a la vez que como un delirante. La primera caracterización nos da el Mier inventor de mitos revolucionarios. Pero ella se complica con la segunda, a la que Halperin vuelve una y otra vez acentuando el sesgo quijotesco de su héroe. Allí se encuentra Mier dotado de un inexorable desconocimiento del contexto donde su vida transcurre: sus acciones difícil-

mente puedan concebirse como racionales. Son, por el contrario, las pasiones las que signan su vida –en primer lugar el honor–. Tal el drama que le toca vivir: una lucha desesperada contra todas las adversidades por defender ese honor que identifica con su vida misma. El cuadro trazado bascula así entre dos posiciones: el rasgo oportunista favorece la inscripción del relato dentro de los marcos de la disciplina histórica, pero el segundo carácter nos habla más bien de una vida que actúa fuera de la trama social.

A esa primera duplicación se agrega otras que ya hemos mencionado, en primer término, rasgo de estilo, la capacidad del autor para mimetizarse, es decir para esfumarse en sus textos aboliendo toda mediación, de donde resulta que nunca sabemos fehacientemente quién habla, si el historiador, sus personajes, o la historia misma. En segundo lugar, observamos una duplicación en torno al sentido último de la historia, un choque entre la lógica de la acción del sujeto –la historia de vida– y la racionalidad del proceso histórico.

Examinemos ahora con cierto detalle los últimos párrafos del escrito. Normalmente es en este momento cuando la historia impone su lógica, integra la biografía y disuelve los resabios del relato trágico. Eso es precisamente lo que no ocurrirá:

... Fue la obstinada reivindicación de su lugar en una sociedad mexicana inventada por una imaginación más nostálgica que revolucionaria la que lo mantuvo en la brega. Gracias a esa obstinación aparentemente aberrante, Fray Servando concluyó por no ser un fracasado: sus últimos años transcurrieron en el Palacio Nacional, donde lo alojó la Nueva República que había contribuido a fundar, el viejo Palacio de los virreyes, sede de la máxima jerarquía en el orden maligno del poder se redime ofreciéndose como marco a la victoria del paladín del orden rival. Allí muere Mier una solemne, aparatosa, edificante muerte barroca; su extremaunción es –como la de un soberano de esa edad al parecer no del todo abolida– un acto público. El convento de Santo Domingo, en el que tanto ha sufrido a manos de sus perseguidores, se honra en acoger sus restos, llevados allí en triunfo por una vasta procesión. He aquí como la República cumple por fin la promesa que bajo el antiguo régimen había sido necesariamente mentirosa: el honor es por fin (pero tan tarde) el reconocimiento público del linaje, la virtud, el ingenio.

Triunfo simbólico, es decir triunfo vacío. La apoteosis de Fray Servando que parece proclamar la restauración de un orden jerárquico basado en superioridades legítimas, sólo le llega cuando ha renunciado a participar en el gobierno de la nueva República. Y, mientras allí agoniza en el Palacio de los Virreyes, quien desde allí intenta como puede llenar el inmenso vacío dejado por la ausencia de éstos es Guadalupe Victoria; el que fue tenaz insurgente (y cuyo *nom de guerre*, retenido a la hora de la paz, confirma también el póstumamente éxito del “ingenioso artificio” propuesto por Mier en 1794) debe para ello reanudar los hilos de ese otro orden de iniquidad cuyo abolición definitiva el triunfo de

Mier proclamaba –como se ve– falsamente. Al lado del viejo guerrillero trocado en presidente, la condesa de Regla, heredera –en el más literal de los sentidos– de esa edad de plata que fue el apogeo de la Nueva España, es algo más que un símbolo de esa otra continuidad más discreta pero más sustancial que la que Fray Servando ha mantenido, gracias a su lealtad inquebrantable a una cierta imagen de sí mismo, entre el antiguo orden en cuyo marco esa imagen se había forjado y el nuevo que –según apasionadamente quería creer– había surgido para realizarla.

En principio advertimos un desplazamiento hacia la mimesis irónica que remite al mecanismo de duplicación señalado antes, al tiempo que se enumeran una serie de eventos que, otra vez, ponen de manifiesto el éxito de Mier, pero que en verdad no lo explican. Nos encontramos frente a entidades (Nueva República, Palacio de los Virreyes, Convento de Santo Domingo, república), que se vuelven actantes y monopolizan la acción. En esa instancia, Fray Servando padece todos los acontecimientos para actuar un solo: su propia muerte. Tal desplazamiento transmite la idea de un designio que excede la voluntad y saber del actor: Mier es tan sólo espectador de un drama que lo trasciende. Tono y argumento concuerdan, se trata, a no dudarlo, de un destino irónico. Pero es necesario remarcar que el verdadero sujeto de la ironía es el Destino mismo; en última instancia se verá que la República no abolirá “ese orden de iniquidad” que el triunfo del religioso parecía proclamar. Otra torsión más de Halperin, de donde puede concluirse que la de Mier es una vida rectamente equivocada.

Entramos ya en el último párrafo. De manera tortuosa Halperin nos anuncia que los revolucionarios deben cohabitar con quienes habían sido sostenes del antiguo régimen, pero lejos de la descripción de un proceso permanecemos en una instancia en la que prima la persuasión narrativa. Guadalupe Victoria y la Condesa de Regla representan a su modo la revolución y la continuidad que subyace, pero Halperin no muestra interés alguno en acentuar tales aspectos que, desplegados, remitirían a procesos sociales o políticos: el esfuerzo está puesto en que permanezcan literalmente como personajes de una intriga –un guerrillero y una condesa–. Se pone aquí en evidencia el otro mecanismo de duplicación señalado: la muerte de Mier se inscribe en la época, pero de manera anómala, porque lo cierto es que la revolución se lee a través de aquellos rasgos que constituían el mundo de Mier, y por una vez se transcribe una fecha –1794– que es precisamente el momento clave de aquella vida. Ese movimiento se complementa en el último pasaje en el que se advierte que la historia vuelve a ofrecer una forma de inteligibilidad que es inmediatamente neutralizada por la remisión al personaje y sus pasiones: la continuidad que la Condesa de Regla expresa no es exactamente la que corresponde a nuestro religioso. En otras palabras, no es tanto miembro de una clase social, ni tampoco como miembro del grupo de letrados coloniales que Mier obtiene su consagración póstuma, sino gracias a sus pasiones.

De lo dicho puede concluirse que la tensión entre historia de vida e historia que atraviesa todo el texto que estamos analizando permanece como tal, sin resolución. Al mismo tiempo, se pone en evidencia que si el postrer triunfo de Mier puede concebirse como “efecto”, las causas permanecen más bien en tinieblas. En ese sentido, más que causas o razones, hay azar. Claro que ese azar se inscribe en última instancia en la necesidad. Lo que ocurre aquí es que ella no se impone por las convenciones del discurso histórico sino a partir de una mirada irónica que induce la idea de un destino. Como señaláramos antes, tal mirada produce un efecto disolvente donde todo –Mier, pero también la misma historia mexicana– se vuelve vacuo y patético porque se prefigura una lógica inasible que rige, a su antojo, el entero proceso. Por otro, ella parece atrapar también al narrador, de modo que si el historiador conoce lo que necesariamente aconteció en esa coyuntura, las razones profundas permanecen insondables también para él. La razón está escondida: los hombres hacen la historia pero nadie sabe exactamente qué historia están haciendo.

IV

Es interesante señalar que en la compilación *Letrados y pensadores*, ese viejo escrito se reproduce pero con un título diferente, “Fray Servando, precursor, mártir y triunfador glorioso”, una rápida ojeada permite advertir que el objeto es el mismo, contarnos el recorrido de una vida que se cierra con un triunfo “que hubiera sido impensable unos años antes y volvería a ser imposible unos años después”, y que las modificaciones parecen menores pero se revelan sustanciales: si en la primera versión de Fray Servando, el historiador exacerbaba la perspectiva quijotesca, en esta segunda lectura va a moderar paulatinamente aquella dimensión hasta casi extinguirla. Consecuentemente toma distancia de la versión alucinante que había ofrecido Reinaldo Arenas en su relato, inmerso en el realismo mágico de los años sesenta (libro del que no se había hecho referencia alguna hasta ese momento), al tiempo que pone de relieve todo lo que el personaje tiene de perspicaz para intuir las transformaciones del mundo que le toca, incluso para preverlas. Por esa razón se detendrá en aquellos pasajes que Servando dedicó a relatar sus impresiones sobre las poblaciones que le tocó en suerte visitar en su largo vagabundeo, porque en ellas nos indica, se refleja su “capacidad de desplegar una curiosidad desinteresada e inteligente” como cuando ofrece un cuadro necesariamente corrosivo, de los Grandes de España, sus hijas y esposas. En ese mismo registro, y a contramano de sus contemporáneos, Mier ofrece una descripción negativa de las ciudades europeas, por su suciedad, entre ellas Madrid, comparándolas con las del nuevo continente. Sobre esas mismas latitudes, Halperin examina detenidamente un pasaje de las *Memorias* en torno a su paso por Cataluña, en donde Mier recuerda una anécdota domés-

tica que permite entrever un mundo guiado por relaciones mercantiles que desafiaría el orden de armonías naturales en donde se supone anida la monarquía, así como del tipo humano catalán, marcado por la avaricia, que los lleva a beber vino en bota con el objeto de economizarlo –temas que previsiblemente hacen las delicias de Halperin al tiempo que nos permiten observar su propia maestría para hacer de este conjunto de fuentes un fresco donde el contexto histórico, aquel mundo trastornado de fines del siglo XVIII y principios del XIX, se lee indiciariamente, es decir siguiendo el modo como éste incide sobre el actor. De allí que como en otros casos, el mundo de Mier no preexiste, se va diseñando en el mismo recorrido del personaje⁹. Así las cosas, el tono se hará reflexivo, Halperin dialogará con otros historiadores, sostendrá casi siempre la tercera persona para narrar el derrotero del actor, recordará su amistad con figuras célebres como Lucas Alamán o Simón Rodríguez, se detendrá en su adhesión al jansenismo para, por último, elogiar sin reparos la lucidez que mostró Mier en el último momento de su carrera política para proyectar su lugar en el México republicano, al modo de lo que mucho más tarde se llamaría *power broker* –todos movimientos que logran estabilizar ese recorrido y que responden a los requisitos clásicos de un texto académico: la biografía se inscribe en la historia que funcionará entonces como criterio último de inteligibilidad–.

Veamos otra vez los últimos párrafos de esta segunda versión de Mier en donde Halperin elimina aquellos pasajes de la versión original, transcritos más arriba, en que se mimetizaba con su personaje y exacerbando el barroquismo de su prosa nos contaba la barroca muerte de Mier (al tiempo que neutraliza aquellos mecanismos que inducen la lectura trágica, ya observados, como el predominio de la voz pasiva o la proliferación de entidades abstractas que juegan la acción):

El 16 de noviembre abrió su etapa de agonía una pública ceremonia en que las pompas que bajo el antiguo régimen solían acompañar la agonía de un soberano se mezclaba sin fundirse con los usos del naciente orden. A sugerencia de Fray Servando, el presidente Guadalupe Victoria dispuso que abriera la ceremonia el traslado del viático desde la parroquia de Santa Veracruz hasta las puertas del Palacio Nacional por el canónigo Ramos Arizpe, cabeza de una procesión integrada por una compañía de infantería y acompañada por los cuerpos musicales de la guarnición capitalina. En la puerta de honor del palacio lo esperaban, postrados de hinojos, el presidente Guadalupe Victoria, su vicepresidente y todos sus ministros, pero lo esperaba también Fray Servando, que había decidido recibir los santos óleos de cara al público reunido en la

⁹ Si evocamos el trabajo más minucioso que Halperin haya dedicado a la figura de un letrado, *José Hernández y sus mundos* (1985), estudio pionero sobre el periodismo y la opinión pública en la segunda mitad del XIX, podrá observarse que, además el proceso de desmitificación que emprende el historiador, la riqueza del libro radica en que es posible seguir las trayectorias complejas que fueron enhebrando la construcción del estado nacional pero, como decimos en el texto, de manera indiciaria, es decir a través del impacto que ese proceso tuvo sobre el derrotero de ese personaje único, el autor del *Martín Fierro*.

Plaza Mayor, en el cual formaban sus amigos a los cuales había enviado el día anterior formales tarjetas de invitación. Una vez recibido el viático, dirigió a los presentes la última de sus arengas, que según el periódico de sus adversarios de la facción yorkina, consistió en “una larga exhortación no a que el auditorio hiciera penitencia, sino a que se sublevara en una guerra civil”, en que las alusiones que nos han llegado acerca de su contenido sugieren que retomaba en una vena más desesperanzada motivos ya presentes en el Discurso de las Profecías.

Como se observa, Halperin conserva intacta su apreciación sobre Mier, quien, como puede leerse, alcanzó a preparar la escena de su propia extremaunción (luego de haber asignado como diputado una pensión vitalicia a un tal José Guerra, autor de la *Historia de la revolución de la Nueva España*, que resultó no ser otro que un seudónimo del propio Mier), sólo que ahora ha colocado el relato dentro de las convenciones del género histórico.

Este movimiento, central en nuestro argumento, se consolida de inmediato cuando el historiador se pregunta “¿por qué el lector de estas crónicas se queda con la impresión de haber asistido a una comedia? El mismo Halperin responde: “En parte porque lo es, en el más antiguo sentido del término: es un desenlace feliz que logra cortar a la vez los muchos nudos hasta entonces rebeldes a todas las tentativas de desatarlos. Pero también porque fue imaginada y dirigida por el mismo Fray Servando como un espectáculo destinado a inculcar en los que lo presenciaban la noción de que los honores que sobre él se volcaban [...] eran de veras lo que siempre hubieran debido ser: el reconocimiento público del lugar eminente que su linaje, su virtud y su ingenio habían dado a quien los recibía el derecho a ocupar en un orden social y político cuyas jerarquías reflejaban por fin las introducidas por la providencia en el de la naturaleza”.

En efecto, la República hará realidad aquel viejo ideario de virtudes y jerarquías naturales inmerso en el antiguo régimen: en “Fray Servando, precursor y mártir”, Halperin nos ha contado lo mismo que en “El letrado colonial como inventor de mitos revolucionarios: Fray Servando Teresa de Mier a través de sus escritos biográficos”, pero ha mostrado, no obstante, dos desenlaces bien diferentes, en el primer caso hemos sugerido una confusión entre historia y tragedia, en el segundo, es el propio autor quien coloca su relato en el registro de la comedia. Y esto es así, porque ahora Mier es el sujeto de la acción, es el héroe que luego de un largo batallar va sorteando los obstáculos que las fuerzas de la historia le ponen en su camino. Mier vence al destino para terminar su vida en gloria –en un triunfo que sin embargo será, como tantas otras veces en Halperin, tardío–.

En otras palabras, en este segundo escrito, Halperin vuelve sobre sus pasos y ubica el texto dentro de las fronteras de la historia social, aunque también en este caso nos queda como resaca la extraña convicción de que si retrospectivamente el historiador conoce lo que ocurrió en esa historia las razones profundas permanecen insondables también para él. De todas maneras, en uno y

otro abordaje nos encontramos frente a verdaderas obras maestras del género biográfico que al contraponerlas nos permiten observar lo que a nuestro juicio es uno de los rasgos decisivo del modo de escribir la historia de nuestro autor.

En efecto, en esa articulación tan compleja entre el héroe y su mundo, en ese equilibrio inestable y ambiguo se lee el estilo de Halperin, una escritura que no es una forma para contenidos que subyacen, sino el sentido mismo producido por la operación historiográfica. En líneas generales, ese estilo transmite una mirada muy específica en donde el relato histórico se ve las más de las veces surcado por categorías inspiradas en la tragedia. Es ese movimiento el que la disciplina no puede dejar de advertir, al tiempo que muestra tantas dificultades por aprehender: *Revolución y Guerra* se llama en inglés: *Politics, Economics and Society in Revolutionary Period* (1975), traducción que resume todo el problema que plantea la historiografía que nos convoca. Quizás la clave que explique la diferencia de Halperin, su superioridad, radique en un modo de trabajo con el pasado que si bien apela al arsenal de las ciencias sociales, sus instrumentos y procedimientos, supone en último término una comprensión de la historia como drama¹⁰. Es en este segundo momento donde anida la riqueza de la obra. Porque al enfrentar el acontecimiento –en este caso la revolución mexicana en el marco de la hispanoamericana– y hacer visible el atolladero existencial de sus participantes, sus tribulaciones, sus alucinaciones, el peso de las decisiones que se vieron obligados a asumir dentro de esa constelación (que ahora se revela en su singularidad), Halperin socava aquella perspectiva que orienta la lectura del entero proceso como despliegue de un sentido, es decir de una necesidad subyacente, y de ese modo neutraliza el sesgo historicista de la propia historia social.

Como en tantos otros casos, también en su versión de Fray Servando se observa que el barroquismo es el medio a través del cual la narración pone en escena el tiempo o los tiempos en los que esa historia se realiza –una elaboración poética que persigue y representa la historicidad. Tal la experiencia que atraviesan sus lectores, la que nos lleva al límite entre contingencia y necesidad, entre el destino y la historia, la que hace en suma, que al concluir la lectura y cerrar el libro ya no seamos los mismos. Es este uno entre tantos otros rasgos que marcan la diferencia de Halperin, aquello que nos convoca hoy a rendirle homenaje y que nos obligan a reiterar que estamos frente a uno de los más grandes historiadores del siglo XX, y sin dudas el primer historiador argentino.

¹⁰ Por esa misma razón, si nos desplazamos hacia otras dimensiones de la obra de Halperin, en este caso la historia contemporánea de nuestro país, veremos que es esa misma conjunción entre historia y drama la que hace que *La Larga agonía* no sea meramente la del Estado de Bienestar sino precisamente de la *Argentina peronista*. Al respecto puede consultarse Horacio González, “Culpa y escarnio. Cómo habla la historia en el terror”, en Roy Hora y Javier Trimboli (compiladores) *Discutir a Halperin*, El cielo por asalto, 1997

Nota. El lector interesado en conocer las referencias precisas de los textos que utilizamos encontrará al final del libro de Roy Hora y Javier Trímboli, *Discutir a Halperin* (El cielo por asalto, 1997), un pormenorizado detalle de todas sus publicaciones desde 1951 hasta 1997. ■

MI PROFESOR DE BERKELEY

Gracias a los organizadores por la invitación, que debo decir que me honra y me distingue. Antes que nada quiero decir que me parece importante que la Biblioteca Nacional haya dado este espacio para homenajear a Tulio Halperín. En particular teniendo en cuenta que la muerte de Tulio se dio en un contexto en el que la historiografía en la Argentina está en disputa y que en esa disputa la figura de Halperín fue señalada por algunos como el mejor exponente –sino el líder– de una corriente supuestamente “liberal” frente a una historia “revisionista” que desde ciertos sectores se pretende escribir. Y en la medida en que la Biblioteca fue uno de esos espacios en que se reprodujeron estas antinomias, me parece doblemente saludable que se haya hecho lugar para este homenaje y que en él se haya incluido, junto a algunos que seguramente no están en la misma vereda ideológica o historiográfica de Tulio, a muchos de los que somos o nos sentimos herederos de la impronta halperiniana (que dicho sea de paso, negamos que tenga nada que ver con la tradición liberal que se le imputa).

Decía que me honra y me distingue la invitación a esta mesa de cierre –que en sus inicios, cuando se me formuló la invitación era de cierre sin más y cuando se me envió el programa descubrí con sorpresa que tenía un título y un tema– ya que entiendo se me hizo no por ser un especialista en alguno de los temas clásicamente halperinianos, sino más bien por el hecho de haber sido uno de los discípulos de Tulio, dicho esto entre comillas para que nadie piense que estoy afirmando la existencia de algo que ha sido puesto en duda tantas veces en los últimos meses en el marco de estas conmemoraciones. Es en tal sentido entonces que pensé mi intervención de esta tarde. Estoy aquí, por así decirlo,

¹ CONICET – Universidad Nacional de San Martín.

en representación de los que estudiamos con él en Berkeley y en tal carácter enfocaré mis palabras de hoy, esperando no traicionar ni decepcionar a otros que comparten conmigo esa condición. En todo caso, queda claro que lo que diga será el producto de mi experiencia personal de ese discipulaje, que no es necesariamente transferible ni generalizable.

Con esto no persigo colocarme en un lugar de distinción, por encima de ningún otro relato, ni pretender que, por la proximidad que tuve con él, primero cotidianamente, durante tres años en Berkeley y luego anualmente en sus visitas a Buenos Aires, lo que diga valga más ni sea más verdadero ni certero que los de otros que lo frecuentaron menos o aún sólo lo conocieron a la distancia, leyendo sus libros y asistiendo a sus conferencias. Todo lo contrario. A veces las perspectivas más cercanas no son las más reveladoras y muchas veces nos impiden ver el bosque que sólo perciben miradas más lejanas. Pero lo que sí me provee mi experiencia cercana de Tulio es la posibilidad de adoptar un registro un poco diferente, algo que es particularmente bienvenido en estos días en que, pasados ya varios meses de su muerte, se ha dicho prácticamente todo sobre su vida, obra y legado y es casi imposible encontrar algo nuevo sobre lo cual pronunciarse. Es por eso entonces –casi por conveniencia propia– que elijo este registro si se quiere más personal, que a la vez que me permite aspirar a alguna cuota de originalidad me libra de la tarea siempre difícil de ensayar ante colegas que respeto y en muchos casos admiro alguna idea original sobre alguien que además ha tenido tanto peso en mi carrera y sobre el cual no he podido hasta la fecha pronunciar palabra.

En cuanto al tema de la mesa “Halperín: el estilo como método” –tema sobre el que, insisto, me enteré me temo demasiado tarde– quiero decir al menos una cosa: estoy de acuerdo. O en otras palabras: que participo, junto a otros muchos que así ya lo han expresado tanto antes como especialmente en estas conmemoraciones, que más que un método (y aún menos un marco teórico, sino en todo caso una particular síntesis de muchos) lo que caracterizó sus obras fue un estilo (de mirar, problematizar y contextualizar coyunturas políticas y económicas concretas) y sobre todo un estilo de escritura. Y puedo agregar para apuntalarlo una anécdota personal. Cuando cursaba el final de la carrera en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA allá por el año 1987 u 88 tomé como uno de los seminarios finales uno que dictaba una joven (o más joven) Hilda Sabato, sobre la entonces llamada “nueva historia política”. Con carácter entre metodológico e historiográfico, el seminario discutía algunos textos ya clásicos de representantes de esa corriente historiográfica (como *El orden conservador* de Botana o *Revolución y Guerra*, de Halperín) y exigía como trabajo final una monografía en la que los alumnos teníamos que ponernos en la piel de alguno de los autores incluidos en el programa y analizar algún hecho histórico “a la manera de” alguno de ellos. Y recuerdo que el mío fue un análisis de las últimas elecciones del Centro de Estudiantes de Filosofía, que escribí “a la manera de”

uno de esos autores –que no fue necesario identificar, ya que lo firmé a modo de chiste con el seudónimo de “Juan Manuelín Donghi”– y que esencialmente consistía en estudiar esa lucha electoral en un complicado texto lleno de salvedades, guiones y subordinadas que se sucedían sin solución de continuidad. En otras palabras, que ya en ese entonces había entendido que si había algo que estaba en el centro del método de Halperín –y si había algo pasible de ser imitado– era su complicado estilo de escritura.

Tulio mirado desde cerca

Comencé a frecuentar a Tulio Halperín cuando él ya era una verdadera celebridad. Yo había llegado a Berkeley a hacer mi doctorado bajo su dirección en julio de 1990 luego de un proceso de admisión que él seguramente ayudó a balancear a mi favor gracias a una enfática recomendación de Hilda Sabato, en cuya cátedra de Argentina II yo trabajaba como ayudante-alumno desde hacía un tiempo. De hecho –como queda claro en la anécdota que acabo de contar– yo conocía a Tulio desde antes, aunque de lejos, a través de la lectura de su *Historia Contemporánea América Latina, Revolución y Guerra* y *Una nación para el desierto argentino*, así como por haber asistido a muchas de las conferencias que daba en Buenos Aires en las que ya eran sus tradicionales visitas anuales. Una en particular será difícil que la olvide nunca, porque fue mi bochornoso debut con él, aunque él nunca lo supo ni creo nadie –salvo yo– recuerde. Habrá sido en 1986, en la sede de la Facultad de Filosofía y Letras, entonces sita en Marcelo T. de Alvear y Uriburu, cuando al final de la charla y a la hora de las preguntas –y en medio de un largo silencio seguramente provocado por el pavor de dirigirse al gran maestro– se me ocurrió hacerme cargo de él haciéndole una, con la sola intención de preguntarle algo y, seguramente, de hacerme notar. La pregunta –cuyo contenido no recuerdo pero la respuesta sí– era evidentemente retórica y él la despachó con un simple: “si usted me está preguntando si estoy de acuerdo con algo que acabo de decir la respuesta es sí”, cosa que me hizo sonrojar y enmudecer para siempre.

Recuerdo que en esos años, entre mis compañeros de la carrera existía un debate entre los que decían que escribía demasiado bien y los que argumentaban con la misma seriedad que en realidad era genial pero escribía mal (y todo esto documentado con citas de sus frases eternas, sus oraciones-párrafos, permanentemente interrumpidos por comas y largos entreguionados). Había también quien decía haber encontrado la fórmula de leer sus párrafos “por capas”, una vez dejando de lado todos los guiones y disgresiones para captar la idea central y una segunda para enriquecerse con las complejidades o jugosos detalles. Con el tiempo y luego de años de conocerlo y frecuentarlo, descubrí creo la respuesta a ese enigma. Tulio escribía como hablaba. Y hablaba como

pensaba. Y el ritmo de su pensamiento era apabullante. Rápido, veloz, complejo, él mismo lleno de subordinadas y guiones que iba abriendo a su paso, pero que luego cerraba prolijamente, una a una. Era entonces como si el *timing* del lenguaje –y en particular, del lenguaje escrito– no estuviera a la altura de tanto vértigo y fuera incapaz de contener esa avalancha de ideas, que al mismo tiempo que se expresaban generaban otras nuevas y encontraban elementos para la puesta en cuestión de las primeras. Y más allá del dilema sobre su buena o mala escritura, eso planteaba siempre uno al lector, ya que sus disgresiones –que incluían tanto su crítica preventiva a lo que él mismo iba argumentando, los matices que iba encontrando mientras lo decía, como un rosario interminable de anécdotas– no eran necesariamente algo subsidiario o meras calificaciones, sino que muchas veces eran tanto o más interesantes y reveladoras que su relato supuestamente principal.

Cuando llegué a Berkeley, pude conocer de cerca la vida cotidiana de Halperín, en lo que para mí era sólo una de las siete maravillas del mundo a las que me había permitido asomarme la aceptación en la universidad. Ver a Halperín, tocarlo, saludarlo “hasta mañana”, compartir con él caminatas por el campus y cafés en sus alrededores, hablar de todas las cosas posibles y también de su vida personal, ser su alumno en los cursos del doctorado, su ayudante en los de grado, y su recomendado en las cartas para las becas a las que me presentaba, era para mí sencillamente tocar el cielo con las manos.

Uno de esos placeres era escuchar sus clases teóricas a las que yo asistía como su ayudante en el curso “History 8B”, de Historia Contemporánea de América Latina. El dictaba esas clases de grado con la misma pasión y dedicación que lo hacía en universidades argentinas o que daba una conferencia sobre cualquier tema ante colegas y pares, divirtiéndose con sus propias ocurrencias, anécdotas y disgresiones como si estuviera efectivamente ante un auditorio que pudiera apreciarlas siquiera parcialmente.

Debo confesar que cuando asistía a esas clases me hacía una pregunta recurrente (¿Qué hacía Tulio en Berkeley?) y me asaltaban toda clase de pensamientos políticamente incorrectos como que era un desperdicio que toda esa genialidad que desplegaba en cada clase cayera en los oídos sordos de esos bebedores seriales de cerveza que no tenían ninguna chance de entenderlo. Para colmo de males, Tulio tenía un inglés doblemente terrible. Por un lado –y esto era lo de menos– por su pronunciación tosca, que nunca supo pulir a pesar de los años que pasó en ese país. Pero por el otro, porque el lenguaje que hablaba era un lenguaje casi desconocido del habla coloquial y, ni que hablar, para los jóvenes recién referidos. Por fin, el idioma de Tulio era para esos chicos de imposible comprensión porque el inglés en el que hablaba era igual al castellano, casi en traducción literal, dando rienda suelta a su aparentemente ingobernable catarata de subordinadas y derroche de ironías sólo comprensibles para quien tuviera una buena cuota de lecturas en su haber, además de

la capacidad de seguir sostenidamente y todo a lo largo la lógica sintáctica de cada larga frase.

Un día sorprendió a uno de ellos (y al resto de los que estábamos en la clase) cuando no se sabe si por picardía o de pura inocencia interrumpió su clase para hacerle una pregunta totalmente fuera de contexto. No recuerdo sobre qué versaba ese día su teórico pero este alumno le preguntó algo específico sobre el Paraguay, país que Tulio rara vez citaba o tomaba como ejemplo en sus cursos. Luego de un pequeño silencio y sin inmutarse, Tulio dijo “lo del Paraguay es verdaderamente interesante...” frase que introdujo una clase magistral de una hora sobre ese país, desde tiempos coloniales hasta Stroessner.

¿Qué hacía Tulio en Berkeley? La pregunta me conduce a un rasgo de él que quisiera resaltar, no para introducir en este homenaje una nota oscura, pero sí para remarcar algo que a mí se me hacía demasiado evidente desde el primer momento que lo conocí en su ambiente. Me refiero a la soledad de Halperín. Desde su muerte y a medida que fue pasando el tiempo y comencé a pensarlo más a la distancia, ese fue un rasgo que se me fue haciendo cada vez más evidente y quizás hasta ahora no distinguía bien o no podía poner en palabras. Y ahora no puedo evitar recordarlo como un hombre solo o que conservó siempre un componente importante de soledad, en particular pero no exclusivamente en su vida californiana.

Y digo esto último porque creo que parte de esa soledad no era circunstancial sino, si se me permite, esencial. Era algo así como la soledad del genio, de alguien que ya sea por su excepcional erudición, por su inteligencia extraordinaria, por su agudeza sin par o por una combinación de todo eso, no encuentra fácilmente interlocutores para compartir sus experiencias u observaciones de la realidad y debe por lo tanto procesarlas en soledad o compartirlas con el resto pero sólo hasta cierto punto. Él sencillamente hablaba otro idioma, escuchaba otras notas, percibía otros colores, otras dimensiones de la realidad –incluido el pasado– que al resto de los mortales nos estaba vedado y a la que sólo podíamos acceder por vía indirecta. Dueño de una de esas inteligencias que meten miedo –y que enmudecía al más pintado, por temor a decir algo obvio o demasiado trillado– cuando uno conversaba con él sobre el tema que fuera siempre estaba esperando un comentario sorprendente, algo en lo que uno sencillamente no había pensado. Y era esa extraordinaria capacidad de percibir dimensiones diferentes de las cosas la que a mi modo de ver lo dejaba bastante solo a la hora de compartir sus ideas.

La segunda soledad de la que hablo es más circunstancial o histórica, pero que en el caso de Tulio se convirtió con el tiempo también en rasgo estructural. Me refiero a la soledad del exilio, que no por voluntario en su origen, dejó de ser en su caso un exilio como el de tantos otros en la historia de nuestro país, con su combinación de incertidumbres, costos afectivos y nostalgias eternas. Tulio no dejó nunca de ser un porteño deportado en Berkeley, colgado de la edición

semanal impresa del diario *La Nación* primero, del internet y el mail con sus amigos y colegas en Buenos Aires después, y siempre pendiente y alerta de las últimas novedades de la Argentina. No de otra manera podía él estar más informado que cualquiera de nosotros que vivíamos acá sobre la realidad argentina. Eso explica también su avidez por dedicar casi todas las noches de sus estadias bimestrales de cada año en la Argentina a cenas en casas de amigos y colegas (y discípulos) para departir con ellos y sacarle punta al chisme con el que él luego construía una impresión de la actualidad Argentina seguramente más sofisticada que la de que éramos capaces cualquiera de nosotros.

¿Qué hacía Tulio en Berkeley? Y para ir más lejos y hacerme una pregunta que Tulio seguramente no me perdonaría y descalificaría aquí mismo con su típica sonrisita burlona ¿qué clase de país es éste que se da el lujo de seguir exportando a sus mentes más agudas y, por lo tanto, de prescindir de ellos como si no los necesitáramos? La soledad de Tulio en Berkeley –de la que él nunca habló, al menos no en estos términos, porque era un caballero, que no se regodeaba en la autocompasión– es una metáfora me temo demasiado común de nuestra Argentina contemporánea.

Tulio, el maestro

En los últimos meses he oído decir en más de una oportunidad que Tulio no tuvo discípulos y –particularmente en boca de uno de ellos, Mariano Plotkin– asegurar que él no tuvo un rol de “padre” para ninguno de nosotros, en buena medida porque no quiso ponerse nunca en ese lugar.

Yo entiendo lo que quiere decir Mariano con eso y comparto buena parte de su impresión, en particular porque Tulio no se sintió nunca un maestro, ni intentó “crear escuela” (en el sentido de imponer sus puntos de vista ni sus formas de abordar el pasado), aunque tengo mis dudas de si eso fue por libre elección o porque sencillamente su forma de ser, de pensar el presente y el pasado, tan sistemáticamente crítico como era con sus propias ideas, le permitía ser todo lo asertivo y propositivo como a veces se necesita de un director o de un maestro.

Pero también quiero calificar un poco esa impresión y proponer que, en algunos sentidos, Tulio sí fue un poco “padre” y un poco maestro y que nosotros (Mariano, Diego Armus, Elías Paltí, yo, entre otros) somos también un poco sus discípulos y que no debemos sonrojarnos por ello ni pensar que por eso estamos jactándonos de un estatus especial. En verdad, yo no creo ser ni sentirme –como supongo tampoco ninguno de los nombrados– un “discípulo” de Tulio en el sentido clásico de haber heredado y continuado su forma de hacer historia ni –para mencionar otra vez el tema de la mesa– su estilo, que vuelvo a coincidir era único e inimitable. Creo además que la experiencia de estudiar con Halperín (y escribir una tesis bajo su dirección) se pareció muy poco a lo

que sugiere al sentido común esa relación. En verdad no se estudiaba “con” Halperín sino más bien “al lado” de Halperín, tomando de él lo que nos daba a cada paso –en una charla de café, en sus horas de oficina, caminando por el campus–, que raramente era una indicación directa sobre un camino a seguir con la investigación, mucho menos un tema, sino un comentario que generalmente complicaba o multiplicaba en mil problemas lo que para nosotros era como mucho uno solo. Y en esto creo necesario reparar en la curiosidad de que pocos de esos discípulos –al menos, ninguno de los que nombré, incluido mi caso– haya escrito tesis doctorales sobre alguno de los temas o siquiera perspectivas preferidas por Halperín.

Y sin embargo, Tulio nos enseñó mucho. Nos transmitió, por un lado su inteligencia. No por supuesto –y por desgracia– en el sentido de que nos enseñó a ser inteligentes como él, pero sí en el de saber cuánto juega –y cuánto pesa– la inteligencia en la mirada del pasado, en la consideración y crítica de las fuentes, en la reconstrucción del contexto, en el análisis de un discurso. Por otro lado, nos transmitió su visión compleja de la realidad: con él aprendimos a gozar de esa pasión que él tenía por la precisión, por la complicación y por el detalle significativo, así como a desconfiar de cualquier primera explicación o hipótesis. En tercer lugar –no quiero sonar cursi– pero sí: el nos transmitió su amor a la historia. Escuchándolo y viendo la pasión que ponía al hablar del pasado, uno de pronto sabía para qué servía la historia. Era contagioso: una persona que se ríe con la misma intensidad del carácter o de ciertos rasgos de la personalidad de Belgrano o de Mitre como si estuviera hablando de Scioli o de Macri, es decir, de personas que están aquí y ahora, o está loco o es un apasionado que vive el pasado con una intensidad (y una compenetración) que daba envidia. También nos legó otras muchas cosas, largas de explicar, pero que enumero: su independencia de los marcos teóricos, su predilección y dedicación por la escritura, su preferencia por las salvedades por sobre las afirmaciones, su desconfianza e insatisfacción sistemáticas; todo eso lo enseñaba y si no lo hacía en un sentido formal, lo transmitía y uno lo aprendió a su lado. Son cosas quizás difícilmente cuantificables, o siquiera cosificables. Pero no tengo dudas de que son cosas transmitidas y aprendidas por los que estudiamos con él.

Y en cuanto a la figura paterna –siempre en sentido metafórico, claro– tengo aún menos dudas. ¿Qué es un padre sino la palabra autorizada que todo lo sabe y cuyas expresiones –al menos en la parte más importante de la vida– no se discuten sino que se toman como verdades consagradas? ¿Y qué otra cosa que el que nos acompaña en los distintos momentos de la vida, desinteresadamente, sin preguntar ni medir las consecuencias o los riesgos de ese acompañamiento? Pues bien, yo creo que Tulio en muchos sentidos cumplió con esos papeles en nuestra vida académica, al menos seguramente sí en la mía.

Por un lado, para uno Tulio sabía más que nadie y esa sabiduría no se ponía en duda. Gracias a una erudición apabullante, a uno le daba la impresión de que

sabía de todo y que –en particular– lo había leído todo. Y lo segundo era seguramente verdad, ya que Tulio fue siempre y ante todo un lector voraz, que no contento con llevarnos en este terreno unas décadas de ventaja a los que nos doblaba en años, luego seguía aumentando la diferencia: es que Tulio leía más que todos nosotros, desde el diario hasta los clásicos, pasando por lo que se publicaba en las revistas de historia (para no hablar de las de moda o chimentos, que también seguramente miraba de reojo), lo que lo hacía estar más actualizado que todos nosotros. Como le pasó a ese alumno que preguntó por el Paraguay, a uno con Tulio le daba la impresión de que podía tocar cualquier botón y él iba a contestar sobre casi cualquier cosa, no ya de la historia de América latina, sino de cualquier cosa, literalmente hablando.

Dicen que en una época fue duro con algunos, que podía humillar a otros o hasta trancar con su crítica carreras enteras. Y no era difícil encontrar rasgos de ese *enfant terrible* en los años más apaciguados de su tercera edad. Pero así como pudo haber sido duro (rasgos por otro lado no ajenos a la figura paterna) era también de una lealtad sin vueltas con los que consideraba suyos. Eso me lo demostró a mí –ciertamente no el más agraciado de sus discípulos– acompañándome en todo lo que emprendí, casi sin preguntar. Tanto en postulaciones a becas, premios y estadias –algunas de ellas descabelladas o claramente lejos de mis posibilidades– como en emprendimientos institucionales, académicos y editoriales diversos, muchos de ellos de alto riesgo como los que implica cualquier proyecto de ese tipo y de largo plazo en nuestro país. El puso en ellos siempre su nombre y su firma desinteresadamente y sin ningún condicionamiento, como si no supiera todo lo que su firma jerarquizaba cualquier proyecto en la Argentina y el mundo o no se diera cuenta de cuánto beneficiaba a su promotor. Y eso es más común en un padre que en un colega, especialmente en estos tiempos sembrados de vedetismos y mezquindades.

Tulio, el latinoamericanista

Quiero por último destacar una cosa dentro de ese magisterio, que a mí me marcó especialmente y no he visto demasiado remarcado en estos eventos: su carácter de historiador latinoamericanista y, en especial, la perspectiva latinoamericana como componente esencial de su visión de la historia argentina. Si me viera forzado a elegir la marca más importante de Tulio sobre mi carrera de historiador no dudaría en elegir eso. Para mí Berkeley y en particular Tulio Halperín fueron el descubrimiento de América Latina. Tuve que llegar hasta allí para conocer y apreciar de primera mano no sólo la historia sino la realidad contemporánea de los distintos países latinoamericanos y eso se lo debo a él. Me importa además resaltar este punto, porque a veces siento que esa –la exhortación a adoptar una perspectiva latinoamericana– fue de las invitacio-

nes un tanto desoídas por la historiografía argentina de las últimas décadas, en tantos otros sentidos directamente tributaria de su obra. Un buen ejemplo de ello es la relativa ausencia de mesas sobre el tema (v.g. sobre su *Historia contemporánea...*) en los ya numerosos eventos y jornadas conmemorativas que se hicieron desde su muerte, éste incluido.

Digo que la importancia de la historia latinoamericana fue una de esas lecciones que Halperín nos dio y que no quisimos o no pudimos aprender cabalmente. Y no pudimos porque creo que ahí nos ganó esa resistencia, me temo que todavía demasiado marcada, a aceptar que la historia argentina necesita de la latinoamericana para ser cabalmente aprehendida. Resistencia que viene de un arraigado sentido común argentino –y particularmente porteño– que desde tiempos remotos sigue insistiendo en la excepcionalidad de nuestra identidad nacional frente a la latinoamericana, que los historiadores, tristemente, no hemos sabido discutir y problematizar como con el resto de los sentidos comunes con los que convivimos a diario.

He reflexionado en otros ámbitos sobre esta resistencia y he tratado de combatirla desde ciertas trincheras desde que volví de Berkeley obsesionado con América Latina, como un iluminado de la caverna de Platón que venía a sacar a todos mis colegas de la tinieblas que seguían impidiéndoles ver la verdad que se me había revelado en mi viaje iniciático. “Es Latinoamérica, estúpido”, les gritaba a cada uno, con ánimo de despertarlos de un sueño que los seguía reteniendo en el error. Y con ese ánimo de épica fundacional organicé el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de San Martín, desde donde me propuse, con ánimo de Cruzada, encabezar una campaña para reconquistar y reescribir toda la historiografía nacional bajo esta nueva óptica.

Aunque nadie –seguramente por delicadeza– me lo contó nunca, estoy seguro de que Tulio se reía en privado de estas quijotadas de su discípulo, que tomaba tan al pie de la letra su exhortación. Pero de algo estoy seguro también: igual gracia le causaba la obstinada resistencia de muchos otros a tomar su consejo de adoptar una perspectiva latinoamericana, en especial si consideraba –con razón– que eso era el resultado de la convicción, cada vez más inconfesable, de que la Argentina y su historia seguían mereciendo un lugar tan excepcional, destacado y, sobre todo, dispar en el resto del subcontinente, que la comprensión de su pasado no necesitaba de ese contexto para hacerlo inteligible.

Y esto era, a mi entender, por una razón muy sencilla. No era nuestra convicción de la excepcionalidad argentina lo que para Tulio era un poco risible, sino en todo caso la de pensar que esa excepcionalidad –o la sensación de excepcionalidad, para usar una expresión de moda– era privativa de la Argentina. Si uno lee, no ya lo escrito con posterioridad, ni lo que le escuchamos decir en tantas conferencias y charlas luego, sino lo que ya decía en la *Historia Contemporánea*, algo queda claro: a pesar del tono estructuralista de época que subyace a la obra, cada uno de los países del subcontinente que ahí retrata goza de una

especificidad histórica que lo hace singular en ese contexto mayor que le da sentido (y es eso, la exploración de esas singularidades nacionales en el marco estructuralista-dependentista interpretativo mayor, como se ha dicho tantas veces, lo que ha hecho tan destacada esa obra). O en otras palabras: que Brasil, Perú, México o Bolivia podrían tener el mismo derecho a sentirse especiales, distintos, excepcionales y diferentes que la Argentina y renegar de su inclusión en colectivos de los que no se sentían parte.

Para que se entienda bien. No estoy diciendo que Tulio sostuviera –como algunos que nos fanatizamos con sus enseñanzas– que la Argentina debiera pensarse como un país andino. Pero sí que era imprescindible hacer más simpático su pasado con el del resto de América Latina, porque ahí estaba la clave de la comprensión de muchos procesos de la historia argentina, incluida su singularidad. O al menos así lo había lo había entendido él a lo largo de su obra. Y si él había llegado a esa conclusión era, digámoslo así, en su camino de vuelta, luego de haber estudiado y conocido en profundidad la historia latinoamericana. Fue él, después de todo, el que me hacía reparar en los hacendados del Bajío mexicano o de los llanos venezolanos cuando yo le hablaba de los terratenientes pampeanos; el que me contaba anécdotas de Cárdenas cuando yo le hablaba de Perón; el que me recordaba rasgos de la burguesía paisa de Colombia o regiomontana en México cuando le hablaba de la clase dominante argentina. En fin, fue él quien me recordaba a cada rato, muy en su estilo problematizador y complejizador, que eso que yo le pintaba como tan excepcional era en verdad algo que afloraba para la misma época en otros países del continente, sólo que con diferentes nombres o articulaciones.

* * *

Quiero entonces cerrar retomando lo que dije al principio y celebrando el homenaje plural que se le hace a Halperín Donghi desde este lugar, en donde no necesariamente siempre se compartió la mirada que él proponía sobre el derrotero argentino, agregando solamente que más que el padre o líder de una “historiografía liberal” –algo que por lo absurdo y extemporáneo lo hacía reírse a carcajadas– fue para muchos de nosotros (los que desde el último retorno a la democracia se empeñaron en la reconstrucción institucional de la disciplina con criterios profesionalistas, así como para muchos más que seguimos trabajando luego bajo esa impronta) un verdadero modelo de historiador, que inspiró a generaciones enteras y lo seguirá haciendo en el futuro. ■

CLASE Y GENIO

La historia de Halperin Donghi

¿Qué es Halperin? ¿Quién es Tulio Halperin Donghi? Difícil no balbucear preguntas de este tipo en los últimos años ochenta, cuando parecía no quedar nada en pie –ni de lo que había valido la pena de la democracia, ni de las revoluciones socialistas– y en la carrera de Historia de la UBA la lectura de *Revolución y Guerra*, de *Una nación para el desierto argentino* o de *De la revolución de independencia a la Confederación rosista* se había vuelto inexorable. Un *must* y una prueba, casi siempre en fotocopias. Cuesta arriba también disimular la sorpresa. Todo con la cerviz doblada, digamos, para el cachetazo. De todas formas, la pregunta en cuestión sólo queda escrita cuando Ignacio Lewkowicz la formula en un ensayo publicado en 1997 que tiene también un dejo crítico respecto del libro que lo contiene y que versa precisamente sobre Halperin. “¿Quién es Halperin?” Escucha los alrededores de Puán y propone: “El agudo historiador que ha sabido penetrar en habitaciones secretas del archivo. El emigrado que en la distancia alcanza una lucidez triste y serena [...] El tenaz antihéroe moderno, convertido por ello en héroe posmoderno [...] El delicado equilibrio entre el dandismo y el nihilismo. El vacío total, camuflado en astucias de escritura. [...] El viejo gorila”. Para hablar de manera pasada, improbable, imperfecta: el contenido, ráfagas de él, nos deslumbraban al punto de que no se nos ocurría cómo cuestionarlo; sólo alcanzábamos a sospechar que, sumergidos en su lectura no tardaríamos mucho en perder las pocas certezas que habían sobrevivido en nosotros; la forma, la singularidad de su escritura que no se parecía a nada, agigantaba la inquietud. Pero también una y otra cosa, lo mismo, tenían un raro efecto anestésico, consolador: entender que el mundo era mucho más complejo, por lo tanto que lo que muchos vivíamos como nuestra derrota, incluso con esa palabra, tenía finalmente algo de aprendizaje. Una derrotita. Entre lo monstruoso y lo subyugante, pero sin perder las buenas maneras. Y haciéndote reír.

Como una última puntada, como parte de un juego también, es el mismo Halperin Donghi quien nos lanza sobre el final una lectura de sí mismo. Más precisos: del aprendizaje del mundo que lo hizo historiador, asumir un “destino” así escribe sin vueltas. Porque desde las primeras páginas *Son memorias* se desvía de la evocación del pasado individual –de su tono lánguido e inequívoco–, para entrecruzarse con la historia, con todo aquello que la memoria no advirtió ni retuvo pero que finalmente, y en términos de la trayectoria de una comunidad –también de un individuo–, fueron decisivos. De ese cruce entre memoria e historia o, mejor, de ese someter a la memoria a la historia, surge la respuesta que THD nos da acerca de sí mismo. El historiador que lo ha narrado casi todo sobre la Argentina por último se narra, con método histórico, con el suyo, a sí mismo. Que en él como en nadie es someterse a su escritura.

Nuevamente Lewkowicz: en su escrito la pregunta por Tulio Halperin Donghi era de inmediato también la pregunta por el dispositivo Halperin puesto a funcionar en la carrera de Historia de la UBA. Es decir, ese *summum* que se mentaba como si nada valiera de lo surgido antes y nada fuera a valer de lo venidero por fuera de su sombra. Que, además, era delgada e implacable. Inimitable. De ahí su molestia con el libro en el que se inscribía su ensayo: que no pusiera en foco este problema. También con esto, sospecho, se sentiría defraudado. Me refiero a Lewkowicz. En cuanto a Halperin es otra cosa. Al menos no caeré en panegíricos ni en defensas innecesarias porque nada se sostiene mejor que su obra, sin ayudas. Aquí, y montados sobre *Son memorias*, se pregunta sobre la procedencia, se enfatiza lo que en *Son memorias* amenaza desperdigarse, deshacerse en detalles, en los agujeros del sentido, como mucho en Halperin, para algunos sus mejores páginas. Se siguen los rastros que, se quiere creer, nos permitirían entender de dónde viene su fuerza historiadora. Ya no para confirmar con él cómo el aprendizaje del mundo lo hizo historiador, sino qué aprendizaje lo hizo qué historiador, el historiador que fue y seguirá siendo.

Vuelvo a su toma de distancia respecto de las formas evocativas clásicas: porque la hace a través de Borges, cotejando con su “Fundación mítica de Buenos Aires”. Se trata de poco más de una página que se inicia con una referencia a la casa en la que le dicen nació, una casa en la calle Gurruchaga, ubicada en esa “vereda de enfrente” que según el verso de Borges le faltaba a la manzana primera de Buenos Aires. En un vacío, donde no había nada digamos. La otra referencia a ese poema, apenas unos renglones después, es al corralón que era vecino a la casa de la que sí tiene memoria, en Yatay y Bogado, “que no sé si todavía opinaba YRIGOYEN, pero sí que difundía un olor delicioso a parva fresca”. Del mito a la historia; desde el lugar que el mito criollista de las primeras vanguardias no contempla, no pone siquiera en foco, desde ese pliegue escribe THD estas memorias. Ahí se ubica.

Si Borges, como es tan sabido, ha hecho de su genealogía familiar una manera de relacionarse con el pasado que lo hunde en el siglo XIX, por eso su

trato íntimo con el mito y su desvergüenza para alimentarlo, Halperin es de los argentinos que, como dice el chiste que repite sin restarle nada de su ceguera, desciende de los barcos. Si se quiere, esta es una primera distancia que lo aleja de una enunciación pura de la patria. Sus abuelos le contaron de Rusia o de Italia, nunca de la pampa. Y el conurbano le resulta más exótico que esos paisajes y realidades. Ahora, ni se le ocurre que la célebre admonición de Lugones a la “plebe ultramarina que agita en el zaguán” le corresponda, que esté dirigida a él y a los suyos. Lugones no es siquiera una referencia en estas memorias, no figura ni como pesadilla; entre otras cosas por la evidencia fáctica de que su familia materna descendió en mayo de 1910 de un barco pero en segunda clase, eludiendo así la “última humillación que hubiera significado para su familia el pasaje de proa”. Parecido: origen inmigrante pero no llega como ganado; inmigrante pero nace en Palermo, ni siquiera en La Boca donde, se sabe por Borges, se fraguaron y se siguen fraguando “embelecós”.

Desde estas inflexiones primeras, el aliento que toman estos recuerdos al entrelazarse con la historia le dan el carácter propio de una aventura social, dejan de ser sólo personales para entroncarse con los de un sujeto social. Así, Halperin erigido por ese dispositivo de los primeros años ochenta como la excepción, autoridad profesional e imparcial, imprescindible de una hora argentina que quiere dejar atrás arrebatos y faccionalismo, que ha aprendido tardíamente de la complejidad del mundo; Halperin en este ejercicio sobre su memoria escrito en la primera década del siglo XXI se inscribe en la historia hasta quedar por momentos absorbido en la experiencia de un sujeto social. Subsumido en un nosotros.

El contrapunto con Borges es la primera de una chorrera de marcas de clase que poco a poco y no sin forzamientos y reveses se entraman con su destino de historiador, con el historiador que efectivamente es. Sobreponiéndose a las estrecheces económicas, el muchacho que sería su padre –Gregorio Halperin– logra realizar los estudios secundarios. Lo hace en el Colegio Nacional Rivadavia “donde al parecer estaba lejos de reinar el clima propio de una empresa civilizatoria en su etapa pionera” –clima que conoció su madre en esa instancia–. Sólo le transmitió un recuerdo, o dos. El profesor de Inglés, quien además fuera esposo de Victoria Ocampo, sólo hablaba en ese idioma a los estudiantes quienes, suponiendo que era el único que conocía, se dirigieron a él “en los términos más procaces que conocían de la jerga porteña”. Su padre no sólo no se suma a esta salvajada, sino que junto con otros estudiantes del mismo Colegio –“quienes buscaban más anchos horizontes intelectuales”– crearon una asociación y publicaron una revista (pp. 29-30). Tanto Gregorio como Renata, su madre, realizan estudios universitarios pero ejercen la docencia en el Instituto del Profesorado, no en la Universidad. Enviarán a su hijo, en un primer momento, a la escuela pública pero la sociabilidad más amplia de sus recreos no se continuará en juegos en la calle. Apenas frecuentarán la casa de una vecina. Nada de tango;

sí opera. Alquilarán vivienda y se mudarán una y otra vez pero, después de salir de Almagro, siempre por la zona norte de la ciudad y facilitando el acceso al centro. Halperin lo amonesta a Virgilio Filippo: oficiar misa en Mataderos no es lo mismo que hacerlo en Belgrano (p. 90). Siempre en su infancia: la experiencia que hace del mundo no es la de Arlt, tampoco la de los conventillos de los huéspedes del 20 de Francis Korn, sino la “amable” de Baldomero Fernández Moreno. Sí, el de los balcones sin ninguna flor. Escrito en el margen del libro: ¿Lo dice en serio? ¿Después de todo lo que pasó?

Mientras que esos signos muestran la proximidad pero también la diferencia con el devenir plebeyo de los hijos de inmigrantes que ingresaban en la sociedad, hay otros, en línea con lo señalado en relación con Borges, que lo recortan de los “ricos”. Ingresa al Colegio Nacional de Buenos Aires y lo hace sin dar examen de ingreso, como –nos enteramos– lo hacían los niños pertenecientes a familias influyentes, de las clases altas. Sin embargo, en su caso es así porque su madre había publicado una “antología de uso escolar” para la Librería del Colegio y quien está al frente de ésta lo recomienda especialmente. Es el talento, no la billetera. En la primera división, el sujeto colectivo que conforman define sus caracteres también en la burla de un “niño rico” que se abstuvo de la escolarización primaria, estudiando con preceptores, y que juega al golf. Desde el tranvía le indican su casa –la de Vuelta de Obligado, entre Mendoza y Olazábal, con “mínimo jardín al frente y patio trasero”, a Ernesto Palacio–. Sus ojos patricios dictaminan: “¡qué bien viven los profesores!” Y efectivamente era así confirma Halperin Donghi: dos personas de servicio, mucama y cocinera (p. 89). Profesores con domésticas.

Escamoteo el nombre de ese sujeto social pero en *Son memorias* esto no ocurre; lo hago quizás prevenido del anacronismo que, según me informo, estaría cometiendo THD. Porque atentos a *Historia de la clase media argentina* de Ezequiel Adamovsky, esa identidad estuvo muy poco enraizada hasta el peronismo, incluso hasta la ofensiva que terminó con su primer gobierno. Escribe Halperin, primeras páginas: “había sido precisamente en la década de mi nacimiento cuando la clase media emergió con el perfil y el peso que iban a ser los suyos por medio siglo, y no puedo negar que las pautas que se imponía a sí mismo un grupo aún necesitado de consolidar una posición adquirida demasiado recientemente gravitaron con fuerza sobre la relación que fui estableciendo con la sociedad porteña a partir del momento que ingresé en ella” (pp. 16-17). La complejidad de la escritura del THD también está al servicio de discriminar entre las palabras, su relación con un tiempo y no con otro. En estas memorias: progre, progresistas, multiculturalista, sociedad civil quedan escritas con el señalamiento de que sólo hoy llamaríamos con ese nombre a los fenómenos pretéritos que designan (pp. 112, 139, 152). En relación con la clase media no le interesa este movimiento. Su presencia es sólida. Siempre si tomamos la lectura de Adamovsky, hubiera bastado con regar de episodios de experiencia de una

nueva clase sin adjuntarle el nombre. No, en el libro en cuestión no hay lugar para esto tampoco. Saca pecho, Halperin, blasona. En conversación con Chiaromonte, revista *Ciencia Hoy*, 1991: “la Argentina existe desde que alguien la empezó a imaginar. Ídem para su clase media podríamos decir”.

Esa clase media no nace a pesar del patriciado, de esa oligarquía que una vez –inolvidable- mentó su madre, sino como efecto deseado de su proyecto. No es un invento y nada parecido a la cooptación se garabatea en estas páginas. Año 1949, 1950 a lo sumo. No le va bien en la Facultad, no está a gusto en ninguna de ellas –Derecho o Historia–, pero logra publicar sus primeras reseñas y ensayos. Así sucede: un colega de su padre que, además había sido profesor suyo de francés en el Buenos Aires, le empieza a acercar breves escritos de su autoría a Mallea, es decir, al suplemento de cultura de *La Nación*. Todo se publica con celeridad (p. 196). Halperin entonces “se maravilla una vez más ante el éxito con que en algunos aspectos los constructores de la Argentina moderna habían logrado improvisar un país. En efecto, la red de afinidades y contactos que ya en mis más tempranos comienzos me estaban abriendo tan variados caminos suele estar sólo al alcance de los herederos de varias generaciones de integrantes de las clases ilustradas, y no sólo ninguno de mis cuatro abuelos había conocido más escuela que la primaria, sino que lo mismo había ocurrido con los padres de la mayor parte de quienes me los abrían” (p. 196).

De este modo, él mismo es ejemplo del éxito de ese país de estructuras sólidas construido hacia el ochenta, hechas para durar siglos –así dice– y que al mismo tiempo hacían posible que la carrera abierta al talento tuviera lugar en la Argentina, como si se tratara de un demorado siglo XIX europeo, incluso pre 48. Es hijo del “imponente aparato educativo” que evitaba que quedara en sueño “la aventura del ascenso” (p. 18) y que había hecho desarrollar “la ufanía con que habíamos aprendido a mirar tanto nuestro pasado como nuestro futuro” (p. 123).

Si se me permite, primera condición de posibilidad para que exista, para que haya Tulio Halperin Donghi: la eficaz construcción de una nación en el desierto, nación con programa de renovación de la sociedad, con inmigrantes y ascenso social. De acuerdo con esta pista que entresacamos porque nos la ofrece *Son Memorias*, de aquí nace la experiencia de una clase media ilustrada, sujeto colectivo que matriz a Halperin Donghi. No creo que sea un señuelo. Pero podríamos agregar: para inmigrantes que no vinieron apelmazados sino en segunda, sorteando esa primera humillación y con algunos recursos simbólicos –además de ahorro– en los baúles.

La segunda condición de posibilidad se define en las líneas de tensión con esa clase media, tensión que no será agria, mucho menos estrepitosa, ya que Halperin mantendrá la adhesión a ella en todo lo que este relato abarca y más allá también. El tema es cómo afectó el peronismo la relación de Halperin con la Argentina. Porque la evaluación que hace de lo que significó el proceso político, social y cultural vivido desde el 4 de junio de 1943 produce algunas chispas con

su clase. Un desvío tal vez. Digámoslo muy cerca suyo. Primero, el ataque frontal y torpe del “catolicismo integral”; luego el de la “revolución peronista”, de la “comunidad organizada”, del “régimen” –esta última la denominación que más se sostendrá– logaron dañar hasta desfigurar el mundo en el que estaban insertas, ya esto es mío y suena muy feo, se mecían abrigadas, peor, las clases medias profesoras. El llanto de su madre al enterarse de que una amiga es cesanteada en el magisterio en 1944 obedece a la toma de conciencia de que “era nuestro entero mundo circundante el que esa cruzada depuradora ambicionaba destruir” (p. 123). Ciento cuarenta páginas después sigue con lo mismo y comenta que hacia 1954, él y otros que se le asemejan, se entregan a situaciones que les permiten olvidar “todo lo que el avance de la comunidad organizada había destruido en nuestro mundo” (p. 277). Expulsados del sistema educativo, relegados del espacio público y, entre otras cosas, sin empleadas domésticas. Desconozco el sentido de la melancolía con que Nabokov recuerda el verano ruso de 1916, pero Halperin dice que le agarra algo parecido cuando enfoca sobre 1940.

Al igual que el tránsito por el CNBA, pero con un estado de ánimo distinto, los años del “régimen” son vividos y narrados en primera persona del plural. Es la impresión del mundo que se está perdiendo lo que alienta el brillo triste de un sujeto colectivo, pesaroso aunque con capacidad aún para encontrar alternativas de vida por fuera del Estado que, habían creído y eso explica el desencanto, siempre los consideraría. La transformación es tal que, escribe Halperin, el país “se nos había hecho irremediamente ajeno” (p. 227). A una “irreductible ajenedad” se los condena, más allá incluso de la ausencia de una hostilidad alemana. Vuelve de su segunda estadía en Europa, donde es aceptado por Braudel y sobresale a su lado; en una sola oración, es cierto, de las característicamente suyas, se dice: “marginados”, “marginación” y “automarginación” (p. 263). En el párrafo siguiente, concluye: “... estaba reincorporándome como soldado raso a las huestes de los marginados” (p. 264).

Un desenlace político “desastroso” –el que se produjo a partir del 17 de octubre del 45– acelera la destrucción de su mundo y amenaza con dejarlos sin lugar a él y a los suyos. Variaciones sobre el desastre: todo un campo semántico para dar con lo que fue el peronismo para Halperin. Según sus memorias aclaro. En primera persona del singular: “aversión a un régimen que no ocultaba su intención de excluirme de un porvenir que se me antojaba promisorio” (p. 172). Que se entienda: aunque se escribe así no hay desesperación ni desgarramientos mayores. La piel no se le cae a lo Martínez Estrada, tan ausente de estas memorias como Lugones. Sólo una vez, después del primer viaje a Europa, confiesa que cae en el abatimiento, asfixiado por el ambiente.

De nuevo el contraste con Borges, en este caso porque en el archicitado número de *Sur* posterior al golpe del 1955 sostiene que el peronismo es una farsa, una ilusión cómica. La realidad es otra, quizás la suya, de Borges, como la estaca pampa bien metida en la pampa, aunque ya no guste de ese verso. El peronismo

no afecta esa realidad. A Halperin, la fugaz experiencia de su clase le advierte que el asunto es más serio. *El examen* de Cortázar se le ocurre acertado con su experiencia, dialoga con ella. Para Halperin –y para Cortázar– el peronismo no es una ilusión. Si se monta un teatro, el del absurdo, el problema es que éste opera sobre la realidad, es esa realidad que se ha vuelto absurda (p. 229). Retiene durante años y anota lo que le escucha decir a un exiliado italiano cuando la tormenta del mundo, desvirtuada, empieza a asolar estas playas: nada vale tomarse en serio de lo que ocurre en este país. Pero esto no es cierto para él. Recuerda la lectura, casual pero relevante, que hace de Gramsci en Italia y añade que sólo la dimensión histórica –no la política– de sus argumentos logran atraparlo. Es así porque, aclara, “la política siempre me ha interesado mucho más como espectáculo” (p. 209). ¿Desde qué momento la política a Halperin le interesa como espectáculo y deja de envolverlo? En el año 55 lee varios diarios por día, con ansiedad. Los devora diríamos si no fuera él. Participa en reuniones de conjurados. Antes le habían sacado una foto en la cárcel.

Si Halperin es un hacedor de imágenes complejas del mundo, en este caso y aunque las oraciones subordinadas abundan y los sujetos se pierdan, el diagnóstico es nítido, contundente. Listo para volcar en un pizarrón dividido por una única raya. De matizado sólo tiene detalles, fenomenales por cierto, que no jaquean al planteo general. Por ejemplo: Perón en el dentista explicando a un opositor conocido de su familia cómo sacarse de encima a lo peor del integrismo que no quiere moverse del Profesorado. Rodolfo Ghioldi bajo una sombrilla en Punta del Este anunciando, para el contento de todos, que en el año que comienza, 1945, el régimen encontrará su tumba. Los estudiantes del Buenos Aires escuchando sin ningún entusiasmo a José Gabriel en un homenaje oficial a Hernández, pero festejando por lo bajo por el congelamiento de los alquileres. Nada de esto es suficiente para suavizar “régimen”, “desastre”, “marginación”. Es éste un ejercicio de historia militante, la de su clase abatida. Como, según escribe en 1956, es militante la historia de Vicente Fidel López, uno de sus preferidos, un derrotado en términos relativos pero ciertos. Sin sangre.

De todas formas, y ahí quería ir, la complejidad constituye a su primer libro, su Echeverría. “No faltaban quienes en esas circunstancias cada vez más difíciles –corre el año 1951– no esquivaban seguir librando el buen combate después de tantas derrotas” (p. 233). Lanzar a Echeverría contra el año sanmartiniano, cómo celebración de una tradición democrática que no reniega de las luces. Todo supuestamente, como operación. En un largo paréntesis comenta Halperin que su libro fue recibido con frialdad, que *La Nación* no gustó de él porque no entendió los motivos que lo animaban, oscuros se le revelaban. Los militantes del PC lo repudian. Es transparente el esfuerzo de Roberto Giusti en el prólogo por dejar en claro que no hay malas intenciones en su crítica; sólo se atreve a citar la primera oración del libro desentendiéndose de la que le sigue de inmediato y que despacha a Echeverría a un segundo plano entre nuestros le-

trados. La recepción bajo sospecha contrasta con “la intensa felicidad” que, recuerda, le causó su escritura, pues había confirmado “lo que quería hacer en el mundo”. Cuando todos pedían militancia, él hizo esto otro. Además, demasiado tiempo había que tomarse para leer cada uno de sus párrafos. No clasifica de traidor pero sí de poco confiable, díscolo. ¿A qué está jugando Halperin? ¿Por qué no sigue escribiendo reseñas sobre libros dedicados al renacimiento? De haber estado atentos a que *El hombre mediocre* de Ingenieros, leído entre conjurados, le había parecido bastante “cursi”, no le habrían hecho el ofrecimiento para salir al ruedo en esa coyuntura.

Entonces: la posición de clase, la experiencia compartida de la marginación, se vincula no siempre armónicamente con esto otro de la complejidad del mundo que aprende desde tiempo atrás, fundamental lección. Imposible precisar cuándo la aprende pero es con anterioridad al peronismo. Plantado en 1938, 1939, refiere Halperin a la “disolución de la imagen del mundo firmemente ordenado en que había creído vivir hasta poco antes” (p. 84). Lo que le toca de cerca de la tormenta del mundo, del fascismo italiano y de la guerra civil española, más que volverlo un voluntario le hace aprender esa complejidad (p. 88). Ya una vez en Uruguay –por primera vez fuera del país– entendió que la Argentina podía verse de otra manera. Descubre que el Partido Blanco, de franca postura antifascista, reivindica la figura de Rosas (p. 105). Con respeto y reconocimiento, disiente con Mitre y su manera de tratar a los próceres. Al mismo punto llega gracias, nuevamente, a López, quien además lo divierte tanto como las novelas hilarantes de Dickens. No David Copperfield obviamente. Risa y complejidad. Da la impresión de que por este camino se desapega, siempre con moderación, de su clase. En el CNBA: descrea desde un vamos de las imágenes gloriosas de la tradición oficial pero casi sin demora también de las alternativas. Monner Sans, el profesor piola, le hace una observación sobre su escritura –primera escritura, hecha de oraciones cortas y muchos puntos y comas– a la que considera una buena copia de la de Azorín-. Se equivoca el profesor alternativo, es un intento de imitar el estilo de Álvaro Yunque. Nos enteramos que Yunque le había regalado un libro de versos suyos sobre la España roja, pero a él lo que lo invitó a la copia fue otro, de cuentos para chicos. Yunque, como parte de ese mundo más sencillo de THD que también estaba en la escritura.

Peronismo –antiperonismo– y complejidad del mundo. El régimen sobrevive a la crisis económica que ellos, usemos este pronombre, habían supuesto, rogado, fuera terminal. Es una niebla calurosa en pleno otoño –como en la novela de Cortázar– y no hay pista de cómo terminar con él. La estima por el piso, la ufanía hecha añicos, en su casa reciben la visita de una hermana de Enrique Banchs, ella misma poetisa, pero no para que recite sino para que ponga en práctica su experticia en magia y espiritismo, cuestión de entrever cuándo terminará el régimen (p. 276). Halperin tiene nuevamente la posibilidad de irse del país, no hay otra chance, también como en esa novela; sólo un “milagro” –el

de la caída de Perón– puede evitar que esto ocurra. Y el “milagro” se produce de la mano del catolicismo, de la Iglesia, de muchos de quienes habían atacado a la Argentina que los había abrazado. Agradecidos Halperin y los suyos por este servicio, demora más de diez años su partida. Pero ya parece demasiado. No ahorra en detalles de esa complejidad, que a todas luces revelan la desesperación de su clase, pero no quiere concluir nada, no abunda. Un signo más de derrota: haber sido librada del peronismo por las fuerzas que habían iniciado la destrucción de su mundo.

Son memorias termina en 1955 porque Halperin ya es historiador, pero también porque nada de lo que vino después lo conmovió seriamente respecto de sus posiciones. En relación con su clase, un espantajo quedó hecha después de semejante *shock*, jovencita además como era. Sus vástagos tomarán fuerzas de otros lados, algunos se encarnizarán con ella. Halperin sigue otro camino, fuga pero sólo relativamente. Ante la muerte de su abuela, cuando niño, nos había contado de su sorpresa ante “la excesiva tibieza en mis emociones” y se sorprendería más de una vez por lo mismo. No me animo a suponer que ésta fue una de esas oportunidades.

Tercera y última condición de posibilidad para que haya Halperin. Sobre la que excede, la que sería suficiente, es decir, el genio, nada podemos decir. Incluso cuando hay sujetos sólidos e indiscutibles, la escritura en *Son Memorias*, como en todo lo suyo, se torna envolvente y tentada por derivas. De todas maneras, hay una zona de la experiencia de Halperin que se escapa de estas generales de la ley, forma y contenido. Es cuando refiere a sus estudios formales. Está por ingresar a la primaria: “Me preocupaba en cambio cada vez más el inevitable paso siguiente que iba a ser mi ingreso en un sistema escolar en el que me sabía destinado a encuadrarme hasta donde se extendía mi mirada hacia el futuro” (p. 61). Después: “comenté en casa que temía estar perdiendo todo lo que adelanté en tercer grado” (p. 71). Bastante más tarde, evocando su estadía en París, “trabajé con una intensidad de la que no me creía capaz y que nunca logré recuperar luego” (p. 253). “Ritmo frenético”, “proyecto personal”, “proyecto de vida”. Es una flecha que apunta con precisión al blanco. Racionalidad ordenada a fines. Productivismo y uso del tiempo. Todo bajo control, defendido con uñas y dientes. Se queda solo y a gusto. Podríamos decir, en los parámetros de la burguesía, a lo Robinson Crusoe. Aunque también con algo de Rastignac. El trabajo y la lucha: al pasar casi, cuestiona su tesis de doctorado y dice que “la narrativa que ella hizo posible articular no transmite a quien la lea esa contagiosa excitación que es capaz de suscitar la lectura de las que son fruto de una dura lucha con un problema rebelde” (p. 284). En todo lo suyo habrá, excitación intelectual, transpiración, ánimo agonal que esconde con displicencia. Ahora bien, si la elección por la complejidad que lo aleja de la militancia tiene algo de traición a su clase, a través de esta fidelidad excesiva a su suerte profesional, en buena medida la realiza. Añadamos entonces que a “clase media” y a “régimen”,

se le suma “carrera” como invariantes que están más allá del tiempo y de sus vaivenes. Como si la carrera individual, incluso la felicidad –más de una vez, fenomenal, usa esta palabra y no hay ánimo chacotero a la vista– compensara el desvanecimiento tan veloz de la aventura promisorio que pudo ser de su clase y de un país bajo su influjo.

¿Se puede decir que la elección por la complejidad lo atrajo finalmente y por entero a este camino? Puede ser pero con la condición de no disolver su afinidad de clase. Por una Argentina evanescente, que no duró ni un par de décadas, pero que era hija débil de otra, la del ochenta. Pero eso poco que duró, su agonía incluso, es suficiente para apuntalar de una vez y para siempre su interés, su pasión se dijo por acá, por la Argentina.

Por último, me detengo brevemente sólo en dos efectos producidos por el entrelazamiento de estas condiciones que constituyen a THD. Uno de ellos es omnipresente en su obra y ya se ha dicho mucho sobre él. Otro que se exacerbaba en *Son Memorias*.

Primero: la escritura, el estilo de enorme riesgo, de no poca experimentación, con cierta irresponsabilidad. Quiero decir: lejos de inquietarse por la transmisibilidad, por el resultado convincente y a la vez inclusivo de su escritura, Halperin hace de ella otra cosa, un ejercicio de expulsión. Nos explica que se alejó de la tarea docente en la Argentina por la marginación sufrida. Intenté dar clase en buenas escuelas secundarias con *Revolución y Guerra*. Además de avanzar con exasperante lentitud, a los tropezones, Halperin como cuestión, como tema se volvía más interesante que la revolución y la guerra misma. Demás está decir que de nada me convencería quien argumentara que los manuales hechos por algunos de sus seguidores académicos, significan su puesta en estado de transmisibilidad. A su vez, la risa. Leo en algún lado y me interesa que una la burguesía cuando busca ser hegemónica es seria. Halperin se puede burlar, invitar a la risa casi una vez por página, porque el desenlace desastroso que afectó a su clase y que lo terminó marginando hace innecesario el esfuerzo denodado por dotar de seriedad y relevancia, de hacer cualquier clase de hagiografía. Innecesarias. Después de lo acontecido con su mundo, Halperin ya no tiene tanto que perder. No es distanciamiento frío, cinismo, sino que la batalla estuvo antes para él.

La otra cuestión es la del tratamiento del peronismo en estas páginas, me refiero a lo genial de su lectura partisana del peronismo. Si Mitre, a diferencia de V. F. López, pudo ordenar y escribir la historia como lo hizo fue “gracias a su robusta fe en el destino nacional” (p. 43). La de Halperin ya no era robusta cuando escribe esas páginas y después de 2001, así nos lo dice en *Son Memorias*, no sobrevive siquiera la fe en la humanidad (p. 303). Como ya no hay meta que obligue a ordenar la historia, tampoco lo vivido, de acuerdo con una finalidad que parece no existir siquiera en el orden de lo deseable, el peronismo es en este libro la experiencia que de él hizo. Por eso es extremo. Poco o nada influyen en

estas páginas todos los estudios sobre el peronismo que vinieron después, que le dan racionalidad y condición progresiva, de inclusión y consolidación de un país moderno. Tampoco los suyos. No gusta de las autocríticas, dice (pp. 146-147), y en efecto no se hace ni una. Incluso: estuvo todo a un tris de ser distinto en 1945, en manos de los dioses, por lo tanto no hubo necesidad. Del peronismo sólo le interesa lo que afectó a su clase, algo a la vida política; todo lo otro, la suerte de la clase obrera no le incumbe.

Así, la historia con la que entrama sus recuerdos no es una imparcial, nutrida de los avances historiográficos, sino la de su clase. Arbitraria. En cuanto a *Son Memorias* y Paco Urondo. La nueva interpretación que hace del treinta, exterior al resto del libro, que dice que ahí está el enigma, el desbarranco argentino, la hace en pos de enfocar nuevamente a su clase. Más que por la dictadura, el lamento y el homenaje a Urondo es por la clase media también ilustrada que se expresaba en él. Los suyos no tuvieron ningún tipo de reparo cuando la marginación cayó contra otros que eran de la misma clase pero radicales y rigoyenistas. De esa humillación, que fue un error sin dudas de su clase, nació la furia de Urondo, hijo de un profesional universitario como él. Una situación como la de su comunión y el ocultamiento de su condición judía hubiera sido tratada por otro temperamento, por el de Urondo, por el de Walsh que no gusta nada del padre Usher, como la evidencia de que su clase ya no tenía capacidad alguna para salvar a este país, para hacer lo que correspondía. Si él nunca tuvo ganas de andar degollando palafreneros –como Urondo– fue por tibieza y porque eligió otra fuga. Ambas opciones tienen algo de vanguardista, de patrullas perdidas. Como hay revoluciones y revoluciones, incluso conservadoras, incluso hay vanguardismo de este tono. Su desesperación, tan distinta pero hermana de la Urondo, habla de la desventura de esa clase.

Arriesgo: a algunos también nos gusta mucho Halperin porque nos desvela y fascina a la vez esa experiencia de marginación que siempre puede volver a suceder en la Argentina, a cualquiera. Incluso como condición de pensamiento que, en la mayor parte de los casos, en el nuestro digamos, se aleja de cualquier cosa parecida a la genialidad. Pero en una de éstas lo aviva. La maravillosa tentación de la marginación y la irresponsabilidad. ■

HALPERIN

memoria e ironía

A Emilio de Ípola

No puede resultar asombroso este homenaje de la Biblioteca Nacional a Tulio Halperin Donghi, pues en él se contiene una parte que consideramos esencial de las múltiples tareas de un instituto de esta índole: indagar con toda la potencia de su fervor bibliográfico la raíz de la construcción de la figura del intelectual, en este caso del intelectual irónico. Quizás esta manera específica de la condición intelectual lo define mejor que ninguna otra, aunque de inmediato invita a discutir, quizás en inferioridad de condiciones, a los intelectuales épicos o a los intelectuales utópicos. En primer lugar, el intelectual irónico se siente más cercano a las ruinas que a las genealogías. En las memorias de Halperin, tituladas de una manera intencionalmente redundante *Son memorias*, se encuentra un relato muy vivaz sobre su formación intelectual bajo las sufridas condiciones de un tiempo histórico y las alternativas que señalaban diversos campos de conocimiento. Pero luego aparece la disciplina histórica. Doble consideración, pues ésta surge en la vida del autor como el problema biográfico de una elección y, al mismo tiempo, se presenta como un método y un enigma estilístico. Encontramos en ese decurso vital al Nacional Buenos Aires, “monumento sobreviviente en medio de las ruinas del aparato educativo”, ruinas que son conceptualmente un símil de otro recurrente concepto, “la larga agonía nacional”, a su vez el momento largo de una temporalidad gozosa de su perseverancia y una percepción de las decadencias. Pero muy especialmente el momento de la elección es una revelación sobre el quehacer del historiador. En primer lugar, el abandono de la búsqueda de “genealogías ideológico-políticas”. La equívoca actitud genealógica para Halperin fue inaugurada por el proceder ideológico del general Mitre, con todo lo que él presupone que la historiografía le debe.

¿Pero cómo abandonarla? Para Halperin, rechazar el riesgo *genealógico*, iba en paralelo a su opción por investigar la historia argentina, no otra cosa, al margen de los saberes de epopeya. En el momento en que decidió hacerse historiador, era consciente de que iba a buscar en la historia argentina “los temas centrales de mis futuros trabajos”, que no pueden componerse de una sola dimensión, pero triunfa la amargura irónica de quien ve a los hombres en plena acción, sin que sus fines dejen de ser incautados permanentemente por condiciones cuya existencia no sabían. José Luis Romero le había dicho que “mirara más allá del campo de la historia argentina”, pero lo que hace Halperin es una historia argentina a la luz de una agonía cuyas causas profundas intenta comprender infructuosamente o mejor dicho, con la letanía sutilmente escrita en torno al corazón infructuoso de la historia. Un tema, pues, universal. Romero tenía la propensión de ver las luchas federativas del siglo XIX argentino como parte de un gran panorama evocativo de las luchas feudales que tanto habían ocupado a un Pirenne o a un Marc Bloch. ¿Cómo sería entregarse a la historia argentina pero sin ánimo genealógico, es decir, sin atender a heráldica o blasones que devoran personas como una esfinge? En su autobiografía Halperin sostiene un inesperado motivo mariateguiano. “Nunca hubiera podido en Buenos Aires descubrir y leer a Gramsci como lo hice en Turín.” En una biblioteca turinesa lee a Gramsci y surgen imágenes válidas para comprender el modo en que la sociedad argentina se desplaza con sus fuerzas morales e intelectuales luego de Caseros.

Podría decirse que sin abjurar de la historia como conjunto de ironías imprevistas y eficaces que corroen las creencias establecidas –lo que no inspira de inmediato a refugiarse en las historias nacionales–, Halperin encuentra la posibilidad de un método irónico para asociarlo al *locus* existencial argentino. Su autobiografía pretende ser una historia personal que sabe evitar el escollo de los mitos, es decir, de las invariantes que ya vienen relatadas pero que nos permiten ilusionarnos con que nuestras vidas, nuestros proyectos y emociones entrañan un abolengo nuevo. Los mitos pertenecen a la historia denominada genealógica. El insólitamente gramsciano Halperin –recién ahora comprendemos esta nota sorpresiva– percibe las amenazas a la inteligibilidad del material histórico argentino, que antes parecía garantizar una “triumfal culminación”, pero ahora se acercaba a un cruel desmentido: la Argentina ya palpaba “catastróficos finales”. La historia se hace contingente, y si el historiador debe al fin agradecer esta ruptura de un hilo conductor decisivo en la que aflora el plan errático de los hechos, un país puede resentirse para siempre por “la ignorancia de lo que nos ha de deparar el futuro”. No es frecuente que un historiador juegue su ideal del pasado en una crítica por la ignorancia en comprender lo que vendrá.

La contingencia, así, es el sentido. No podemos ignorar que esta declaración de Halperin mantiene una melancolía que en cierta forma no se aparta del llamado a pensar la *nación* –la palabra titula varios de sus escritos– aunque en el

caso, a través de los procesos en que agoniza lo que había sido una promesa. El Colegio Nacional Buenos Aires, en el que se inscribe en 1939, crea la ilusión de la cohorte generacional y las solidaridades que genera la cotidianeidad escolar, pero afuera está la guerra y antes sus repercusiones; pronto habrá que optar. La ilusa hermandad de los claustros siempre está destinada a sucumbir. En Halperin, su preocupación por la vida de alguien con opciones tan distintas a las suyas –las de un Paco Urondo guerrillero–, parece el reaseguro final del memorialista. Partiendo de la imagen de un país quebrado en dos porciones que se infligen heridas que sólo cicatrizan ilusoriamente, por lo menos pueden evocarse los poemas de quien intentó pasar de un país de la memoria para internarse en la suerte del otro, armas en mano.

Alguien puede entrar entonces al primer año del Nacional y muy pronto despertar a su novela de formación personal a través de un trato de extrañas equivalencias: la memoria atañe más a la poética de las ruinas que al método de las genealogías. Son estos motivos los que ya se perciben en el primer libro de Halperin, el estudio sobre Echeverría, donde llama la atención hacia el modo en que el poeta se adueña de un fracaso, o mejor, del tema de un fracaso. Escrito en 1951, *El pensamiento de Echeverría*, quiere mostrar el encierro del poeta en esquemas ideológicos, aunque uno de esos esquemas rezara por el credo que indicaba “clavar el ojo de la inteligencia en las entrañas de la sociedad”. Echeverría toma del pensamiento de la época –“los publicistas más adelantados”, según la cita de Halperin– el proyecto de determinar primero en que realidad se está parado, para partir de ella, relevando sus costumbres específicas. “Lo que realmente somos.” Quiere construir el tipo absoluto de “innovador ideológico”, lo que hace a Echeverría culpable de crear “una estructura por la cual se siente sin embargo oprimido”. La creó así y ya no podrá huir de ella. Tal es la advertencia de Halperin en su libro de juventud. No crear esquemas en nombre de la realidad que la alejen como la peor paradoja que le pudo ocurrir al realista. Convertir su llamado al compromiso con las “entrañas sociales” en una cárcel conceptual. Este señalamiento tiene toda la fuerza del modo de pensar irónico, es decir, crear un concepto con el que se desea la libertad, y no percibir que en él se esconden cadenas.

Ya vimos que en la autobiografía de Halperin se mencionan sus tempranas lecturas de Gramsci. Quienes comenzamos a leer al comunista sardo a mediados de los años sesenta, por las ediciones de la Editorial Lautaro, no sabíamos que entrábamos a una larga trama sentimental, hasta ser “Gramsci” un vocablo incrustado en nuestra conciencia, ya en ruinas, yacente junto a tantas interpretaciones y malogros. Halperin dice haberlo leído como un autor cuyo estilo de reseñista dispersivo lo liga a los hechos, en su descarnada dificultad, sin gestos celebratorios ni imposiciones ideologistas (esto es, lo que sería bien contrario a Echeverría, éste preso a las historia genealógicas, mientras Gramsci no). Confiesa que ese Gramsci le servirá para entender el largo proceso de construcción

del Estado argentino luego de la caída de Rosas, en el demorado amasarse de sociedades exangües, sometidas a impulsos transformadores de elites gobernantes modernizadoras y carentes de épica. A ellas no habría que reprocharles que omitieran a las “clases subalternas”, que en verdad no estaban configuradas en su alcance social ni en su voluntad nacional.

Esta lectura gramsciana de Halperin es contemporánea a la de Agosti, pues el *Echeverría* de éste sale a luz en el mismo año que el de aquél. El de Agosti, más vinculado al deseo de colocar oblicuos debates en una actualidad dominada por el lenguaje del peronismo gobernante. Para esta importante figura cultural del comunismo argentino, el legado democrático, social y popular echeverriano podía estudiarse a la luz de categorías gramscianas, provocando años después la crítica de los que habían sido sus discípulos. José Aricó señalaba que se trataba de extrapolaciones evidentes de conceptos como el de “sociedad civil” transplantados al siglo XIX argentino. No obstante, podría considerarse que ese “gramscismo argentino” proyectado cien años para atrás, de algún modo condecía con el mundo intelectual de Echeverría, que se declaraba discípulo de Mazzini, personaje que durante el siglo siguiente no fue desdeñado por Gramsci, si bien interpretó su legado con reticencias.

Cuando se escribe una autobiografía, el relato del encuentro con un autor o con un libro suele revestir alcances de convulsión espiritual y epifanía. Podrá decirse que en la autobiografía de Halperin ese libro es *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, de Braudel, lo cual supone el problema de inscribirse en las genealogías que por otro lado se reprueban. El interés en las memorias de Halperin quizás se basa en el modo intenso en que plantea este problema, pero imposible de resolver en los términos en que el mismo historiador los considera. ¿Qué núcleo interno de nuestras propias biografías, ordenadas o no en memorias escritas, permanece al acecho en nuestras obras? ¿Qué opción intelectual es la única capaz de romper el sortilegio de construir esquemas de libertad que nos enclaustran en dogmas o en mitos en los que los intelectuales suelen refugiar y, en última instancia, esterilizar sus tareas? El método de la ironía, realizar opciones que contienen en sí mismas el indicio de su propia autodisolución, acerca al historiador al corazón del problema en ciernes de su resolución.

Por momentos parece haber una respuesta similar en un estudio muy posterior de Halperin sobre José Hernández. El poema *Martín Fierro* sería un “decisivo punto de inflexión” respecto a un aspecto de la biografía de Hernández, en su momento lópezjordanista, cuando “recae en una marginalidad que parece sin remedio”, lo que le permitiría ver desde allí, en una fugaz teñidura trágica, al conjunto de las vidas arrojadas al escurridero, otorgándoles así un voz para la “queja inolvidable”. La explicación de una biografía por una obra poética parecería permitirle una desdicha política. ¿Pero no permite también esto religar de una manera más simple el periodismo que practicaba Hernández a la escritura

nacional, en su forma más profunda? Sí, pero Halperin da también la interesante visión de que hay un abismo entre el periodismo del siglo XIX y la aparición de los versos martinfierrescos, absolutamente significativos para el lector desde aquellos tiempos hasta hoy. Por lo tanto, se vuelve al problema de la ironía en la historia, a la posibilidad de que las obras de un hombre puedan ser fugaces o inesperadas, pero expliquen su vida sin abandonar la agonía y sin conceder a la forja de mitos. Echeverría no lo había logrado, aunque había cumplido sólo la primera parte de modo del existir histórico halperiniano. Sin embargo, Halperin debe crear los conceptos que relacionen la vida de un cultor del publicismo de combate y una pieza poética donde esta publicística subsiste soterrada bajo condiciones muy diversas, a las que puede considerárselas condiciones artísticas.

Muy adelantado el libro sobre Hernández, cuando estamos quizás en lo que es su mejor (o su decisivo) capítulo –“Nacimiento y metamorfosis de Martín Fierro”–, se trata la transmutación de Hernández, de “periodista del montón” en alguien que sufre esa designada *metamorfosis*. No es imposible ver en estos rápidos conceptos un algo escondido de Martínez Estrada que reposa en Halperin. Son timbres apenas amortiguados pero no indistinguibles. Para Halperin no hay una vía regia fácilmente detectable en esa metamorfosis, entre el periodista de denuncia y el creador del *Martín Fierro*. Así, escapa de lo que parecía una cómoda cita de honor que él mismo había bosquejado para explicar la obra en las vicisitudes de una ruina nacional. En cambio, ofrece muy interesantes observaciones sobre “la identificación del poeta y su portavoz”, en las que lucen menciones a la identidad del destino de uno y otro, esas “desventuras de Fierro que ofrecen la cifra de la de Hernández”, que sin ser ninguna novedad, ponen la cuestión en términos de una revelación mutua de ambas trayectorias. Nuevamente, Martínez Estrada ya había valorado esta misma cuestión en su grado más eminente. Nada muy distante de un parcialmente invisible Borges, hundido en lo casi indecible del texto halperiniano, aunque en el momento crucial, en la cuestión del destino es más declarada su presencia que la de Martínez Estrada, a quien se lo ve como un autor dudoso, menos cuando juzga profundamente la poesía gauchesca con su reconocido ingenio que cuando sombrea su texto con apelaciones al inconsciente colectivo. ¿Pero no es *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* de Martínez Estrada donde están las mejores respuestas a lo que Halperin no consigue palpar enteramente con su postulación de una metamorfosis de vidas y de textos? Nos referimos al modo en que se rescata una biografía de sus imposibilidades históricas, expulsando los dilemas irresueltos que ella misma se impone y construyendo una obra.

José Hernández lo hace, al punto que Halperin le propone a esa obra una doctrina del *alter-ego* –concepto que escribe varias veces– para elaborar la identificación y el distanciamiento entre Fierro y Hernández. Ni se diferencia en mucho de las visiones que suelen sucederse cuando un crítico habituado emplea aquí y allá inseguros conceptos como “fuerza expresiva” y cree que en la

trama de un personaje se “proyecta” la propia perplejidad del autor en torno a su propia conciencia moral. No decimos que esto no ocurra, pero quizás fuese necesaria la “fuerza expresiva”, otra vez, de un Martínez Estrada para poner ese modo moral de la pareja Fierro-Hernández en la realidad de un texto considerado como alegoría de la vida, no tanto por la vía del subconsciente, sino de lo que parece hoy –hablando de Martínez Estrada–, más una apuesta al texto como sinónimo de vida. Halperin, lógicamente, no creyó ni tenía porque creer en esto, pero su maestría de historiador social y su memorable construcción del tiempo en el relato no encuentra aquí las respuestas para el misterio con el que deliberadamente quiso tropezar y vuelve a regir secretamente la escritura de sus propias memorias.

Obtiene apenas una hipótesis de *estilización* de las relaciones entre un escrito y el mundo histórico al que pertenece, en el preciso momento en que éste se halla desapareciendo. Entonces, Hernández adquiere un prestigio que por otra vía no obtendría. Se apropia de la sabiduría de la pampa, “destilada de la experiencia histórica”, para exhibir un *alter-ego* del que pudiese, en muchos sentidos, tomar distancia. Mientras, se le confería la potestad de ser encarnación de la campaña y de una raza extinguida, a ser vista con nostalgia. *Estilización* es un concepto fundamental halperiniano. Está en un intermedio topográfico, si pudiéramos expresarnos así, entre las ruinas y la genealogía. La historia sería un conjunto de conocimientos que los propios protagonistas de un hecho o de una obra, emplean luego para referirla a fin de modificarla para un uso histórico derivado, ya no la ontológica realidad primariamente ocurrida sino la interpretación favorecida y benevolente, a fin de que ella sea lo histórico y no aquello verdaderamente informulado que siempre preanuncia la historia sin conseguir nunca estabilizarla. Lo que se propone Halperin, lo sabemos, es darle las palabras de un relato donde debajo de las estilizaciones –una forma de la astucia de la historia– el tiempo pueda ser sospechado como un objeto en bruto, precategórico, anterior al concepto y al nombre. Tarea que emprende y en el camino presume como imposible; por eso se queja y al mismo tiempo “subtiende” (palabra suya) pródigas “estilizaciones” (palabra que también le pertenece).

Sin embargo, la *estilización* poco ayuda, en este caso, para acercarnos al tema de por qué el vulgar periodista Hernández se convirtió en un numen poético, tanto él como la canonización de su *alter-ego*. Aun aceptando que hay aquí un misterio, Halperin no se animó a “estilizarlo”, como sí hicieron Borges y Martínez Estrada, que tenían la comodidad de considerarlo desde el principio como un mito literario. En su lugar, Halperin ofrece el proyecto de una grandiosa historia social de la campaña argentina, acaso insuficiente para explicar –como él mismo lo dice– un acontecimiento poético de la envergadura del *Martín Fierro*. Por cierto, el gran interés de estas pinceladas de Halperin sobre la paradoja y los destinos entre un autor y su *alter-ego* ficcional, reside en primer lugar en su delicada perspicacia, sostenida por una escritura fuertemente singularizada. Ella

contiene el drama de la estilización fracasada, con lo que ésta se torna un elemento que se aproxima más a la historia en agonía, o que produce sus propias ruinas, que a la genealogía, esa gran suturadora de ruinas. Quizás es lo que lleva a comprender que todo en Halperin es una reflexión sobre el *alter-ego*: esto es, sobre si hay una vida moral efectiva, una alteridad capaz de dar juicios veraces sobre la historia, frente a los hechos efectivamente ocurridos en un enredado ser fáctico.

En el fracaso de mostrar cómo opera lo que Halperin llama la metamorfosis, el eximio relato de las aventuras periodísticas de Hernández suena como otro libro dentro del libro, por insuficiencia de los nexos lógicos prometidos para aclarar la transfiguración hernandiana de periodista en poeta. De paso, ignora Halperin o no dar mayor importancia al escrito de Hernández sobre el *Chacho Peñaloza*, que sufrirá decisivas alteraciones en la senda del adecuacionismo de Hernández a su situación de hombre ahora integrado a un orden posible, pero la ausencia de una reflexión más radical sobre esas mudanzas como también sobre lo que caracteriza a ese texto hernandista –el uso de la maldición, el trágico vaticinio sobre Urquiza– hubiera establecido un paralelismo más interesante sobre su vida periodística y la escritura de Fierro. Como Halperin labora en su imaginación con la idea del paralelismo un tanto plutarquiana, teme llegar hasta las últimas consecuencias de este envío, posible causante de la esfumatura de su investigación histórica social sobre el periodismo de época, que sin embargo es la más interesante de las emprendidas entre nosotros. Débito del historiador con un mundo retórico que sin duda lo hubiese auxiliado más allá de su voluntad de desprenderse de los hábitos del crítico literario.

El viejo tema del arte y su relación con el mundo social, una vez más, no podía discernirse solamente con las armas del historiador social, siquiera fuese quien en este caso era uno de los más sugestivos de entre ellos. Es que estilizar, para Halperin, es casi equivalente a mitificar. Pero si esa estilización no la comete el mero vivir histórico, sino un autor de gran relevancia como en el caso de Halperin, se convierte en pensamientos filosóficos de un orden renovado. Es viable afirmar que Halperin utiliza el concepto de estilización como una producción momentánea pero útil de lo que otros dominios de supo llamar tipos ideales, pero también como un freno que ciertos sectores sociales o que ciertas biografías le ponen a su propia autoconciencia. ¿Entonces la historia ejercerá ahí en sigiloso contacto y a la vez la denuncia del mito? Esa es la tarea cumbre de Halperin, de la que descansa con recuerdos intercalados en su libro un tanto inesperadamente. Halperin aquí recuerda con gran calidad en el prólogo de *José Hernández y sus mundos* a ese extraño hombre y escritor que fue Alejandro Losada, dando una versión mucho más emotiva y veraz de lo que luego llamará *enigma*, es decir, lo resistente a toda estilización, que en este caso aludirá a alguien que le suministró importantes papeles olvidados de la actuación anterior de Hernández, pero roza el *misterio* del *alter-ego*, pues también es aquél que no pudo escribir sobre el tema.

El interés del libro de Halperin se basa en la intensidad con que plantea este problema, imposible de resolver en los términos en que el mismo historiador los considera. El pasaje del periodista al poeta, como vimos, lo llama *súbita revelación*, para más adelante decir *súbita eclosión* o *innovación súbita*. Conceptos habituales en él, no son, aunque otras veces los ha empleado. No hay duda que es para alentarse con una tarea que implica un fuerte desafío. Ni más ni menos que tratar de entender las fuentes de la creación poética –seamos o no seamos críticos literarios o de cualquier otro orden–, en relación a lo que se quiere designar al decir *periodismo*, es decir, las creencias, las opiniones sociales, las escrituras de urgencia que desean incidir en la vida colectiva. Los aludidos “mundos” que se ciernen sobre el intelectual y en los que éste opera.

Pero Halperin deja impregnar su libro por algo de lo que parece no estar muy convencido. La idea de las “creencias” como océano del cual “súbitamente” sale una gran obra. No en vano cita al comienzo de su libro al gran clásico rabeleciano *El problema de la increencia en el siglo XVI*, de Lucien Fevre. Pero no desea explorar esa cuestión. Con razón: ¿cuántos y cuántos lo hicieron? Por eso, como ya dijimos, descarta la vía de trazar una secuencia tranquila para la metamorfosis entre el periodista de denuncia y el creador de *Martín Fierro*. Apela a la noción de revelación, de la lejana familia del concepto de agonía. Halperin es un historiador en el cual la escritura se riza para perseguir la forma sinuosa del tiempo. Esos juegos de escritura son parte del eterno combate del conocimiento contra el mito.

Ese es su tema único e infatigable. Ámbito privilegiado para observar cómo se mueve esta consideración sobre el mito, será su trabajo sobre la interesante figura de fray Servando Teresa de Mier, el orador sacro del México colonial, que a causa del famoso sermón sobre el origen del culto de Guadalupe acaba en la mira de las autoridades coloniales. Para Halperin, Mier no es tanto un buscador de la verdad, en épocas reconocidamente convulsas y de trastocamiento del viejo orden, como un astuto guardián de su propia carrera eclesiástica, un *cur-sus honorum* que se ve golpeado por la escisión de los tiempos en que las ideas republicanas dejan en la incerteza a los espíritus perspicaces. Se encierra en sus propias creaciones fantasmagóricas, como Echeverría, y no es fácil decir de qué convulsión personal sale su obra, como en Hernández.

Nos parece que Halperin no explica nunca con claridad cómo, en el padre Servando Teresa de Mier, se produce el pasaje entre su implícita comprensión del resquebrajamiento del orden y su oscura decisión de dar una nueva versión del milagro de Guadalupe, “que satisface mejor las ambiciones de una nacionalidad”. ¿No estamos aquí, sin duda, en el campo de las complejas meditaciones por las que una conciencia individual percibe la *agonía* de una situación? Entonces, no debería ser impropio aludir a la manera con la que el historiador emplea el concepto de *agonía*, tan frecuente en él, para recordar nuevamente que sus sermones son obra de una súbita revelación. Pero ahí sí, no es el historiador sino el

propio fraile el que explica así su tarea. Remitido a la escena histórica no deja de impregnarla, él mismo lo sabe, con un sabor que parecería más apropiado en el ámbito de la conciencia individual. En esa crispación espiritual, Mier fracasaría en vincular su deseo de resistir al oscuro régimen colonial descompuesto, pues no posee una serena vocación hacia la verdad. Así lo entiende Halperin.

¿No está reclamando mucho? Mier, dice el historiador, “no tenía nada de reflexivo indagador de la verdad capaz de participar en la nueva aventura intelectual que supone la creación de un haz de ciencias mundanas del hombre”. ¿Qué se le estaría pidiendo al taimado sacerdote? Desde luego, éste no es un iluminista, y parecería muy aventurado, al punto de lo imposible, insinuar que el sacerdote debía comportarse como un cultor de la verdad tal como la establecen las ciencias sociales heredadas de la Ilustración. Mier abandona la conquista de la verdad y la sustituye por la cualidad del “inventor de mitos”, y no es sino de este modo que coopera a modelar la conciencia nacional mexicana.

De allí, Halperin ya puede situarse en su estricto papel de historiador lanzado a enjuiciar una situación más amplia, que se le ocurre “de una perversa y paradójica modernidad”. No siente Halperin que haya obstáculos significativos para preparar entonces un juicio que abarca sin mácula el horizonte actual. El sacerdote Mier se acercará así a todos los que “en nuestro siglo vieron también la inseguridad creciente de los criterios de verdad como una oportunidad para desinteresarse de esa dimensión de la tarea intelectual y consagrarse en cambio a la fabricación deliberada de mitos, estructurados con vistas a muy precisos objetivos prácticos”. No deja de asombrar esta apreciación, que se sitúa en el plano de los dilemas de conocimiento que recorren toda la historia de la cultura occidental y que pone el conflicto en una alternativa entre “criterios de verdad” y “fabricación deliberada de mitos”.

Esto último significaría, si se interpreta cabalmente a Halperin, la subsistencia de criterios jerárquicos, honoríficos y de nobleza intelectual en la República, transferidos allí desde el viejo régimen en *agonía*. Halperin imagina que esta tarea incesante destinada a ligar la actividad intelectual a la verdad y al rechazo de los mitos, sería el esquema de valores estimable en todo tiempo histórico, la forma de orientarse en el conocimiento del ser agónico de la historia, sin telarañas honoríficas, sin mitologías. Restaría entonces un ejercicio mordaz de escritura, como proposición ética que el historiador le presta a la filosofía desencantada, único arbitrio con el que se haría frente al estertor de las historias nacionales.

Mientras la escritura del fraile adquiere una alucinada temporalidad enredada y lóbrega, el hilo que sigue el historiador es el de una razón desmitologizada, un tanto recelosa.

Esta contraposición lleva al otro tema crucial de Halperin, la *ironía de la historia* por la cual nunca se alcanzan los fines que son propuestos o paradójicamente se alcanzan los fines antagónicos. La historia sólo podrá aparecer como la larga agonía de frustraciones nunca conocidas antes por los hombres que,

de saber la fortuna que les espera, no hubieran empeñado acción alguna. Toda acción quebrada no sólo es materia de la historia sino la argamasa del pensar del historiador. He aquí pues la incesante máquina de mostrar que los hombres producen resultados contrarios a los que esperan y se ven sumergidos en situaciones que surgen justamente por el hecho de haberse tomado la decisión de evitarlas. También los pensamientos de los personajes que actúan en la incerteza de los tiempos, mantienen una inadecuación permanente entre sus expectativas y la verdad –para ellos inaprensible– del despliegue real de la historia.

Y entonces aparece en Halperin el indispensable proyecto de perseguir los pensamientos agonales de los protagonistas individuales y colectivos, todos ellos criaturas despojadas de razones profundas madre la comprensión de lo que hacen, pues parecería que Halperin también acepta la larga tradición del pesimismo humanista respecto a que los hombres hacen la historia, pero en medio de un asombroso y radical desconocimiento de las condiciones que se les provee. La tarea eximia consistirá en describir las creencias, ensoñaciones y motivos que recubren las acciones de modo de darles validez para cada grupo particular. En esa descripción el historiador deberá poner en juego su capacidad de captar y dar forma a un campo vaporoso de motivaciones como si a cada segmento de tiempo que envuelve el drama de los personajes, alguien los estuviera escuchando con la pasión distante de un novelista cáustico y fatalista.

Halperin no es un *moralista*, porque no ve a la historia como el cumplimiento de un veredicto trazado por un sentido preliminar que elige entre el bien y el mal. Pero es moralista el modo en que su relato infunde de contenido a las conciencias de los sujetos históricos. Calamidades, castigos, frivolidades son categorías de su escritura atribuibles al modo en que las poblaciones pensaron su situación frente al terror que desencadenaban los agentes del estado. Su escritura, dijimos, es de índole desencantada, alimentada por un despecho amargo respecto a que los hombres se arrojan sobre sus obras, a caballo de una voluntad indetenible, como si no supieran que una y otra vez les espera la efímera gloria o el mísero cadalso, o sino nutrir –como siempre– un resentido amor por sí mismo. Y este desencanto de alto vuelo, hace las veces de conjuro científico de una historia extraviada.

Con todo, los conceptos del relato moral de Halperin se presentan como adecuados para describir lo que podría ser, si tal posibilidad fuese alcanzable, un colectivo histórico capaz de tomar conciencia de la gravedad de los hechos que protagoniza. Pero de lo que sí hay posibilidad es de postular una *enigmática continuidad* de la historia, que por ser *continuidad* obliga a pensar en que, a pesar de la dispersión de rastros, los distintos momentos tienden a formar memorias encadenadas; pero del mismo modo, obliga a considerar que por ser *enigmática*, esos encadenamientos están fustigados por toda clase de errores, desvíos y pérdidas de la capacidad de rememoración. Es allí donde se sitúa la ilusión que mantiene viva la propia idea de historia: *la innovación, la ilusión de*

lo nuevo. Por lo cual, es posible decir que ni hay novedades radicales ni deja nunca de ausentarse la inflexión nueva. Y no es que *eso* se de en la historia, sino que *por eso* existe la historia.

Halperin producía *a partir de una incógnita*: acá relevamos apenas tres situaciones notorias en distintos momentos de la obra halperiniana. Ya vimos: cómo alguien puede encerrarse en sus propios pensamientos emancipadores, como Echeverría. O bien cómo otro poeta nacional que pasaba súbitamente del periodismo al octosílabo famoso. Y más allá, como un sacerdote mexicano algo extraviado forjaba una obra desatinada, que ocultaba la verdad. Y aun cuando estas denominadas por el mismo Halperin como metamorfosis, no fueran sino tramos explicables de la relación de los hombres con sus obras, queda flotando el concepto de “súbita revelación” que hoy puede asombrarnos en la espesura de sus escritos como una pieza llamativa, aunque como dijimos, no infrecuente. También podríamos verla como una rara excepción irónica a la propia ironía, que quizás arroje otra luz sobre muchos de los personajes halperinianos, y quizás sobre él mismo. Lo irreductible que alimenta al escéptico, comprender que apurar el último sorbo de una vida, es la lúcida resignación a dejar una revelación insinuada pero sin comprender. ■



BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO